Louis Aragon

El coño de Irene

seguido

de

El instante

y

Las aventuras de Don Juan Lapolla Tiesa



La sonrisa vertical

Reúne este volumen tres narraciones surrealistas que pertenecen al género erótico: *El coño de Irene, El instante* y *Las aventuras de Don Juan Lapolla Tiesa*. Las dos primeras forman parte de los escasos fragmentos conservados de una extensa novela titulada *La Défense de l'infini*, que Louis Aragon comenzó en 1923 y cuyo manuscrito fue destruido por él mismo en 1927 por no contar con el beneplácito del grupo surrealista. A su vez, *Las aventuras de Don Juan Lapolla Tiesa* iba a dar origen a una novela inspirada en la escritura de Guillaume Apollinaire, concretamente en Las once mil vergas.

El coño de Irene, la más extensa de las narraciones, cuenta la incursión del narrador en la sordidez de un burdel de provincias, donde tienen lugar variadas escenas de libertinaje. Consagrado después de la lésbica Victoria, el protagonista pasará a regodearse en el irrefrenable deseo que le despierta Irene, devoradora de hombres donde las haya. En *El instante* el metro parisiense es el escenario del deseo sexual y de una serie de encuentros fortuitos y aproximaciones físicas destinados a satisfacerlos. Claros reflejos del interés del autor por el erotismo y sus terrenos colindantes, estos textos son en realidad gloriosos ejercicios de estilo en los que queda plasmada una vocación surrealista ejemplar que hoy se lee con rabiosa actualidad.

Louis Aragon

El coño de Irene

seguido de El instante y Las aventuras de Don Juan Lapolla Tiesa

La sonrisa vertical - 60

ePub r2.0

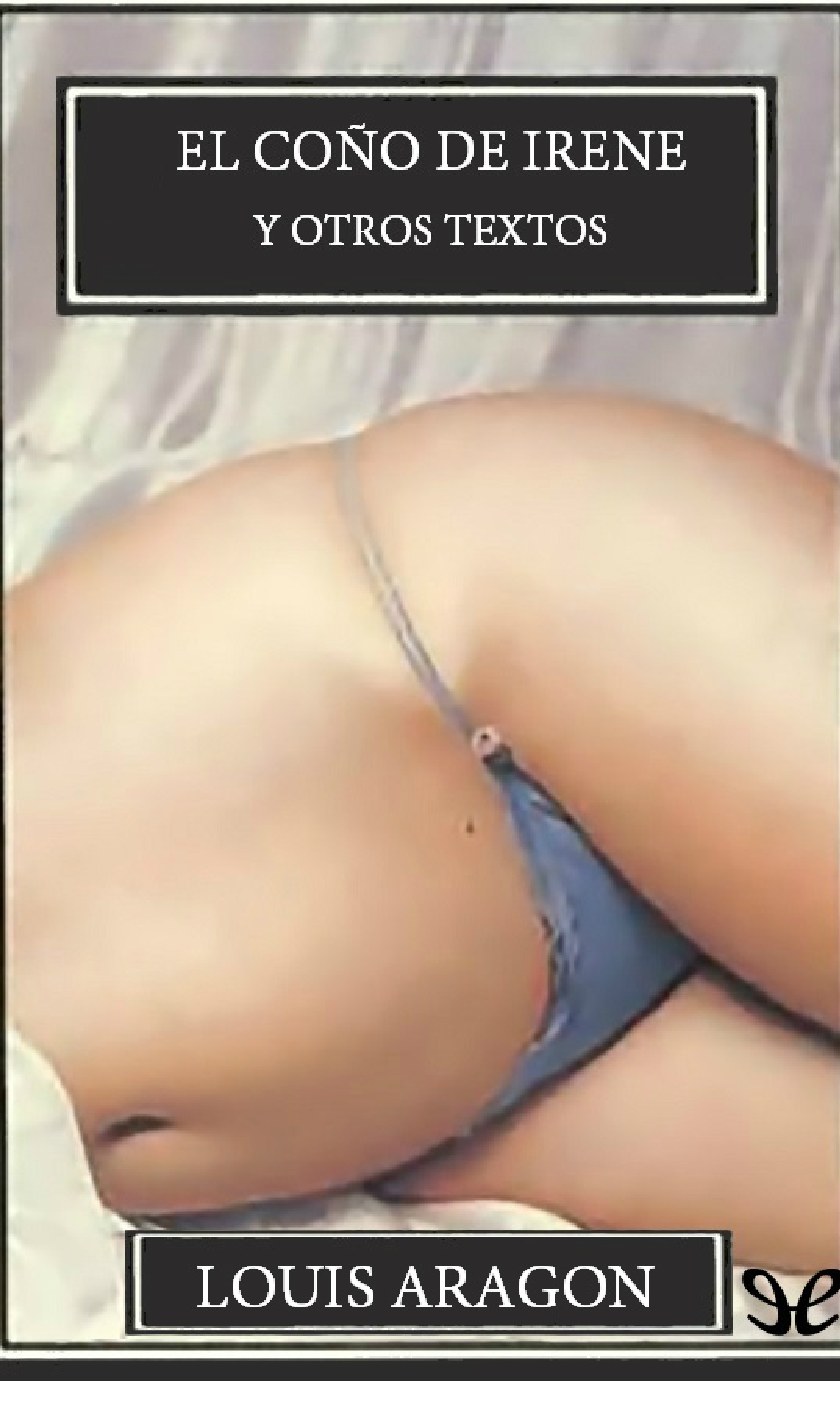
ugesan64 28.09.14

Título original: *Le con d’Irène*
Louis Aragon, 1928
Traducción: Toni Vicens & Carmen Artal
Ilustraciones: André Masson

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.1

EL COÑO DE IRENE

Y OTROS TEXTOS



LOUIS ARAGON

Nota aclaratoria

De los tres textos reunidos en este volumen, dos de ellos —*El coño de Irene* y *El instante*— se cuentan entre los pocos que han llegado a conservarse de una novela que había de titularse *La Défense de l'infini*. Comenzada en Giverny en abril de 1923, la redacción de esta obra ocupó a Louis Aragon durante cuatro largos años, hasta que en 1927 él mismo destruyó el manuscrito. Entre las circunstancias que posiblemente le indujeron a tan drástica determinación ha de contarse en primer lugar la censura que la novela recibió en 1926 por parte del grupo surrealista, cuyos miembros reprocharon a Aragon el haber sucumbido a la tentación literaria, conminándole a no publicar el texto. Pese a no participar de las conclusiones de sus amigos, cuyas reservas hacia el género novelístico nunca compartió, Aragon, íntimamente ligado a André Bretón, accedió a sus presiones. Ello no supuso, sin embargo, el abandono inmediato de la novela. Se desconocen pues los motivos concretos que le dictaron la decisión, tomada un año después, de acabar con ella. Quizá tuvo algo que ver la actitud negativa respecto a la misma de Nancy Cunard, con quien Aragon mantenía entonces una intensa relación sentimental y con la que viajó a Andalucía en octubre de 1927. Existen indicios de que se hallaba presente cuando Aragon quemó el manuscrito de su texto sobre el parquet de la habitación de un hotel de Madrid. Según el propio Aragon, el manuscrito contaba entonces con cerca de mil quinientas hojas en las cuales se entrecruzaban las historias de alrededor de cien personajes. «Era una novela en la que se entraba por tantas puertas como personajes diferenciados había en ella [...] Todas las novelas que he escrito antes o después de esta no han sido, en

comparación, sino juegos de niños [...] Se trataba del punto de encuentro, de la encrucijada en la que esta multiplicidad de personajes se confundía: como nace una sociedad. El infinito en el que convergen las paralelas [...] *La Défense de l'infini* debía hacerme pasar (desembocar, mejor) de la novela tradicional que consiste en la historia de un hombre, a la novela de sociedad, en la que la cantidad misma de los personajes niega a cada uno el papel del héroe para crear el héroe colectivo». Así se expresaba Aragon acerca de su propio texto en la única ocasión en que, muchos años después de haberlo destruido, accedió a referirse extensamente al mismo. Al parecer, se trataba de un intento de innovar el género novelístico desde dentro, utilizando sus propios medios y exaltándolo como una forma esencial del lirismo a través de la cual se operaba una profunda crítica de la sociedad. A este respecto, en el texto ocupaba un lugar privilegiado la imagen del burdel, inspirada en *La filosofía en el tocador* del Marqués de Sade, y que constituía el centro último de atracción de los múltiples personajes.

Aunque nos sea imposible conocer la novela en su integridad, lo que se ha conservado de la misma nos proporciona una idea bastante precisa de sus características y de sus audacias. El amor desempeña en ella un papel fundamental. En el prefacio de 1924 a *Le Libertinage*, Aragon escribió a este respecto: «No tengo dificultad alguna en reconocer que no pienso en nada más que en el amor. Mi continua distracción por los dominios del espíritu, que tan a menudo suelen reprocharme, encuentra en esa afición única e incesante por el amor su auténtica razón de ser. No existe para mí idea alguna que el amor no eclipse. Por lo que a mí respecta, cuanto se opone al amor será aniquilado».

De hecho, el análisis de los comportamientos amorosos ocupa, en los fragmentos de *La Défense* que han sobrevivido, el centro del discurso. Se trataba de una obsesión que Aragon compartía con varios de sus amigos y que dará lugar a la publicación, en *La Révolution Surréaliste*, de «Recherches sur la sexualité», en 1928, y «Enquête sur l'amour», en 1929. El análisis de Aragon es conducido con el más absoluto rigor y enriquecido con un lenguaje erótico que

el autor renueva con fortuna y cuyo uso reivindica en nombre de la plena libertad del escritor.

Por lo demás, y por lo que conocemos del texto, *La Défense de l'infini* escapa a toda clasificación. Sólo considerados aisladamente, textos como *El coño de Irene* y *El instante* pueden ser definidos como eróticos. En la medida, sin embargo, en que el erotismo es objeto en ellos de un admirable ejercicio de estilo, capaz de renovar el lenguaje propio del género dotándolo de una inmensa fuerza lírica y vivificándolo con una eficacísima imaginación, resulta legítimo y perfectamente coherente darles lugar dentro de una colección de narrativa erótica. De hecho, desde su primera publicación seudónima y clandestina en 1928, *El coño de Irene* figura como un clásico indiscutible del erotismo. Bajo el título de *Irene*, y presentado todavía con el seudónimo Albert de Routisie, el texto apareció ya en 1979 como el número 16 de esta misma colección. En la presente edición se le ha reintegrado el título original y se le han adjuntado dos nuevos textos. *El instante*, como se ha venido diciendo, constituye igualmente un fragmento de *La Défense de l'infini*. En cuanto a *Las aventuras de Don Juan Lapolla Tiesa*, de ningún modo puede asimilarse a *La Défense*. Se trata del esbozo, posterior a abril de 1929, de una nueva novela inspirada en la lectura de *Las once mil vergas* de Guillaume Apollinaire. Su inclusión en este volumen, destinado a reunir los textos narrativos eróticos de Aragon, no requiere mayor justificación. En cualquier caso, por lo que se refiere a *El coño de Irene* y *Las aventuras de Don Juan Lapolla Tiesa*, y aparte de las notas que acompañan cada texto, el lector encontrará al final del libro sendas noticias explicatorias, unas y otras a cargo de Edouard Ruiz, responsable de la excelente edición crítica de *La Défense de l'infini (fragments), suivi de Les Aventures de Jean–Foutre La Bite*, aparecida en la NRF de Gallimard en 1986 y que constituye la primera edición íntegra y documentada de los diversos fragmentos conservados de la novela. La edición consta de un total de nueve fragmentos: *Le Con d'Irène, Voyageurs, Lettre à Francis Viélé-Griffin sur la destinée de l'homme, Je te déteste, univers, Le Cahier noir, Entrée des succubes, Moi l'abeille j'étais chevelure, L'Instant* (todos pertenecientes a *La Défense de l'infini)* y *Les aventures de Jean–Foutre La Bite*. Por lo que respecta a *El coño de Irene* en

particular, se han conservado en la presente edición los dos pórticos que acompañaban a la primera: el prefacio de Jean–Jacques Pauvert para la edición francesa autorizada en L’Or du Temps (Règine Deforgues, París, 1968) y la presentación de André Pieyre de Mandiargues redactada para la solapa de la misma edición. Se ha incluido, además, la reproducción de los cinco aguafuertes de André Masson que ilustraban la primera edición de *El coño de Irene* en 1928.

El coño de Irene

Prefacio de Jean–Jacques Pauvret

Presentación de André Pieyre de Mandiargues

Ilustraciones de André Masson

Traducción de Toni Vicens

Prefacio

Sale por fin de la clandestinidad uno de los cuatro o cinco textos poéticos más bellos que el surrealismo haya producido, cuarenta años después de haber sido publicado sin fecha ni lugar y sin nombre de autor. La aventura de este libro no deja de tener interés para la pequeña historia literaria[1].

Clandestina o no, la expresión literaria del erotismo conoció en Francia, hacia los años 1925–1935, un brillante período que Benjamin Péret, Louis Perceau, Pascal Pia, André Malraux, Georges Bataille, Louis Aragon, Pierre Mac Orlan, Fernand Fleuret, Maurice Sachs, Jean Cocteau y Robert Desnos, entre otros muchos, ilustraron, cada uno a su modo, en compañía, a título póstumo, de Radiguet, Sade, Apollinaire, Stendhal, Pierre Louÿs y Théophile Gautier. Un hermoso catálogo.

Oficialmente, en los anales de la edición de esos dos lustros no queda rastro de una actividad tan subversiva como esta. Hay que remitirse a la época y no perder de vista que las ediciones completas de *Les Fleurs du mal* (con los fragmentos censurados) circulaban desde hacía poco, y no se admitían en todas partes. *Les liaisons dangereuses* no era un clásico, sino un libro «de segunda fila». El gran escándalo literario era *La garçonne*, que, en 1922, le costó a Victor Margueritte la medalla de la Legión de Honor. En 1927, Robert Desnos y Kra, su editor, son llamados ante un tribunal correccional por los poemas en prosa de *La liberté ou l'amour*; el juicio censura algunos de ellos. Las novelas «atrevidas» de la época son *Belle de Jour* (J. Kessel), *Histoire de la bienheureuse Ratón, filie de joie* (E. Fleuret), o *Le dieu des corps* de Jules Romains. La homosexualidad no puede declararse en público[2]. El erotismo aún

no es un tema de artículo o de conversación burguesa y, al no poder invadir libremente las librerías, se refugia en los «tirajes limitados», con textos que no sorprenderían a nadie hoy en día. Por ejemplo, las cartas de Stendhal, publicadas en edición privada en 1928. En 1930, la magistral *Bibliographie du roman érotique du XIX siècle*, de Louis Perceau, sólo tendrá un tiraje declarado de mil ejemplares. En 1931, únicamente seiscientos lectores podrán seguir en *La confidence africaine* una tímida evocación del incesto de Roger Martin du Gard. También en 1936, Denoël considerará imposible la publicación integral de *Mort à crédit*, y Louis Ferdinand Céline hará beneficiarios sólo a algunos suscriptores de ejemplares de lujo de sus detallados retozos con madame Gorloge, la joyera. Dos años más tarde, en *Bagatelles pour un massacre*, el buen doctor Destouches lo recordará: «Sin embargo, escribir de culos, pijos y mierda, en sí, no es en absoluto obsceno, ni vulgar. La vulgaridad comienza, señoras y señores, en el sentimiento; toda vulgaridad, toda la obscenidad, comienza en el sentimiento».

Bien. Pero la sociedad de 1939 no estaba muy preparada para oír semejantes palabras. Tampoco en 1932 las gentes de orden habían asimilado del todo la defensa, a decir verdad ambigua, pronunciada por André Malraux en su prefacio a *El amante de Lady Chatterley* («Una pobre pija de guardabosques en cuatrocientas páginas», dirá también Céline). «Hay que hacer del erotismo un valor», decía nuestro futuro ministro, pero sin precisar muy bien si asumía él, o la atribuía a Lawrence, esta declaración bastante novedosa. Y, al menos en apariencia, las librerías de 1918 a 1939 eran muy modosas.

Es a primera vista paradójico, pero en el fondo muy conforme a la lógica de nuestra sociedad capitalista y cristiana, el que esa aparente austeridad se acompañara de una tolerancia más bien amplia respecto a toda una producción llamada de «bajo mano» y en realidad no demasiado oculta. Lo que en la época se denominaba aún «la librería especializada» pocas veces fue tan floreciente y tan poco amenazada; las únicas reglas a observar eran las de que los libros fueran caros y el tiraje corto. Las buenas costumbres del lector «corriente» quedaban así a salvo, y se suponía que las de los ricos bibliófilos estaban por encima de toda sospecha. Pudieron

pues esos aficionados cultos y económicamente solventes enriquecer durante unos años sus bibliotecas con obras nada despreciables y muy bien impresas, aunque en mi opinión a menudo estropeadas por ilustraciones que me atrevería a calificar de demasiado relamidas. Aun así, hubo aquí y allá, sin contar las reediciones de clásicos, poesías inéditas de Radiguet; otras firmadas por Apollinaire, entre las cuales algunas eran de él; la primera edición completa y crítica, en 1927, de *Lettres à la Présidente* de Théophile Gautier, donada por Helpey (Louis Perceau), «bibliófilo poitevino»; numerosas ediciones originales de Pierre Louÿs (sobre todo, en 1926, el admirable *Las tres hijas de su madre*); e incluso un falso volumen de la *Bibliothéque Rose*, y también una revista clandestina, *L'Amour*, que se las arregló para publicar ocho números en 1925. No podemos citarlo todo, y sólo el erudito Pascal Pia, que se niega a escribir sus memorias, podría completar el catálogo de Perceau. (Habría no obstante que hablar un día más largamente de lo que aquí puedo hacerlo de, por ejemplo, Faure y sus *Orties Blanches*, de la cual perfectos entendidos, como André Pieyre de Mandiargues, proclaman los desconocidos méritos. La colección *Orties Blanches*, textos e ilustraciones, no ha dejado de tener influencia en la sensibilidad erótica contemporánea, y sería interesante investigar lo que le deben, directa o indirectamente, ciertos textos, e incluso algunos comics). Por falta de espacio, tengo que ceñirme a lo que nos ocupa, y a esta lujosa producción que personajes hoy en día eminentes no desdeñaban entonces alimentar en semi–secreto. El *Magazine Littéraire* de noviembre de 1967, «revelando» en sus columnas que el señor André Malraux, ya citado, fue en aquellos años difíciles editor encubierto, entre otros, de una edición escogida e ilustrada de la *Juliette* de Sade, sólo habría sorprendido a lectores poco informados. Entre los jóvenes que invadían entonces alegremente el comercio de la librería «libre», el autor de *La condition humaine* no era el único en comprometer su talento, su naciente reputación y su futura gloria. Podríamos nombrar a Jean Cocteau, quien publicó, en 1928, la edición privada y reducida de un *Livre Blanc Illustré* del autor anónimo de dibujos tan reconocibles. El editor clandestino era Maurice Sachs. El mismo año, cierto lord Auch, más conocido por Georges Bataille, ofrecía la

edición original de *Historia del ojo*, ilustrada por un pintor hoy célebre. Cierto número de ejemplares de esas escasas ediciones circularon, aún circulan, con dedicatorias que no están en clave y con firmas legibles.

Estaban también los que se llamaban entonces, indiferentemente y en bloque, «los surrealistas».

Sin reconstruir la historia del grupo, podemos recordar los principales síntomas del vivo interés que despertaba en él todo lo erótico: las grandes encuestas de *La Révolution Surréaliste* sobre el amor, los manifiestos en favor de la técnica amorosa, en defensa de Chaplin o del exhibicionismo a propósito de algún suceso, y la rehabilitación de Sade, entre otros, muestran que el poder liberatorio del erotismo acababa de ser finalmente reconocido. No por casualidad uno de los primeros libros de Aragon se llama *Le Libertinage*, incluso si el contenido no corresponde exactamente al título; y no por casualidad entre los trabajos alimenticios propuestos al modisto–mecenas Jacques Doucet figura un estudio de Robert Desnos sobre *L'erotisme consideré dans ses manifestations écrites, et du point de vue de l'esprit moderne*[3]. ¿Y quién sino uno de los mejores escritores del grupo escribirá hacia 1930 un brillante prefacio para una edición clandestina del mejor texto erótico de Apollinaire, *Las once mil vergas*? En 1931 saludarán todos convenientemente la sensacional edición de *Los ciento veinte días de Sodoma* (oficial y muy limitada) hecha por Maurice Heine. Podemos pensar también que, gracias a un grupo de simpatizantes, serán entregados durante esos años en edición privada a un público poco numeroso de enterados, textos muy libres atribuidos a autores que figuran en el panteón surrealista y en la *Antología del humor negro: Les Stupra*, algunas de cuyas obras son indudablemente de Rimbaud, o *Les Silènes* de Alfred Jarry. En 1929 emergerá por otra parte casi a la luz del día un álbum muy curioso, titulado, como un almanaque, con una simple fecha. Con una tirada de doscientos quince ejemplares, compuesto por una docena de poemas y cuatro fotografías, unos y otras sin equívoco pero de muy buen gusto, se destaca *1929* sin nombre de editor, pero con tres nombres de autor, legibles y cuidadosamente impresos: Benjamin Péret, Aragon, Man Ray. Es como si la expresión erótica surrealista, contenida durante

demasiado tiempo, hubiese explotado por una vez, una sola, fuera de la clandestinidad.

Todo esto es muy sabido por todos, y sólo lo he evocado para intentar mostrar cuál podía ser la coyuntura, en el mundo del libro y de la literatura en aquel año 1928 que vería la aparición de *El coño de Irene*. Y luego un día el libro estuvo ahí, anónimo, cuadrado, un poco desabrido de aspecto[4], y comenzó su carrera sofocada, de impresor a editor, de vendedor a cliente. Sin ruido, sin artículos. Algunos ejemplares regalados a los amigos, el resto para los bibliófilos, los aficionados, los especuladores. Enterrado. Sólo veinticinco años más tarde, con la primera reedición, también clandestina, pero con un tiraje de aproximadamente dos mil ejemplares a un precio asequible, que circularon sobre todo por la Rive Gauche, se empieza a leer *El coño de Irene*. Hacia esa época, en la Rué Séguier, donde yo vivía en aquel momento, recuerdo haber oído a Camus decir que consideraba este texto, que acababa de descubrir, como el más bello de los relacionados con el erotismo. Por lo que a mí respecta, me parece que lo había leído por primera vez hacia 1943 o 1944, en la época en que mis dieciocho años se alimentaban de lecturas y de pequeños beneficios que obtenía comerciando con libros más o menos buscados. Era la época en que las prohibiciones, la falta de papel, hacían del libro uno de los más preciosos bienes de tráfico, demasiado a menudo fuera del alcance de una adolescencia desde todos los puntos de vista mal alimentada. Había entonces —ahora quizá menos— jóvenes que se sabían de memoria, como en *Farenheit*, páginas enteras de Lautréamont, Bretón, Valéry: «Tanta creencia en la vida, en lo que la vida tiene de más precario, en la vida real, se entiende, que al fin esa creencia se pierde. El hombre, ese soñador definitivo…». «Me he perdido pocas veces de vista; me he adorado, me he odiado, luego hemos envejecido juntos…». «Ahí, en un bosquecillo rodeado de flores, duerme el hermafrodita, profundamente adormecido sobre el césped mojado con sus lágrimas…». Algunos podían recitar a Lacios: «Al entrar en el mundo, en la época en que, niña aún, estaba destinada por estado al silencio o a la inacción, supe aprovecharlo para observar y reflexionar…», e incluso, rareza entre las rarezas, a Sade: «La crueldad, fruto de la extremada sensibilidad de los

órganos, sólo es conocida por los seres extremadamente delicados, y los excesos a los que les lleva sólo son refinamientos de su delicadeza». Tan desconocida como poco corriente, *Irene* quedaba apartada de esos homenajes nemotécnicos de los que no hubiese, sin embargo, sido indigna. Yo, cuya vocación se ha sensibilizado sin duda a los interdictos morales y materiales que vi florecer entre mis quince y mis veinte años, puedo decir que *El coño de Irene* es uno de los títulos que durante mucho tiempo deseé publicar alguna vez en mi editorial. Si a fin de cuentas no lo hice fue por culpa de ese autor desconocido del que ahora, por fin, ha llegado el momento de hablar.

Porque, de todos modos, este libro no nació espontáneamente de la noche clandestina. Diez años después de 1918, un hombre, un escritor, dejó transcurrir ante un papel en blanco el tiempo necesario para hacer vivir a los habitantes de una granja sin amo, a sus criados socarrones, a sus generaciones de patronas imperiales, para sondear en el cerebro de un paralítico, para, finalmente —y volveremos sobre ello—, hablarnos de sí mismo. No puedo decir de ese hombre, que está o ya no está vivo, otra cosa que lo siguiente: creo conocerle, aunque puedo equivocarme. Hasta el momento, siempre se ha negado tanto a reconocer este libro como a dar su aprobación, ni siquiera en forma oculta, a una reedición oficial. Posición incómoda y absurda, tanto como la entrevista que tuve hace años ya con ese fantasma, y durante la cual, yo, editor, hablaba al quizás autor de un libro que quizás había escrito. Extraño encuentro, y reflejo de una posible conversación. Él decía «el autor», hablando (quizá) de él: «el autor se niega… el autor prohíbe… le es imposible al autor…». Yo respondía, pues la tercera persona es contagiosa: «Sin embargo, el editor estaría dispuesto a…». A muchas cosas, a las concesiones extremas. Pero nada que hacer: no quería que nadie recogiese a ese hijo que él negaba. Hay que reconocer que esa actitud es jurídicamente imposible de mantener. Si un escritor tiene perfecto derecho, como ha sucedido ya, a arrepentirse de un texto tras haberlo publicado y vetar toda reedición, no puede a la vez negar haberlo escrito y reivindicar su propiedad para vetar su circulación. Nada me impedía publicar *El coño de Irene*. Un poco tontamente quizá, siempre me sentí

vinculado desde entonces a esa negativa terca e ilógica.

En cuanto a las razones profundas de este rechazo, quisiera decir de paso que creo comprenderlas. La censura, degollada en nuestros tiempos por publicaciones mucho más violentas, no tiene nada que ver en todo eso; nadie condenaría a *El coño de Irene* hoy. Pero lo que sí es cierto es que en el texto —sin embargo no muy autobiográfico en apariencia, y que es sin duda, al menos de partida, un trabajo de encargo—, un joven, hace cuarenta años, reveló de sí mismo mucho más de lo que esperaba al trazar la primera palabra en la primera página de su manuscrito. Haya escrito o no otros libros, este sigue siendo el retrato de cuerpo entero de su juventud inquieta y arrogante, de pie entre su debilidad y sus insolentes dones. También veo desmontada en él una parte del mecanismo de su genio. Es, en suma, incluso si se trata de un libro en cierto sentido único, su obra maestra. Y es probablemente aquello mismo que le da su valor lo que sin duda nos impedirá saber jamás quién lo escribió.

Dicho esto, hay que elegir lo que se quiere y, si se tienen razones para no reconocer un texto, saber resignarse a dejarlo leer. Es bueno, es excelente, que un joven editor inicie sus actividades editoriales con *El coño de Irene*, manifestando así diversas formas de audacia. Si la edición es un oficio en el que empezamos a aburrirnos, es porque el relevo no es muy masivo, y porque las nuevas generaciones parecen temer los riesgos, cualesquiera que sean. Deberíamos, sin embargo, sin inquietarnos por el resto, intentar hacer con tinta y papel las cosas más bellas y más sorprendentes, antes de que las bibliotecas hayan desaparecido de nuestra vida y de que los hijos de nuestros hijos hayan olvidado hasta lo que podía ser un libro.

Jean–Jacques Pauvert

(Prefacio a la edición francesa de
L’Or du Temps, Règine Deforges, París, 1968).

Presentación

Siempre que releo esta breve novela, mi admiración por ella no hace más que incrementarse. Camus, según dicen, la consideraba como el más bello de todos los textos relacionados con el erotismo. No es exactamente así como yo lo expresaría, y creo que conviene más bien como en el caso de los *Cantos de Maldoror*, hablar de cierta belleza escandalosa, que entra en las categorías del espíritu revolucionario.

El coño de Irene hace uso frecuente del sexo en tanto que objeto o en tanto que herramienta de escándalo y, por lo tanto, como instrumento de liberación; pero los amantes del erotismo, en el sentido que suele darse hoy a esta palabra, quedarán decepcionados, o incluso repelerán el furioso arrebato del autor contra la bajeza del mundo que le rodeaba en el momento de la redacción, o sea la Francia burguesa de 1928, bastante bien representada, me parece por un siniestro prostíbulo de provincias («una verdadera cárcel, de no ser por el farolillo»), en el que, de dos putas sórdidas, una hace ganchillo y la otra lee *La Vie de Guynemer* de Henry Bordeaux.

Pero la prosa de *El coño de Irene* es de un esplendor tal que, si bien conservo el recuerdo de unas cuantas obras de la literatura francesa comparables a esta, conozco muy pocas que la superen. Lautréamont, Vauvenargues, los nombres que acuden a mi memoria para compararlos son los más prestigiosos que sepamos, tanto que casi nos intimida citarlos. Todo el comienzo, todo ese grande y largo recitativo que es un único grito de horror y de desesperación y que termina sin embargo con una invocación al amor, ¡qué ejemplo de estilo! ¡Y qué escritor, el autor de *El coño de Irene*!

André Pieyre de Mandiargues

(Texto de la solapa de la edición francesa
de L'Or du Temps, Regine Deforges, París, 1968).



El coño de Irene

No me despertéis, hostia, puercos, no me despertéis, cuidado que muerdo lo veo todo rojo. Qué horror otra vez el día otra vez la perrera la inestabilidad la acritud. Quiero volver a entrar en el mar ciego basta de relámpagos qué significan esas tormentas continuas quieren hacerme vivir la vida del trueno han cambiado mis orejas por chapas hay explosiones de grisú en cada respiración de mi pecho mis mineros huyen hacia las galerías de angustia estalla estalla más y mejor. Pero no es la claridad es la dinamita. Atraviesan con espadas mis párpados hunden dedos en mi garganta frotan mi piel con la grava del despertar. No arranquéis mis uñas sumidas en el mantillo de los sueños mi piel se pega a la sombra la noche está en mi boca mi sangre no quiere fluir. Duermo rediós duermo.

Brutos voy a gritar grito brutos hijos de cerdas enculados por los reclinatorios abortos de calzoncillos sucios fangos de los cagaderos carreras en las medias de las putas sapos domésticos mucosas purulentas pulgas chinches dejadme pelanduscas de rododendros pelos de axila candelas esquiladas de pulgas supuraciones de ratas virutas virutas negras deyecciones dejadme os mato os machaco os arranco los cojones os mastico la nariz os pisoteo.

Muerte muerte pues me despertarán me despiertan. A mí las cascadas las trombas los ciclones. El ónice en el fondo de los espejos el agujero de las pupilas el duelo la suciedad la fotografía las cucarachas el crimen el ébano el buyo los carneros de África con cara de hombre la clerigalla a mí la tinta de las sepias la grasa negra el tabaco mascado los dientes cariados los vientos del norte la peste a mí la basura y la melancolía la pez espesa la paranoia, el

miedo a mí desde las tinieblas sibilantes desde las cabalgatas de incendios de las poblaciones de carbón y las turberas y las exhalaciones malolientes de los trenes en las ciudades de ladrillo todo lo que se parece al afeite de las noches sin luna todo lo que se desgarra ante los ojos en manchas en moscas en carbonillas en espejismos de muerte en aullidos en desesperación escupitajos de cachú cangrejos de regaliz furias residuos mágicos moscateles focas oro coloidal pozos sin fondo. A mí la oscuridad.

Culos cacas vómitos maricas maricas cerdos podridos castañas de Indias salmuera de orina excrementos escupitajos sangrientos reglas puaf sudor de orugas cola moco baba vosotros vosotros pus y semen viejo abominables sanies hinchazones vejigas reventadas coños mohosos blandengues merdosos eructos de ajo.

¡Si habéis amado aunque sólo sea una vez en la vida no me despertéis si habéis amado!

Al dejarme la mala situación de mis negocios en una indigencia casi completa, la obsesión de una terrible historia que me habría gustado olvidar más aún que la miseria me hizo aceptar la invitación de unos parientes que vivían en provincias. C…, donde desembarqué con mis fantasmas[5] no me ofreció precisamente la diversión que esperaba. Estoy poco hecho para la vida de familia. La reduje al mínimo. Me veían a las horas de las comidas. El resto del tiempo lo empleaba en paseos, y más todavía en largas divagaciones en mi habitación, lejos de la ventana, por la que sólo veía un siniestro trozo de calle vacía, bordeada por esas grises casas que llevan en el rostro todo el desabrimiento del levante francés. La ciudad se acostaba temprano, se levantaba temprano, justo para despertarme con los golpes de las persianas, pues al acercarme a la ventana ya no veía ni un alma viviente en las aceras, excepto los ordenanzas de los oficiales de artillería que paseaban los caballos con aspecto acecinado de fámulos. Los tres o cuatro cafés no abrían más que hacia las once, hasta entonces te echaban agua sucia a los pies con el pretexto de fregar el suelo, luego volaba la arena, la recibías en las encías con rápidos perdón–disculpas; eran lugares piojosos, cuyos asientos desfondados habrían podido aceptarse, de no ser por la mugre increíble de las mesas y el luto realmente inquietante de los espejos que las moscas habían convertido en uñas innobles, semejantes a las de los camareros. El más accesible de esos lugares de solaz estaba en una plaza arisca, no muy lejos del barrio militar, un establecimiento en el que había terciopelo rojo y adornos en los marcos de los espejos. Aun así te ensordecía rápidamente el ruido del billar, pues la sala por desventura tenía un inoportuno eco, que aplaudía las carambolas. Después de dos estancias en ese edén, empecé a reconocer los rostros de los

habituales, cinco o seis personas, entre ellas tres oficiales y sus amiguitas que era como si no estuvieran. Grandes explosiones de voz me revelaron rápidamente la horrible verdad de los cotilleos en C… La llegada de un nuevo recaudador de impuestos dio pasto a la conversación durante tres días. Supe que la mujer del profesor Tal no tenía nada de honorable. Se chismorreaba sobre la mujer de un relojero pero no se aseguraba nada preciso. En cuanto a la funcionaria de Correos, habían visto a alguien saltar su ventana, y podrían decir hasta su nombre, no era un misterio. Dejé de ir al café.

Durante cierto tiempo todavía me dediqué al campo y a los bosques. Luego sentí por ellos un violento asco y me confiné en la habitación. La prodigiosa longitud del tiempo, la horrible puntualidad de las comidas, la lectura de lo que encontraba en la biblioteca de la casa, y sobre todo un recuerdo que se encarnizaba, me dieron unas rápidas ganas de huir de aquel infortunado lugar. Pero ¿con qué medio? Todo radicaba en una imagen que me poseía y que estaba decidido a apartar definitivamente. Lo único que podía reprochar a esa mujer, ¿no es cierto?, era el que no me amara. Incluso si creyó amarme. Incluso si lo dijo. En fin, dejémoslo. Era tan increíblemente semejante a una perla. Físicamente. El resplandor de una perla. Para apartar ese oriente intenté pensar en otras mujeres. Volví a salir, a mirar. ¡Vaya una faena! La provincia francesa. La fealdad de las francesas. La estupidez de sus cuerpos, de sus cabellos. Agua de fregar. En fin.

El diablo era esa maldita polla. Primero, como si nada. No importa un comino. Y luego transcurre el tiempo. Pasa a ser un peso. Levantarse, sentarse. A mí me marea. No exactamente, sino que después de la comida, una… un malestar digestivo, una necesidad de moverse penosamente. Tengo sin embargo un temperamento muy tranquilo. Regular. Nada del otro mundo. Lo más lejos posible de las hazañas amorosas. Una vez hecho eso, no siempre tengo ganas de hacer lo. A veces no se me acaba de poner dura. Pero qué mal soporto la continencia prolongada. Es quizá cosa de la circulación. Mientras tanto me va demoliendo. Imposible pensar en lo que sea. Realmente, en C…, mejor habría sido hacerse pajas. Para lo que se veía en materia de muslos. Amantes de

oficiales, que se aburren mientras sus porta–cojones se someten al ejercicio. Habría tenido que invitarlas a beber, y darles conversación. Así me habría informado sobre la guarnición. De todos modos ya estaba harto de las falsas intrigas, de las virtudes hueras, de las prohibiciones en chapa. No, no tenía paciencia. Mejor habría sido hacerse pajas. Muy fácil decirlo, es probable que a ustedes les arregle las cosas. Yo, entonces, me la meneaba un poco y luego, como en aquella condenada habitación no había aire, me asomaba a la ventana, escrutaba la calle. ¡Ah, la inspiración amorosa no subía de la calle con aquel mezquino olor a cocina que caracteriza nuestra heroica Lorena! Ya podía mirarme al espejo, de frente, de tres cuartos, de perfil. Pasarme la mano por los cojones. Apretarme el pito hasta llorar. Soy así, hay que aguantar el tipo. Me quedaba con ese apéndice congestionado, terriblemente ridículo. Me miraba con vergüenza. Y cierta rabia. Me metía pañuelos mojados en el pantalón. Regularmente las horas de las comidas me sorprendían en una postura imposible, y tenía que hacer toda una gimnasia para poder bajar a la mesa sin ofender elementalmente el pudor familiar.

Un sueño dio una pequeña tregua a sobrexcitación tan continua: seis mujeres austeramente vestidas hasta la cintura me habían rodeado mientras yo me entretenía en anudar las cuerdas que sostenían el andamiaje de una casa en construcción a una anilla a la que también había atado un caballo. Habían hecho un corro a mi alrededor, inclinadas, pasándose una a otra el brazo alrededor de la cintura para, con la mano izquierda, llegar a toquetear el botón de su vecina, mientras sus lenguas meneaban por la derecha los culos de las que se retorcían para tocarlas. En mi sueño eso era totalmente natural, y todo daba vueltas. Y las chicas me rozaban con sus vulvas hinchadas. Yo, con unos calzoncillos pequeños de tela, me sentía alcanzar un volumen mitológico. Una vieja que estaba ahí, y que llevaba un rosario adornado con múltiples medallas religiosas, me agarró el miembro con la boca, y me desperté en la mayor confusión. Hay como para dejarte con resaca. Luego, esa molestia en las sábanas, los pelos que se pegan, y el rato

que pasa antes de tomar la decisión de levantarse y lavarse. La tregua no fue ni de veinticuatro horas. Además de una horrible impresión de desperdicio, de asco y de todo lo que se quiera. Al cabo de tres días, otro sueño. Acostado en mi basura decidí ir al prostíbulo.

Las bromas familiares sobre aquel honorable edificio me habían dado a conocer el nombre de la calle en la que se encontraba. Lo descubrí fácilmente en el barrio más pobre de la ciudad[6], barrio obrero de cuya moralidad el municipio no se responsabilizaba, ya que no estaba habitado *a la burguesa*. Era un barrio de casas vacías. Hombres y mujeres trabajaban durante el día en las fábricas. En una calle muy curva vi la casa, que no tenía sobre esa calle más que dos ventanas con rejas y una pesada puerta con clavos al final de una larga pared gris. Una verdadera cárcel, de no ser por el farolillo. Era temprano después del almuerzo. La sustituta de la Madame, una mujer desgarbada, me pidió excusas por presentarme sólo tres chicas: dos estaban comprometidas y otras dos aún hacían la siesta. Un insulso olor a pitanza se arrastraba por la piel de las chicas. Un triste mes de agosto que sabía a cebollas tiernas. Tedio. La más gorda de las tres hacía melindres con un echarpe, tenía el aspecto de una gran mierda que se estremece. De un rubio pútrido. Y manitas cortas que no se habían lavado después de comer. Debía de ser de las que se atracan. En cuanto a la segunda, era lo que suele llamarse una soñadora, porque tenía una gran mandíbula que cerraba mal. Sus zapatitos incomodaban visiblemente sus enormes pies de criada. Debía de tener callos. Preferí la tercera. Hubiese sido castaña sin el agua oxigenada, que, mal aplicada, dejaba adivinar en las raíces de los cabellos un secreto relativo. Una cabecita de gata que ha fornicado con una rata, encima de un cuerpo mal cuidado que debía saber a fosfatina Fallieres: no me dejó insensible. Por lo demás, yo estaba empinado como una estaca desde hacía dos horas. Me llamó gatito lindo a pesar de mi aspecto esquelético, y me escupió en seguida en la boca con gran amabilidad. Las otras damas habían vuelto a sus ocupaciones, una hacía ganchillo, la otra leía *La Vie de Guynemer* de Henry Bordeaux[7]. Subimos. Mi

compañera precisamente se aburría mucho, no le gustaba leer, no sabía hacer ganchillo. Así que yo había llegado en buena hora. Hacía valer al mismo tiempo el jarrón de porcelana naranja y oro, adornado con grandes lirios de tela que se abarquillaban enseñando el alambre, y sus pechos, que llevaba ya muy juntos, y que acercaba con una mano hasta que casi se tocaran, porque creía que aquella mezquindad natural era su mejor atributo. Su pubis quedaba bellamente sombreado por unos pelos que habían conservado su color natural. Los labios un poco largos colgaban. Para un cuerpo bastante largo, los hombros eran muy redondos, y el cuello empezaba apenas a marcarse de pliegues grasos, exagerados por la crema. En la cama tuvo de repente el aspecto de un plato de macarrones. Se aburría, quería hacer fantasías. Me enseñaba su culo con aire pícaro. Se ponía boca abajo. Pataleaba, y decía: te excito, ah cerdo, etc. Era inútil. Nada me hacía ya el más mínimo efecto, habría seguido teniéndola tiesa aunque sonara un cañonazo. Dijo que quería ponerse a tono y me agarró cuando me corría, con el pantalón caído y puestos aún los zapatos. Desde la cama donde se había echado, convertida en un animal, acercó su boca, en la que vi un diente azul, debido a un empaste barato. Su lengua aún no había alcanzado el miembro que su mano agarraba enérgicamente, cuando el semen le saltó a los ojos. Yo apenas había sentido lo que pasaba allí. Vamos, que eso no valía más que un sueño.

Ella se picó. Habría que volver a bajar, bostezar. Se aseaba con el agua preparada en el bidé. Se oía un ruido al lado. «Les va bien en la otra habitación» dije, por decir algo. Mi compañera se encandiló como un fuego de artificio que súbitamente comprendiera lo que escribe en el cielo. Apretó una vez más sus pechos, los habría cosido juntos, y me hizo una señal para que la siguiera. Me condujo a la puerta, miró por el agujero de la cerradura, y me explicó: «Es la ninfómana, así la llaman. Le va tanto la marcha que ya ha tomado por costumbre montárselo con tres a la vez; fíjate, mira». En efecto, a duras penas se distinguía en la cama a un artillero desaliñado, acostado de espalda, al que cabalgaba una chica gorda de pechos colgantes, con michelines y un cuello largo de exoftálmica, grandes

ojos y una boca pequeña en forma de sablazo. Se agitaba como una perdida. Frente a ella, los otros dos clientes, dos reclutas sin frente ni mirada, con aspecto estúpido, se hacían tranquilamente una paja sentados en las sillas a la espera de su turno. «Ya te digo, le va la marcha, y aunque los clientes pagan menos, como son más las cuentas salen mejor. Todo el mundo sale beneficiado. Menos nosotras. Pero está en los papeles de la Madame. También le van las tías, ya me entiendes. Ya te digo que no para. Llega a resultar asqueroso. Cuando no tiene a nadie, se toca. No es una mujer, es un río. Reconoces las sillas en las que se sienta por las manchas. Incluso en la mesa, chico. Yo me sentaba a su lado y tuve que cambiarme, se me revolvía el estómago». En la habitación, uno de los militares sentados se impacientaba. Se veía su cara de cerdo con una pequeña lluvia de sudor que, por un fenómeno simpático, reproducía un rocío análogo muy visible sobre el culo regordete de la ninfómana, cuyas ligas azul claro me llamaron la atención. El hombre se levantó y, pesadamente debido a sus botas, se acercó a la cama, donde su compañero gruñía, tan atónito de gustarle tanto a una puta que olvidaba moverse. Ella, por su parte, se retorcía por dos. Noté también que, encima de la chimenea, el mismo jarrón contenía lunarias en lugar de lirios, y, anomalía sin precedentes que yo sepa, en la pared un calendario de las Galerías Nancéennes permitía casi distinguir el día del mes.

El impaciente había agarrado a la mujer que se retorcía. «Acaba de una vez, me haces cosquillas» y redoblaba con mayor vigor los golpes de culo. Eso tentó al intruso, y pude verle con increíble precisión, con una rapidez que tenía algo de milagroso y probablemente algo de la excelente instrucción pirotécnica de los cuarteles de C…, saltar sobre el edredón sin soltar ni su polla ni a la mujer, ni tampoco desenvainar esta, que estaba bien clavada encima de su pareja, y con el mismo movimiento introducir la polla entre las nalgas de la tunanta con tal suerte que la metió a la primera en el culo, mientras que su dueño, deslizándose un poco para atrás, se encontró sentado al pie de la cama, con las piernas estiradas a lo largo del primer ocupante, acariciándole los sobacos

con las botas. Este pegó un grito, y el trío vaciló mientras la chica, en la gloria, brincaba sobre los dos pitos, que soltaban continuamente su inquietante semen habitual. El tercer hombre seguía entreteniéndose con un gesto amplio y despreocupado. La ninfómana le llamó. «Psst, chato, sube a la cama. No, delante. Sí. Quédate de pie, dobla un poco las rodillas. No eres muy alto». Se dispuso a chupársela. La postura era lograda. Dejé de mirar. «¿Qué?», me preguntó la chica haciéndome cosquillas, «¿no te animan un poco estos truquitos?». Nada de nada. Volví a subirme los pantalones. ¡Qué condenada tristeza la de todas esas realizaciones del erotismo! Pienso en la torpeza de los perros de la calle, achuchándose e intentando ensartarse más y mejor. Los perros del cuarto de al lado llevaban botas, eso es todo. Y luego todo vuelve a caer en la misma vulgaridad arquitectónica. Cuando ya han construido una pirámide con sus cuerpos, se les ha acabado la imaginación. Todos descargan, un poco al azar, y al final el pelele múltiple se deshincha y se aplana en el sudor, los pelos y el semen. Grotesco globo. ¡Cuándo pienso que no hace mucho estas máquinas estaban de moda en el *mundillo*! Pero es que entonces eso se hacía artísticamente. Era de muy buen ver construir una catedral. Hasta se cuenta que, una noche, personas cuyos nombres se mencionan en todas las conversaciones organizaron en su residencia particular ¡una reconstrucción de la catedral de Chartres, sin olvidar ni una sola ojiva! Se veían obligados a cambiar continuamente los contrafuertes, y no esperaban a que se colocara la última piedra para hacer lo suyo.

Mi compañera no tenía ganas de volver al salón. Le gustaban las habitaciones, a la pobre le parecía eso muy chico Y le prohibían permanecer en ellas entre dos clientes con el pretexto de que eso no se hacía en una casa como Dios manda. «En el fondo, te comprendo, a mí tampoco me gustan todos esos tinglados, pero ¡si vieses la otra habitación!». Se arrepintió enseguida. «No, no, no puedo enseñártelo. Un hombre tan educado (me ha elegido dos veces) ¡y con su reputación!». Dejé de vestirme, la última frase me interesaba. Me hizo jurar que yo era un extraño de paso por C… y que no

conocía a nadie, luego me arrastró a la segunda puerta a la izquierda, donde tras un tapiz hábilmente deshilachado por una curiosidad que ya debía de ser habitual, una pequeña mirilla permitía ver lo que sucedía al lado, sin que el cliente, demasiado confiado en la virtud de los tapices Gobelins, pudiese sospecharlo. Vi en primer lugar a una mujer que me pareció incontestablemente la más bella de todo aquel indiscreto tugurio. Era una flor silvestre, morena, con los pechos pequeñitos, cuyos pezones eran tan largos como cigarros puros. Tenía unas caderas muy anchas y unas nalgas absolutamente redondas. Las medias negras sentaban de maravilla a sus piernas finas y agitadas. Jugaba con unas chinelas pequeñas y rojas que se sacaba y volvía a ponerse sin parar, mientras miraba desnudarse a su cliente. Este, un hombre rechoncho que empezaba a perder el pelo, se giró. Tenía una gran barba rubia en abanico. ¡Vaya por Dios, era el alcalde de la ciudad, al que había visto una noche en casa de mis parientes! «Todo un señor», explicaba mi cómplice, «no siempre puede ir a París, lo entiendes, ¿no? Entonces viene aquí, pero todo queda entre nosotros. Mantener a una fulana, aquí, es imposible. Además de que cuesta lo suyo, ya no lo votarían. ¡Caramba, en su situación!». De momento, el alcalde, con la camisa por fuera, extendía un hule doblado. Me extrañó: «Ya lo verás tú mismo. Tiene una pequeña dolencia. Cuando goza, ¡vaya!, pues que caga; oh, no mucho, pero un poco. No puede aguantarla. Una caquita blanda y líquida. Como la de un niño. Ya verás». Pues no, no lo vería, me levanté y me aparté del puesto de observación. Tuve entonces que soportar mil arrumacos cuyo objetivo comprendí muy bien. El dinero se deslizó en el zapato, yo a la calle.

Esta breve excursión no arregló nada: dormí tranquilo una noche. Al día siguiente, todo volvió a empezar. Con el inconveniente de que regresar a aquel lupanar me daba asco. Y además no tenía ganas de ser exhibido a los vecinos a través de cerraduras o mirillas. Volvieron los sueños. Algunas escenas familiares acabaron con mi humor. Hubo un pequeño lío por un tenedor desaparecido y yo me puse del lado de la criada. Para mayor desgracia, la criada era vieja y fea, y olía mal.



Lo que pienso, naturalmente, se expresa. El lenguaje de cada uno con cada uno varía. Yo por ejemplo no pienso sin escribir, quiero decir que escribir es mi método de pensamiento. El resto de las veces, al no escribir, sólo tengo un reflejo de pensamiento[8], una especie de mueca de mí mismo, como un recuerdo de lo que es. Otros se remiten a distintos procedimientos. Por eso envidio mucho a los eróticos, cuya expresión es el erotismo. Magnífico lenguaje. Realmente, no es el mío.

Pese a lo que pienso de lo limitado de la experiencia erótica, de la indefectible, de la inevitable repetición de un tema elemental y perfectamente reductible a toda otra acción indiferente, siento el más profundo respeto por aquellos para quienes esa limitación aparece como la libertad misma. Son los verdaderos amos del mundo físico, los perfectos ejecutantes de una especie de metafísica de obras notables en la que se resume, para mí, espectador, todo tipo de moralidad. Que aquel que no haya soñado con la idea de una muerte en plena fornicación me interrumpa aquí. Todo lo que en las complicaciones posibles de la voluptuosidad, resulta irremediablemente pobre para los desgraciados individuos de mi temple, tiene para otros, ya lo sé, el prodigioso valor metafórico que yo sólo concedo a las palabras. Quiero decir que soy víctima de las palabras. Estoy probablemente cerrado a esa poesía particular e inmensa. Lo sé. De ahí lo terriblemente *finito* de mis sensaciones y, peor aún: de mi vida. Erotismo… esa palabra me ha llevado con frecuencia a un campo de reflexiones amargas. Paso por orgulloso. Dejémoslo. En la época de la que hablo, ante un mortificante papel pintado de flores, me dejaba llevar en la soledad de mi habitación por largas divagaciones sobre las cosas del erotismo y su importancia para mí. La idea erótica es el peor espejo. Lo que se

revela en él sobre uno mismo estremece. El primer maníaco que apareciese, cómo me gustaría ser el primer maníaco que apareciese. Ese deseo me decía mucho sobre mi concepción profunda de toda verdad. No me gusta demasiado pensar en la aventura sexual de nadie, y sin embargo tengo que reconocer que la mía ha sido intensa. La lectura de los diarios nos da a conocer de vez en cuando historias bastante incompletas que van desde el trivial crimen pasional hasta excesos que nos dejan estupefactos, desviaciones que, a mí, me sumergen en abismos de añoranza y ensueño. Entonces me comparo, entonces dejo de sentirme orgulloso. No soy un mago, no hago esta constatación sin tristeza. La magia del placer es quizá la más extraordinaria, con lo que supone de material, de maravillosamente material. Y su sanción turbadora, el semen parecido a las nieves de las cimas.

Me gusta… esas palabras me detienen. Aunque no me gustase, daría lo mismo. Involucrar en esto a alguien a quien nada parecía involucrar en aquel momento, alguien que fue para mí, hoy lo sé, mucho más de lo que quería creer. A ti me dirijo, amiga mía[9], mi muy querida amiga, a ti cuyo nombre no puede figurar aquí, ya quien en medio de semejantes consideraciones le parecería muy oportuno extrañarse de que yo me atreviera siquiera a aludir a su existencia, a las extrañas relaciones que, no obstante, en otro lugar, y probablemente para siempre, nos unieron, que unieron algo de ti y algo de mí. Me las arreglaré para que esto caiga en tus manos. No te lo llevaré para que lo leas, tal como me gustaría. No, conozco el camino. Alguien, que no seré yo, inconscientemente, te enseñará esto, y tú lo leerás. Lo leerás a solas. Y al principio creerás que me dirijo a otra. ¿A quién, en realidad? ¿No reconoces cierto tono, que perdí desde que ya no hablo contigo, desde que ya no hablo contigo realmente? Es propio de tu carácter el no reconocerlo de inmediato. Sin embargo, cuando te recuerde el precio que ponías a un abandono muy particular, que las demás mujeres consideran como un favor mínimo, cuanto te recuerde que te había confesado cuán precioso me era ese favor, más precioso que todo lo que después de todo esperaba, esperaba terriblemente de ti, cuando te recuerde el

lugar público en el que *aquello* que no es nada para el mundo se hizo, y el alboroto, los vecinos, la insípida orquesta, el dorado de las columnas, las copas sin tocar ante nosotros, mi larga espera, entonces cómo te atreverías, tu nombre casi se me escapa aquí, un nombre como el viento cuando cae a tus pies, ¿cómo te atreverías a no reconocerte? Era por ti por lo que, en medio de las inquietudes físicas, estaba única, y puramente, hechizado. Descansabas tus manos muy frías sobre mi frente. Solitario, sentía tu presencia. Volvías. Extraño pensamiento, me parecía que por eso estabas muerta, y tenía terribles aprensiones a las horas del correo que me impedían acudir cerca de tu pálida imagen. ¡Cuánto traicionan las palabras! No quería hacerte creer, al decir tu imagen, que la veía. No. ¡Si al menos te hubiese visto! Desesperadamente intentaba a veces verte, cerrando los ojos, abriéndolos por el contrario de par en par en la sombra del cuarto. Pero ahí estabas tú de pronto. Tu manera de andar. Tu vestido. Era como si eligieses para venir precisamente el momento en que escribía en mi pequeña mesa, teniendo ante mí sólo la pared. La habitación con todos sus rincones, y el aura azulada de la alfombra, te pertenecían entonces por entero. Sabía que, a mis espaldas, ibas y venías, muda. A veces te acercabas a mí. Mi corazón latía. Sabía que volverme era desvanecerte. No me volvía. Escribía. Poco a poco te envalentonabas. Sentía tu aliento. No me volvía.

¡Qué extrañas citas tácitas! No había razón para fijarlas. Por mucho que hubiese querido hacer trampas contigo no hubiese podido. Si me hubiesen pedido entonces que dejase aquel rincón maldito de provincias… para ser del todo sincero, me hubiese ido, te hubiese dejado. Pero nadie, y menos tú, menos tú, puede valorar qué desesperación habría comportado eso para mí. Las largas veladas bajo la débil luz te devolvían aún, pero cambiada. Ya no eras aquella compañera de sobremesa, aquella presencia sinuosa que sin decir palabra vuelve a poner orden en los objetos esparcidos. Estabas más triste, más distante. Jamás te acercaste a mí en las tinieblas. Ni pensé en pedírtelo.

Una noche, sin embargo, estaba más cansado que de costumbre, y tú no venías. ¡Cuánto me irrita decir tan groseramente lo que bien podía prescindir de todos los términos que acompañan los

desplazamientos humanos! Venir. Se trataba efectivamente de venir. Sabía muy bien que no vendrías, que no vendrías nunca. Sin embargo, a veces estabas ahí, a veces no. ¿Venir? Se llega a perder el sentido de las más triviales condiciones. Súbitamente tu persona ausente sufría un eclipse singular, como si ella misma se hubiese oscurecido. Volvías a desaparecer, sin haber aparecido aún. Yeso por el efecto de tus ojos que no llenaban tan sólo mi memoria, sino la habitación, la habitación real, con sus sillas, la cama, las paredes, el techo, mi maleta. Tus ojos desmesurados. Hoy no sé, aunque a veces me encuentre contigo, de qué color son tus ojos. Sí, olvidé tus ojos hasta el punto de que volver a verlos me resultaba hasta ese punto indiferente. Indiferente. Oh, no, las palabras no expresan mejor el amor que la muerte del amor. Tus ojos eran aquella noche de un azul muy pálido y en uno solo de sus reflejos anidaba la habitación, en la que no escribía.

Así pues, escribía. El tiempo debía quemarse por alguna piedra infernal. La única que conozco es el pensamiento, y dije que escribir es mi único método de pensar. Escribía. Siempre envidié a los eróticos, esa gente libre. Ellos no escriben. Yo no esperaba del tiempo más que la definitiva desaparición del tipo de obsesión que me atenazaba. La miseria, y una terrible nostalgia. Podía esperar un poco de dinero hacia el final del verano. Había que aguantar hasta entonces, físicamente, intelectualmente. Escribía. Seguía lo que ocurría allí, como el viajero mira sin gran alegría, por la ventanilla de un vagón, desfilar un paisaje interminable, en el que todo se sostiene, varía, y finalmente vuelve a encontrarse igual que antes, en el que todo se reduce a una tira de postales desplegada. No tiene la ilusión de haber elegido aquel lugar entre mil para escudriñar sus aspectos soporíferos. Yo no tenía esa ilusión, y sin embargo no desviaba mis ojos del papel en el que se deshilvanaban las cotas de valores imaginarios. Una gran confusión me devolvía a una región que iba haciéndose precisa. A través de las nieblas lentamente disipadas, un rostro tendía a oponerse a mis obsesiones, un rostro irreal, y no el más bello, sino un rostro que provenía de una manera de ser anterior, muy similar, una cierta fuerza de conjuro. A su

alrededor, los elementos de un mundo se organizaban. Extraño entramado. Me remitía a la época en la que por primera vez me había montado ese escenario, situando en él varios espectros de los que la mayor parte jamás había tomado cuerpo. Me encontraba allí lo mismo que hoy. Ya el aislamiento, la tristeza, la imposibilidad de establecerme, de admitir una suerte, entre tantas otras que tampoco hubiese querido. Ya sufría el agobio particular de un cuerpo inoportuno, que se encaminaba hacia preocupaciones que creía más altas. Ya, con algún subterfugio, trataba de transformar esa extenuante y estúpida alucinación para convertirla en sustrato de alguna aventura experimental, ya qué marranada, qué miseria de los sentidos, hostia, qué jodida vida. Era hace dos años, tres años, qué más da. Finalmente lo había dejado todo, así lo creía, en las semanas anteriores. El campo. El campo, pese al sol precoz de aquel año, me sentaba mal. Mirar revolverse el agua en aquel río muy frío, donde iba a bañarme[10]; las horas en la hierba ya alta, tumbado de espaldas, esperando la noche; las primeras moscas; la noche por fin, con su gran aroma violeta. Una cabeza no puede permanecer vacía. A lo largo de los caminos por los que caminaba, recorriendo pequeños valles sin carácter, había una especie de albergues con calvados. No en todos la sirvienta era habladora. Los cromos de calendario acaban hartando. Encima del papel a cuadros que te dan con parsimonia, emprendí el juego de nuevas compañías. Mis frases me arrastraban. Eran lo bastante largas como para acarrear en sus pliegues algunos nombres de pila que no evocaban nada y que luego volvieron con menos modestia, que por fin se despertaron. Así es como, en casa de un carretero que se llamaba Gentil–Daniel[11], conocí a Irene[12]. Apareció en la concavidad de un período, de repente. A partir del viento, se había montado una especie de escena que hubiese podido continuar. Fracasó ante aquella mujer. Pensé largamente en aquella mujer.

En C…, releyendo lo que seguirá, me puse a pensar otra vez en ello, y pasé así del poder de un fantasma al de otro fantasma. Pero este último, a través de los años de olvido, se había enriquecido con un cuerpo particular. Era sin duda todo lo que no acompañaba los ojos de cuya mirada desproporcionada huía por la noche, todo lo que no se parecía a aquellos cuerpos ocasionales que hubiese

encontrado atravesando la ciudad. No era en absoluto un ideal. ¿Cómo no cambié?

En la cocina, la gente intercambió sus miradas. Un gran viento que salía de la mar hueca y negra, que salía de la mar llena de ahogados desnudos, un gran viento levantó, hinchó la cortina de percal con un repentino ruido de risas en la gavia. Habíamos visto malas caras por la carretera: caras de polvo, iracundas. Una noche sobrenatural coge de repente el paisaje por la garganta de las colinas saladas en los bajos fondos de las ciénagas donde yerra, es sabido, el difunto grisú que, lo juro, es el alma aparecida de los encenagados o, para ser justos y remitir la opinión pública a todos los que piensan haber sacudido para siempre el escuálido manto de las supersticiones, la combustión inexplicada y detonante del gas metano de las turberas, y no hay por qué inquietarse, ni por la noche, ni por la noche sobrenatural que hacia las cuatro se abate repentinamente en los azules bosques de las cañadas húmedas, mientras merodea un hombre en alguna parte, magnífico si damos crédito al cochero que vuelve a la estación, bajo las primeras anchas gotas de lluvia y en el desorden de los pastizales temblorosos por el pánico previsor de los insectos. Cortina, suspiras como un seno. Se diría la proximidad del amor. Cuando una inminente tormenta hace rodar ya en el oscuro escenario de las nubes sus poderosos hombros de luchador, cuando una tormenta pesa sobre una región oprimida donde el malestar se despereza en las casas aisladas que precisamente limpiaban las criadas con gran acopio de agua abandonados los zuecos y con el cepillo en el extremo de la escoba que empujan sus pies descalzos, cuando el sudor chorreante coge ya a toda una población por los sobacos, y cuando las mujeres ociosas abandonen la tarea que se imponían con benevolencia para contemplar silbando la compostura y, sin saber por qué, abriendo la blusa sobre su piel húmeda, el ir y venir de los chicos de la granja armados de horcas o escardillos, y

para seguir, con los ojos, con sus ojos pesados y apagados como bolas de billar, los torpes cuerpos de esos hombres jóvenes que su indumentaria parece querer abandonar en la gran transpiración de la primavera eléctrica, entonces la cortina de percal que se hinchaba con toda la fuerza, con todo el poder de la atmósfera, vuelve a caer con un chasquido, un restallido puro. Dicen que hay que cerrar puertas y ventanas cuando se acerca una tormenta. Hay que evitar a toda costa las corrientes de aire: atraen los rayos, atraen la descarga mortal sobre las mozas poseídas por el espíritu del pecado en sus moradas malditas, que atraviesan sin comprender nada de esa luz de plomo ni de las fulgurantes miradas con las que las queman, Irene, los labradores y los cocheros mal afeitados, atormentados por los recuerdos de la ciudad donde las mujeres, de inmediato en camisa, sonríen tras las persianas al sonido nasal del fonógrafo. Irene, hay que evitar, apoyar en el cristal una boca ardiente en el momento en que atraviesan el patio esas formas domésticas, desde hace tanto tiempo visitadas por tus deseos. El simulacro de un beso sin duda atraerá mejor a tus labios ardientes la lengua ardiente de la tormenta que las corrientes de aire. Irene imagina tocando sus cabellos el rayo que se precipita sobre ella. Oye distraídamente hablar entre risas al fondo de la sala del extranjero que camina hacia el norte bajo la amenaza del cielo, en medio de los fangos devoradores de hombres. Un olor a jabón y a resina emana del suelo húmedo. Los animales son devueltos a los establos: los caminos se atascan por la lanosa presión de los rebaños. Las yeguas del establo reclaman desesperadamente una dulzura negada. Los perros inquietos dan vueltas debajo de la marquesina de la puerta. El abuelo paralítico hace la señal de que quiere hablar. Le empujan. Quiere hablar, quiere hablar, hablar a cualquier precio. Se piensa más en las cabras que en él. Nos fastidia. Hace ya diez años que no puede hablar. Quiere hablar. Babea. Mira a Irene, que se sonroja. El hijo del aparcero, Gastón, que hace el servicio militar en el este, entra en la sala cantando. Todas las miradas se dirigen hacia un armario abierto en el que descansa la ropa blanca. La tierra amarilla de las colinas debe ya pegarse a los pasos del viajero. El anciano señala a Irene con el dedo. ¿Qué querrá ese viejo loco? ¡Cuántas necedades debe pensar! Todos los

camareros atraviesan la sala hacia las cocinas. Pedro, José, Prudencio… se hacen bromas, se codean, se dan golpecitos en el vientre, en un perfume de cabellos mojados. Gastón le pellizca los cojones a Prudencio. Se pelean un poco. Resbalan sobre un viejo pedazo de jabón negro: eso les hace renegar. ¿Qué diríais en las ciénagas, entonces? Me cago en Dios, seguro, o la Virgen que lo parió. Gastón no te rías, oh, no te rías de esa blasfemia. Ya la sífilis, pero él no lo sabrá hasta dentro de quince días, recorre su sangre, dispuesta a dibujar extrañas flores rojas sobre su piel y pálidas grietas en los meandros de sus nervios. Pobre chico, qué lástima. Ha contraído el mal que le hará un día semejante al abuelo, ahogándose en su silla, ¡calla bocazas!, de la manera más trivial en Nancy, y sin embargo es un soldado de infantería, en una sórdida y sucia habitación azul, encima de una taberna, mientras en un hornillo se cocían a fuego lento las rojas pastillas del permanganato de las que esperaba, el muy loco, una protección eficaz. La mirada implorante de su madre que pasa con una pila de platos en los brazos excita extremadamente al soldado de permiso. Escupe al suelo y grita: ¡*Por la verga de Dios*! El trueno cubre el nombre del Creador y las carcajadas del impío. La lluvia golpea ruidosamente los cristales. En los ojos del abuelo, Irene percibe el rayo siguiente y se tapa los oídos. ¿Qué teme? ¿Un improperio o el estampido de la cólera celestial? Se apoya en la artesa cuyas molduras la amasan suavemente.

«Perdí la cuenta de los años. En los primeros tiempos, acechaba la mano que arrancaba una hoja del calendario negro en el límite de mi campo visual. Lunes, martes, ya no entendía muy bien esas distinciones humanas. ¡Los días se parecían tanto en mi cuerpo! El enésimo producía un sonido especial en mis oídos debilitados. Ese número que crecía en la pared no alcanzaba jamás el valor que hubiese querido darle. Cada mes esperaba de un modo insensato que se atravesara sin posible retorno la frontera más allá de la cual el hombre vuelve a contar a partir de su pulgar. Luego, ¿qué pasó? ¿Habrán empujado ligeramente mi sillón, o mi campo óptico se habrá estrechado una vez más? Dejé de ver el calendario, confundí días y meses. Al principio las estaciones me permitieron orientarme, pero finalmente perdí la cuenta de los años.

»Tenía veinticinco años cuando me senté para siempre. La hija de mi hija ya tiene edad de inspirarme amor. Tengo pues mucho más de sesenta, y ese fuego no se apaga, no puede apagarse en el corazón de mi inmovilidad. Al principio, cuando aún esperaba una curación lejana, hacía esfuerzos sobrehumanos para hacer entender a mi mujer, con la mirada, cuando esta me rozaba, que yo era aún, que era precisamente entonces un hombre. Decía ella, poniendo la mano sobre mi hombro: “Pobrecito ¡cómo se agita!”, con la suave esperanza, sólo perceptible para mí, de que una buena congestión se me llevara al fin un día. Se quedaba ahí durante horas prodigándome calma, consejos, muy cerca, muy cerca de mí, sin ver, jamás supe si veía, sin ver en mis trágicas pupilas el odio y el deseo mezclados, sangrientos. En el silencio y en la quietud mis ojos bailaban para conmover. Una marea de imágenes subía hacia ellos, se interponía poco a poco entre el mundo y yo. Cuerpos, cuerpos, cuerpos de toda la gente a mi alrededor, mis manos impedidas

arrancaban los trajes, os arrancaban los vestidos reveladores de las formas condenatorias, y a la vez, arrancaban, desollaban vuestra piel tentadora y dejaban sobre vuestras blancuras y sobre mi córnea grandes regueros rojos hasta morir de mala muerte sin confesor, de la divina y rabiosa muerte que reclamaba sordamente mi carne trastornada en la orilla que no consigue gritar el placer, vedado al que ya no dispone de sus manos sujetas a un lado y a otro de los muslos inertes entre los cuales se levanta enorme, ¡maldita sea, chúpala, hazle una paja o jódela!, la polla a punto de levantar las paredes, tiesa hacia las estrellas. Una mañana, a mi devota esposa se le ocurrió leerme, cuando mis ojos traicionaban una desesperación salvaje, los rezos de los agonizantes. A veces obligaba a mi hija a sentarse a mis pies, y en mi espíritu trastocado, el incesto unía entonces su gran voz de trueno a la tormenta de blasfemias que me atravesaba. “Jamás olvides a tu padre, Victoria, ni la paciencia que tuve en su desgracia”, murmuraba la buena madre, “ni cómo le cuidé, ni cuánto lo amé. Los enfermos tienen ya un pie en el paraíso. Participan del eterno descanso en el que se ve a Dios en medio de las nubes. Poco a poco les abandona el espíritu del pecado. No mueren de golpe, no se vuelven repentinamente ángeles: pero la gracia les invade como la marea que sube. Victoria querida, mira bien a tu padre en los ojos, y verás cómo sube lentamente la azul marea celestial”. Y Victoria levantaba hacia mí aquellos ojos suyos, sus ojos de niña ingenua, oscuramente turbada. Leía en ellos un misterio naciente, semejante a los secretos de los grandes bosques cuando respiran en las frondas las primeras violetas. Luego, mi mirada se deslizaba desde los bordes de los párpados puros de mi hija a su piel nacarada: al pasar, me detenía un instante en los labios. Una mancha revelaba la tinta ingerida a escondidas. El cordón del escapulario asomaba de la camiseta bordada sobre la delgada nuca. Dos ágiles manitas tocaban a veces mis rodillas.

»No, jamás pude saber si mi mujer veía. A veces, corría entre nosotros, lo hubiese jurado, una especie de escalofrío que no era el recuerdo. Sí, y luego nada más. ¿Habré soñado? Tomaba mi fiebre por la suya. Ahí la tienen, la dignidad misma, yendo y viniendo, toda de negro, porque conviene más a su situación. ¡Ah, cuánta

rabia me daba ese duelo preventivo! Hubiese querido vestirla como una saltimbanqui, desnudarla, maquillar la, no dejarle más que las medias negras. Ella, en cambio, rezaba el rosario, ya veces me besaba la frente. ¡Qué monstruo! Pero me traía a la pequeña, y yo creía captar en su rostro una expresión de socarrona complicidad, y ya no sabía qué pensar. Tanto más cuanto que otro sentimiento se apoderaba de mis sentidos, e intentaba sonreírle a Victoria. ¡Vaya!, otro delirio: mi mujer habla con esa voz fría que conozco. Me da las noticias. Piedad cotidiana, implacable. Sin embargo, una tarde, sigo en lo mismo, ella acababa de darme de beber. Agosto entero abochornaba la habitación. El aire no había golpeado las puertas desde hacía semanas. En el patio desplumaban un pollo. Me cogió de pronto. Una ráfaga. Huracán inmóvil entre nuestros rostros cercanos. Sentía ferozmente la belleza madura y dispuesta a deshacerse de aquella compañera inaccesible. Textura magnífica de la piel ligeramente húmeda, olor moreno, inmenso calor. No me tocaba, permanecía erguida. ¿Habrá entendido? Me parece que se aparta cerrando los ojos, se pone rígida, qué silencio. Me parece. Me parece. Huye desviando la cabeza. Después de todo, era simple tristeza, de mí o de ella. De ella probablemente.

»Entretanto, Victoria crecía. Sus ojos esquivaban los míos. A hurtadillas, espiaba a los chicos. Al principio no se escondía de mí. Hojeaba a mi lado libros ilustrados y permanecía todo un cuarto de hora ante la misma imagen haciendo morritos. Una vez, estaba precisamente ahí, en el vano de la ventana. Cosía, y, mientras cosía, alguna atracción en la calle la había interrumpido. Con la aguja en el aire, permanecía así, con la boca entreabierta; yo veía su brazo redondo. Contra la luz, su pecho se estremecía. Lo sentía bajo el corpiño escocés: apenas formado, inconsciente, como ciego. Sentía aquel pecho infantil volverse duro, duro. El cuello se inclinó, los labios temblaron. Luego la mano, ardiente, volvió a su labor. Victoria no levantó la cabeza cuando del patio entró uno de los criados, con cara inocentona, y atravesó la sala abrochándose el pantalón. Cuando a mis espaldas se cerró la puerta de la cocina, los ojos de Victoria se apartaron de la tela, lentamente, y miraron hacia el fondo de la habitación, pero por el camino tropezaron con los míos. Desde aquel día mi propia hija me cogió manía.

»Victoria y su madre no eran las únicas en reanimar esos deseos mal apagados que cualquier tontería encendía en mí. Había criadas cuya sola presencia me revolvía como un arado la tierra. Sólo las nuevas me hacían caso. Con la costumbre se volvían indiferentes. Cuando yo era muy joven aún, algunas se turbaban al ver aquella fuerza yerta. Hubo algunas cuyas miradas se extraviaron. Huían entonces, temerosas: o reían. Una, una vez. Se había dado cuenta de lo que me sucedía. Una chica alta, lenta, con manos grandes, lentas. Una lavandera. Cuando no había nadie en la sala, se plantaba ante mí sin decir palabra. Se ensombrecía. Dejaba correr el tiempo. Luego separaba los muslos. Hacía esto dos, tres veces al día. Recorría la habitación con la mirada. Con una mano se aseguraba el peinado. No me rozó siquiera con la manga en los seis meses que la tuvimos en la granja. Una mañana, en época de siega, estando todo el mundo en el campo, entró como de costumbre y vino a colocarse ante mí. Pero algo la preocupaba. Sacudía la cabeza para decir no. Debatía una cuestión profunda. Bruscamente se levantó la falda y enseñó su monte. Un hermoso montecillo castaño claro, abombado. Llevaba medias de algodón gris sostenidas por cordeles. La falda volvió a caer, la chica salió diciéndose: “Tengo que ir a ver dónde puse la leche”. Tres días después dejaba la granja, había recibido una carta.

»Cada primavera observaba la crecida de las pasiones entre los comensales de la granja. Las chicas y los chicos no se molestaban demasiado por mí. Conocía sus relaciones, sus engaños, sus vicios. Desde mi rincón, veía cómo se hacían y se deshacían parejas, a veces curiosos tríos, matrimonios complejos. No tenían en cuenta mi presencia para besarse: “¿El viejo? No dirá nada, no puede decir nada”. A ciertos enamorados incluso les divertía mi presencia. ¿Divertía? No deja de ser cierto que el aparcero, el padre de Gastón, durante muchos años y con distintas mujeres, se las arregló, no cabe duda, para que yo lo viera. Se ponía en la ventana, como si tomase el fresco. A veces incluso fumaba su pipa. La mujer, agachada en el suelo, lo manoseaba, mirándome. O bien no podía mirarme. Él vigilaba el patio. A menudo gritaba unas palabras a alguien. La mujer entonces se asustaba. Él le daba un golpe con la rodilla.

»Yo experimentaba un placer positivo viendo a los hombres y

mujeres juntos. Me parecía que el ejemplo acababa con mi mal. Me excitaba terriblemente. Llegó a ocurrir que estos espectáculos me arrastraban más lejos de lo que hubiese pensado. Eso me dejaba siempre en una gran confusión. Pero cada vez me gustaba más esa confusión. Cada vez me gustaba más lo que era mi vergüenza en los primeros tiempos de mi parálisis. Llegaba a acechar a los hombres, a querer que desearan a las sirvientas, a mi hija. Las desnudaba para ver el efecto que un pecho entrevisto, un hombro, no podía, no debía dejar de causarles.

»Un invierno, mi mujer murió sepultada en su duelo. Me condujeron ante el cadáver. Tenía los labios apretados. Se llevaba su secreto. Hubiese querido gritar el mío, torturaba mi rostro reacio. La gente se daba codazos. “Es triste, pobre viejo. Fue tan buena con él”. Eso simplificó un poco la vida. Victoria no se creía obligada a los remilgos de su madre. Reía incluso cuando los campesinos me hacían bromas. Yo pensaba: en lugar de ocuparos de mí, tomadla pues, a la niña. Hacia el mes de mayo, probablemente abril, mayo, el aparcero volvió a la ventana, y esa vez estaba Victoria a sus pies. Creía hacerme una mala pasada. Reía con maldad. Yo la miraba fijamente: volvía a encontrar los ojos puros de antaño, el cuerpecito ahora desarrollado. Seguía llevando un escapulario. La escena se reprodujo varias veces. Me agitaba un placer singular que Victoria tomaba por rabia. Una vez al levantarse pasó muy cerca de mí y me mostró las grietas de sus labios.

»En cuanto todo esto pasó a ser suyo, Victoria, mi hija Victoria, se casó. Tuvo amantes, tuvo niños. Jamás dejó de perseguirme con su odio. Y yo le tomé a ese odio un gusto que ella no puede imaginar. Amo a Victoria, jamás amé a nadie más en el mundo, palabra. Se mostró ante mí en los brazos de todos los hombres con quienes estuvo, creo efectivamente que de todos ellos. La vi hasta con sirvientas. Es ahora toda una mujer, sólida. Se ha ajado un poco. Ha llegado a los cuarenta. Es mi hija. Hay una larga historia en el fondo de las miradas que cruzamos. Me gusta su odio tenaz, y lo experimento cada día. Me gusta el desprecio oculto en cada palabra que me dirige. Domina a los hombres. Sigue teniendo al aparcero de antaño a su servicio. Él también está casado. Es como un perro que se estira ante ella. Toda una mujer. Ah, si su madre

hubiese sido como ella.

»Así pues, desde hace cuarenta años, ni más ni menos, permanezco estático entre las pasiones que me desgarran sin destruir el dique que me separa del universo. Una gran conmiseración indiferente rodea el sillón de los impotentes. Espectadores imbéciles, jamás comprenderéis nada. No cedería mi lugar por todo el oro del mundo. Fuera de toda humana consideración pueril, dedico aquí todo mi tiempo a la voluptuosidad. Mis sentidos reducidos se han afinado en extremo, y es en su pureza donde al fin encuentro el placer. La vejez ha rozado apenas mi cuerpo. Si ha blanqueado mi cabello, no he malgastado en cambio mis días en la cama de una mujer que cada noche hace agonizar en su piel arrugada. En mi aparente esclavitud, qué libertad verdadera. Cuando tenía el poder de andar, de hablar, tenía que tener en cuenta a los demás. No me atrevía a pensar, todo me parecía criminal. Me limitaba. Temía las preguntas que acudían a mi mente. Una gran injusticia le pone a uno a sus anchas. Ninguna desgracia puede ya alcanzarme hoy, ningún acontecimiento puede desconcertarme. Así pues, he aprendido a gozar de mí mismo, a gozar del prójimo. No pienso en morir. No me aburro. No es más difícil no aburrirse que no hablar, y yo ya no puedo hablar. De vez en cuando vuelven a apoderarse de mí unas ganas violentas de estar vivo como todo el mundo. Son crisis breves, que me hacen sentir mejor mi felicidad. ¿Puede sucederme algo peor? ¿El fuego en la granja? Casi ningún lugar de mi cuerpo es apto para el sufrimiento físico. Aún sería un hermoso espectáculo, y poco me falta para desear ese incendio aunque sólo fuera para descubrir los gestos del instinto en todos esos hombres, en esas mujeres, en Victoria, y en su hija Irene, y para morir en el escenario de esas revelaciones embriagadoras, en medio de esa población descabellada, medio desnuda, corriendo al ritmo más acelerado de su vida y de sus sentimientos. Si sólo supieseis, jóvenes que os reís de este inválido, qué especie de sorda alegría, qué estremecimiento despierta en el fondo de mi carne entumecida el ruido ligero de vuestras irrisiones. Ah, reíd, seguid riendo, hermosos brutos de veinte años. Os *puedo* por el placer mismo que siento al escucharos. Más, reíros aún más de mí, por favor, hasta poneros morados, hasta atragantaros, hasta

sofocaros. Así, así. Cómo se tensa su piel. También ellos creen entonces que me enfado. Se ponen a odiarme cordialmente. Viejo cochino, piensan, nos haría la vida imposible si no se pudriera en sus babas. Me insultan: se atreven porque saben que Victoria, doña Victoria, no se opondrá. Los más valientes me dan empujones. Por desgracia no se atreven a maltratarme demasiado. A veces creo que algunos están a punto de pegarme. Pero no. Al menos no hoy. Fui antaño un hombre más bello y más fuerte que todos vosotros, y más inteligente. Un hombre instruido, pedazos de bestia. Me amaron. Entonces me hubieseis saludado. Vivía en la ciudad. Me apasionaban los problemas insolubles. Os diría demasiadas cosas si pudiese hablar. Pero ¡bendita sea la sífilis!, ya no puedo hablar. No adivinaréis jamás *quién* está aquí desde hace cuarenta años. Ah, ¿por qué no me pegáis?, ¿qué superstición de la debilidad os retiene? Mi vida me da vértigo. Siento en mis pantalones que ensucio una inmensa alegría arrebatadora: ¡pegadme, os digo, soy quizás algo mejor, algo más que Alejandro o Julio César!».

Peces peces soy yo, os llamo: hermosas manos ágiles es el agua. Peces os parecéis a la mitología. Vuestros amores son perfectos y vuestros ardores inexplicables. No os acerquéis a vuestras hembras y permaneced exaltados ante la sola idea de la semilla que os sigue como un hilo, ante la idea del misterioso depósito que produjo en la sombra de las aguas relucientes otra exaltación muda, anónima. Peces no intercambiéis cartas de amor, encontráis vuestros deseos en vuestra propia elegancia. Flexibles masturbadores de los dos sexos, peces me inclino ante el vértigo de vuestros sentidos. Quiera el cielo, quiera la tierra otorgarme el poder de salir así de mí mismo. Cuántos crímenes omitidos, cuántos dramas contenidos en el hoyo del apuntador. Vuestras transparentes exaltaciones. Dios mío, ah, cuánto las envidio. Queridas divinidades de las profundidades, me yergo y me agito al pensar un solo instante en el instante de vuestro espíritu en el que se forma la bella planta marina de la voluptuosidad cuyos brazos se ramifican en vuestros seres sutiles, mientras el agua vibra alrededor de vuestras soledades y emite un canto de arrugas hacia la orilla. Peces, peces, prontas imágenes del placer, puros símbolos de las poluciones involuntarias, os amo y os invoco, peces semejantes a globos aerostáticos. Echad al hueco de vuestros surcos un lastre pasional, signo de vuestra grandeza intelectual.

Peces peces peces peces.
Pero también el hombre hace a veces el amor.

La mirada de los amantes delimita entre los dos términos de la pareja una zona en la cual la atención se concentra y se deshilvanan las personalidades. Es en esos confines, al descomponerse la luz de los deseos desde el rojo delirio al violeta conciencia, cuando el milagro sensible insensiblemente se produce. Entonces entonces… pero no anticipemos.

De momento, déjame introducirte, lector —tú que pagaste tan caro la semana pasada el derecho a asistir gracias a un periscopio a una escena bastante breve que, desde el fondo del agujero donde te habían ocultado, tomaste por una exaltación auténtica del alma humana, pero que no lo era en absoluto: aquella pálida ficción de barriada, a la que habían previamente maquillado por temor a que la lástima se apoderara de ti, de ti o de otro, pues no eras tú precisamente a quien esperaban, en vista de lo que la disolución y la mala alimentación pueden hacer cuando se empeñan, había aprendido gracias a una triste experiencia cotidiana el arte de fingir la voluptuosidad sin sentir su veneno—, en la habitación de Irene, sí, es Irene quien hace el amor. La reconozco muy bien hasta desnuda, tiene los pechos un poco largos para mi gusto. En cuanto al hombre, me da la espalda: no consigo ponerle un nombre y, además, si he tenido la ocasión de encontrarme con aquel cuerpo en alguna parte, fue sin duda debajo de un traje y para mí el traje hace la personalidad del hombre ya que no la de la mujer. Si un hombre desnudo lleva barba, creo ver a Jesucristo. Pero el que se abría de piernas encima de Irene y la cabalgaba con dureza, cuando se levanta entreveo cuatro pechos que no acaban de abandonarse unos a otros, a juzgar por los pequeños movimientos laterales de sus mandíbulas iba totalmente afeitado. A menos que llevase perilla o un bigote a la americana. Apoyado en su brazo izquierdo, la mano

derecha sobre el costado derecho de Irene. La mano derecha atrapando a contrapelo el hombro izquierdo de la mujer. Dando la impresión de estar muy enamorado. Murmurando ah, ¿me sientes bien? Ella primero temerosa al parecer, al principio frenando, luego dejándose llevar siguiendo, provocando, exagerando la carrera. He aquí que se desmanda.

Le toca al macho moderar a la muy arisca. Eh, no tan aprisa. Él no quiere gozar aún, o más bien quiere gozar a sus anchas del deseo que siente, que le precipita y que le retiene. No queda en el fondo del placer más que un débil recuerdo, reflejo añoranza, del deseo que lo causó. Lector, cuando hagas el amor, detente así. Pero Irene no lo entiende de ese modo. Empuja con los riñones, como quien grita. Agita circularmente la pelvis y el vientre, se arquea, sus muslos se entreabren y van en busca del miembro del hombre inmovilizado. El con un gesto magnífico retrocede y da muestras a su compañera de que el deseo que siente por ella no ha disminuido: saca del reducto convulsivo una polla enorme y humeante. Ella no se resigna, se yergue y se estremece cuando la extremidad sensible de él abandona frotando la entrada del antro que la persigue. Los cojones colgantes golpean blandamente el coño. Joven burgués obrero laborioso y tú, alto funcionario de esta República, os autorizo a echar una mirada al coño de Irene.

¡Oh delicado coño de Irene!



¡Tan pequeño y tan grande! Aquí es donde estás a tus anchas, hombre finalmente digno de tu nombre, es aquí donde te encuentras a la escala de tus deseos. No temas acercar el rostro a ese lugar, y ya tu lengua, la muy charlatana, no se está quieta, ese lugar de delicias y de sombra, ese patio de ardor, en sus límites nacarados, la hermosa imagen del pesimismo. Oh raja, raja húmeda y suave, querido abismo vertiginoso.

En ese surco humano es donde los navíos al fin perdidos, con su maquinaria ya inutilizable, volviendo a la infancia de los viajes, despliegan en su mástil improvisado el velamen de la desesperación. Entre los pelos rizados, qué bella es la carne: bajo ese bordado bien compartido por el hacha amorosa, amorosamente aparece la piel pura, espumosa, láctea. Y los pliegues, al principio pegados, de los grandes labios se entreabren. Encantadores labios, vuestra boca se parece a la de un rostro que se inclina sobre un cuerpo adormecido, no horizontal y paralela a todas las bocas del mundo, sino fina y larga, y transversal a los labios habladores que la tientan en su silencio, dispuesta a un largo beso puntual, labios adorables que habéis sabido dar a los besos un sentido nuevo y terrible, un sentido para siempre pervertido.

Cómo me gusta ver reanimarse un coño.

Cómo se ofrece a nuestros ojos, cómo se comba, atrayente e hinchado, con su cabellera de la que surge, semejante a las tres

diosas desnudas por encima de los árboles del Monte Ida, el incomparable resplandor del vientre y de los dos muslos. Tocad, tocad de una vez: no podríais hacer mejor uso de vuestras manos. Tocad esa sonrisa voluptuosa, dibujad con vuestros dedos el hiato embelesador. Así: que vuestras dos palmas inmóviles, que vuestras falanges apasionadas por esa prominente comba se junten en el punto más duro, el mejor, el que eleva la ojiva santa a su cima, oh iglesia mía. No os mováis más, quedaos, y ahora, con dos acariciadores pulgares, aprovechad la buena voluntad de esa niña cansada, hundid, con vuestros dos acariciadores pulgares, apartad suavemente, más suavemente, los hermosos labios con vuestros dos pulgares acariciadores, vuestros dos pulgares. Y ahora, te saludo, palacio rosa, plácido estuche, alcoba un poco deshecha por la alegría grave del amor, vulva entrevista un instante en su amplitud. Bajo el satén arañado de la aurora, el color del verano cuando cerramos los ojos.

No por nada, ni por azar ni premeditación, sino por esa FELICIDAD de expresión que es semejante al goce, a la caída, a la abolición del ser en medio del semen descargado, es por lo que esas hermanas pequeñas de los grandes labios recibieron como una bendición celestial el nombre de ninfas que les va como un guante. Ninfas al borde de los estanques, en el seno de las aguas que brotan, ninfas cuyo arrebol se expone en el brocal de sombra, más variables que el viento, apenas una graciosa ondulación en Irene, y en mil más otros mil efectos recortados, desgarrados, encajes del amor, ninfas a las que alcanzáis en un nudo de placer, y el botón adorable se estremece ante la mirada que se detiene en él, el botón que apenas rozo y lo cambia todo. Y el cielo se vuelve puro, y el cuerpo es más blanco. Meneémosla, esa alarma de incendio. Ya un fino sudor cubre de perlas la carne en el horizonte de mis deseos. Ya las caravanas del espasmo aparecen en la lejanía de las arenas. Caminaron, esos viajeros, llevando la pólvora en estuche y las pacotillas en las cajas de clavos oxidados, desde las ciudades de las terrazas y los largos caminos de aguas que contienen las dársenas negras. Fueron allende las montañas. Helos aquí con sus abrigos

rayados. Viajeros, viajeros, vuestra suave fatiga se parece a la noche. Les siguen los camellos, portadores de géneros. El guía agita su bastón, y el simún se levanta de la tierra, Irene se acuerda repentinamente del huracán. Aparece el espejismo, y sus hermosas fuentes… El espejismo está sentado desnudo en el viento puro. Bello espejismo en forma de martillo pilón. Bello espejismo del hombre que entra en el coño. Bello espejismo de fuente y de pesados y jugosos frutos. He aquí los viajeros locos de tanto frotar los labios. Irene es como un arco sobre la mar. No he bebido desde hace cien días, y los suspiros me sacian. Ah, oh. Irene llama a su amante. Su amante tieso a distancia. Ah, oh. Irene agoniza y se retuerce. Él está tieso como un dios sobre el abismo. Ella se mueve, él la rehuye, ella se mueve y se ofrece. Ah. El oasis se inclina con sus altas palmeras. Viajeros vuestros albornoces dan vueltas en la arena. Irene jadea como si fuera a estallar. Ella contempla. El coño está empañado por la espera del pito. Sobre la imagen ilusoria, una sombra de gacela…

Infierno, que tus condenados se la meneen, Irene se ha corrido.

Cuando las hojas a la orilla de los bosques han perdido su monedero verde, cuando su tallo ha por fin olvidado la circulación de las savias, y la mano que saludaba al viento vuelve a cerrarse con avaricia sobre el oro que robó al esplendor del día, las frondosidades secas ya por entonces, dispuestas a dejarse acoger por la tierra, echan al universo sin verdor una última mirada amarga y sin lamentos. Esqueletos de nervaduras agitad vuestra sabiduría aún disfrazada por los maquillajes del otoño. Pienso que después de todo hay quizás en el mundo de las hojas suficientes juegos como para que un ser al que me gusta imaginar del color de los retoños que se agitarán un día con vuestros mismos gestos juegue finalmente en el musgo a la taba del reino vegetal. No es siquiera la mano de un niño. No es tampoco esa mano cuya caída, mucho más emocionante que la de las hojas, acompaña a la muerte prevista para enternecedores tísicos por médicos sentimentales que señalan tan pronto el cielo como la tierra, no es la mano del sacerdote acostumbrada a los histéricos lugares comunes de la muerte, ni la mano que espera en el fondo de un tugurio a la orilla del mar la impaciencia y la ebriedad de los marinos, y a veces de la gente de tierra, sino de todas las hojas a las que arrastra un viento fatal para su decadencia; más que los ramajes, esas manos habrían tenido que hacer delirar a los poetas de la antología, esas manos que, a punto de ser reconocidas por una señal de sus dedos, los criminales en los túneles ponen de repente en la portezuela de los trenes y que una gran bofetada de los muros dispersa en la noche sangrienta, otoño de las manos asesinas. Os toca a vosotros, elegíacos. Reconstruid a partir de estos restos que fueron en su unión el instrumento maravilloso del crimen y de las rapiñas, a partir de estos restos en el humo y la velocidad, el país fantástico en el que este punto de la

resignación humana, este momento acosado y azorado, es el mes de octubre de un indiscernible *algo*. Y volviendo a coger este problema por los cabellos ardientes de la metáfora, pensad que el otoño y sus milagros rojizos, con su metabolismo silvestre, sirve de imagen al que exprime con los dedos como una esponja las lentas y terribles transformaciones de su corazón. Que abandone sus perspectivas de bosque herido: le ofrezco un lugar en el que reconoce sus mudos dolores, cuando, sin una palabra, se esfuman a la medianoche de las vías férreas las manos denunciadoras. Si, agotando su nostalgia al adaptar esta tragedia de las tinieblas a su caso personal, se pierde en los pasillos de la Analogía, ese prostíbulo cuyas puertas llevan un eco por número, que me lo agradezca una vez más, lo habré apartado de esos lamentables símbolos del otoño trivial, lo habré cogido de esa mano despegada y desgarrada, lo habré arrastrado conmigo hasta un rellano vedado de la turbación. Ya no sabe si es la mano, el criminal, o la hoja. Busca con las horribles lamentaciones de la migraña el equivalente humano del ciclón ideal que lo arrebató. ¿De qué se quejaba? No puede leer esta trama, odia al final las imágenes y la complicación de sus laberintos. Es sin embargo muy simple, pequeño. Jamás pudo representarse la geometría en el espacio, ¿cómo no iba a descarriarse en el espíritu? Se aferra a la caída de las hojas, y ¿qué sé yo lo que esa avalancha de pavesas significa exactamente para él? Miradlo pasar por el viento de su pensamiento con el puño crispado sobre un ramito de muertas. ¿Qué querrá de esos cadáveres? La absurda comparación de su vida con el transcurso de un año no es suficiente para explicar ese cuadro sorprendente y grotesco, en el que contrariamente a las leyes de la gravedad los pies del infeliz, lejos de tocar el suelo, se vuelven ligeramente hacia las nubes. El contenido de sus bolsillos se le escapa y hay ahí un otoño más singular que el de los árboles, pequeño lápiz casi gastado, trozos de papel, moneda de dos reales, cartas de indiferentes, muestras para el traje de invierno, ah ah bromista, no hablaba de su mortaja, un trozo de cinta, una aguja. Reflexiona sobre el otoño de tus bolsillos, amigo mío, de tus bolsillos denunciadores, cuando, bajo el túnel de las imágenes, trucado por la incomprensión, les das la vuelta en la portezuela, es demasiado tarde, es tu corazón el que huye, tu corazón arrancado a

los árboles de los bosques, ¿adónde habrá ido el niño que pedía a su madre corazones para jugar a la taba en la noche?

¡Cuánto se desorienta una vida! Los años huyen y dejan al hombre, tras tantas peregrinaciones y tantas metamorfosis, absolutamente semejante a sí mismo con ocasión de una pequeña similitud moral de una circunstancia que hace que uno recuerde. ¿Es cierto que sólo se ama una vez en la vida? Conocí a quienes lo pensaban. Lo creí a veces. Ahora me opongo con violencia a esta concepción inhumana. El amor sigue sin embargo siendo muy importante para mí. Sigue siendo lo que más me gusta. Lo que doblega todo. Lo que hace abandonarlo todo en el mundo, y está muy bien así.

Hacía años que no había encontrado lo que para mí se reviste concretamente de una apariencia, ese espejismo del agua negra, Irene. La otra imagen, la viva, la que había intentado borrar con ella, ¿había realmente desaparecido? Es difícil creerlo, para alguien que siente con frecuencia el precio de la eternidad. Había desaparecido, había desaparecido. Estaba locamente enamorado de una mujer extraordinariamente bella. De una mujer en la que había creído como en la realidad de las piedras. De una mujer que había creído que me amaba. Yo era su perro. Es mi manera de hacer. Entonces ocurrió algo incomprensible, algo así como un pensamiento disimulado entre nosotros, y transcurrió el tiempo cruel de las *vacaciones* antes de que cayera en la cuenta de que algo insólito se producía en ciertas miradas. Era imposible que estuviésemos en el mismo lugar durante aquellos meses de verano. Mil razones. Me fui a una soledad en la que múltiples complicaciones de frontera, de redes ferroviarias, ponían entre ella y yo obstáculos apenas superables para la escritura. No hacían falta los obstáculos. Recibí dos cartas muy breves en tres meses. Dos cartas. Hay que sopesar esos sobres para comprenderme.

Me había refugiado en casa de unos amigos que mostraban por

mí una inútil solicitud. El paso del cartero me dejaba cada día lívido hasta la noche. Superaba las veladas con dos o tres copitas. Ah, qué verano. Un verano de espera. Aquella a quien amaba, no, no me dejaré llevar a seguir hablando de ella. Vuelvo a ver con demasiada precisión un instante en un jardín público de París, ella tenía sobre las rodillas las resbaladizas hojas que yo le había escrito en aquella época, era primavera, detrás de un café, en sillas de hierro. Si quiere saber la idea que conservo de ella, que se alegre: me dejó la prodigiosa imagen de la agonía, ¡y se lo agradezco! Eso también ha terminado.

No había en aquel lugar meridional ninguna de las irrisorias posibilidades de C… El campo, y un torrente muy azul al que arrojé guijarros[13]. En un palomar que habían puesto a mi disposición, me entregué pues una vez más a mi droga. Escribía de la noche a la mañana. A veces evocaba fantasmas. Nuevos, antiguos. Un día me sorprendí pensando en Irene, y me vino de ella una idea social, una idea circunstancial.

Después de aquello, quizá desanimado, jamás volví a verla.



De la granja donde creció, ni un detalle que no esté largamente impreso en su cabeza: de todo el edificio, Irene no sólo conoce la disposición que se aprecia, sino que conoce las desigualdades de la pared, lo que distingue a una baldosa del embaldosado, las variaciones del color de las vigas en los techos. Adquirió la costumbre, como el que cuida mucho su cuerpo y anota sus accidentes, de interesarse por el yeso, la madera, el ladrillo. Vive con esa casa como consigo misma. Está impregnada de sus olores. Siente las estaciones como la granja, por las ranuras de los postigos, la recogida de las cosechas. Le gusta esa gama infinita del año, su límite, en el que se exaspera también una sensualidad salvaje que traiciona ese moño mal anudado, negro y salvaje, que se deshace con frecuencia y que ella vuelve a levantar con impaciencia.

No sabe negarse nada. No le gustan los demás. Jamás le han gustado los demás. Son sus enemigos, lo pensó desde la infancia. Los olvida, a veces, inmóvil. Es como si ya no tuviera motivo alguno para despertarse. Ni de su sueño, el más recio del mundo. Pesada y violenta. Bastante alta con todo, altanera. Indolente. Si la madre la atosiga, ella le lanza una mala mirada. Piensa mucho en los hombres. Como en todos los placeres. Es sensible a su vigor y a su belleza. No es lo que se dice fácil, pues se cuida mucho de no prostituir su cuerpo. No por virtud. Parece que se acueste con todo el mundo. Es un error. Piensa mucho tiempo en aquel a quien marcó con su deseo. No se entrega a la primera, por sorpresa. Siente muy poco el gusto por la fantasía. Se apodera de un hombre como el agua de las marismas, por sorda infiltración.

A los catorce años, se entregó a un mozo de labranza. Luego hizo

que lo despidieran enseguida. Decir que está enamorada, es como decir que lo estuviera una perra. No es sentimental con sus amantes. Cuando tiene ganas, hay que satisfacerla. O adiós. Más de uno no pediría otra cosa. Y es que es bella, y complaciente, y fresca. Y dotada para los quehaceres del amor. No permanece ajena a él. No se echa atrás ante el acto. Es incansable, y cuando un suave sudor la recubre de perlas, tiene el brillo del placer, resplandece. La voluptuosidad con ella no es un asunto cualquiera. Entiende que debe compartirla. Dice que no tiene el sentido del engaño. Que eso es lo que hace que odie a los curas, que en su mayoría tienen costumbres lamentables. Ni se le ocurre comprometerse. Quienes hablan, no tienen más remedio que callarse. Sólo contesta a su madre. Y los que se le someten, pues no es ella la que se somete, lo hace sólo cuando quiere, siempre han bajado los ojos ante ella. Tiene boca de escorpión, y generalmente vuelve la cabeza, se la ve de tres cuartos, como si no viese a la gente. Luego su mirada arremete contra los ojos como un animal de presa. No es habladora. Pero es dura para todos. Despreciativa.

Sabe muy bien que los placeres del amor son lo esencial de su vida. Se siente hecha para ellos. Todo lo demás le parecen moratorias, bagatelas. Tiene cierta seriedad que otorga un carácter brutal a sus besos. El dinero, en una existencia como la suya, tiene poca importancia. Jamás pensó en vivir en otra parte, y es, será aquí el ama. El bienestar que reina en la granja y en sus dependencias, pacientemente acumulado por su madre, Victoria, no le deja, a falta de imaginación o conocimiento, más que deseos muy simples, el hambre, el deseo… Un hombre le aburre por momentos, sus palabras, su estupidez. No cree que se pueda hacer nada mejor que dejarlo, y tomar a otro. El cuerpo del hombre tiene algo muy fuerte que la atrae. Se lo confiesa a sí misma, sin remilgos y además, ¿qué podría hacer, si no amase? ¿Pasearse? El trabajo del campo no corresponde a su rango, y hay suficientes sirvientas en la casa como para hacer otra cosa que simular que la gobierna. Hay muchas viejas, muy capaces. Su madre se ocupa de los hombres, y es la reina. Las dos mujeres se odian; pero no se molestan. Se estiman. Se parecen mucho.

Extraña familia esta en la que desde hace dos generaciones los

varones han sido dominados por sus compañeras. El padre de Irene murió poco después de su matrimonio. Corrió por la región la voz de que Victoria se lo había sacado de encima, no gustándole tener que alimentar a un hombre al que tenía que considerar como a un igual. El padre de Victoria sigue estando ahí en su sillón de enfermo que contempla desde hace cuarenta años el triunfo de las mujeres y su orgullosa salud. Él fue quien se estableció en aquel campo que debía convertirse en su trágico horizonte. ¿Qué era exactamente? Tenía algún dinero, había seducido a la hija de un campesino. Se casó con ella, compró la granja y un poco de tierra. Luego, una vez enfermo, vio cómo a su alrededor aumentaba tanto la fortuna de los suyos como su descendencia. Sin embargo; parece ser que al principio de todo sólo hubo por su parte una bravata. Un reto que tomó cuerpo. Pero el pensamiento inicial se perdió. Lo que de singular había en esa ruina murió antes que ella misma. De una hija a otra, hasta llegar a Irene, se mezcló sin duda al salvajismo campesino una especie de ardor sin escrúpulo que se propagó. En toda la comarca se cuentan historias, se teme la sangre furiosa que fluye aquí.

Lo que distingue bastante a Irene de Victoria, lo que por otra parte ha alejado mucho a esta de su hija, es el hecho de que Irene jamás se aficionara a las mujeres, por quienes su madre sintió y sigue sintiendo una fuerte atracción, hasta el punto de que jamás se dio el caso desde que ella dirige la granja de que una sirvienta se haya quedado, sin ser o llegar a ser una tríbada. Esa particularidad no ha dejado de contribuir al éxito de Victoria. Se ha unido a ella toda una población de mujeres que no tienen otro deseo que la grandeza de su casa. Se siente cierto respeto en la región por esa irregularidad que no se oculta demasiado, y que parece constituir una virtud. Ha hecho mucho por el prestigio de Victoria, a quien los hombres tratan como a una igual, a una temible igual. Ha sido considerado como un honor el ser distinguido por sus favores. Algunos campesinos de otras regiones recuerdan con orgullo que ella no se mostró feroz con ellos. Una mujer como esa. Como sus bienes se han extendido como una mancha de aceite a su alrededor, la admiración se impuso a todos los sentimientos que suscitó Victoria. A pesar de los curas, por quienes nadie siente mucho

afecto. Que hacen cosas peores, y que vienen a dar la lata con el cuento de lo que es o no natural.

A Irene pues no le gustan las mujeres, aunque en casa siempre haya estado rodeada de líos de mujeres. Lo probó, por supuesto. Era muy simple, y tentador. Una rubia alta la había poseído varias veces en su cama antes de que ella tuviera a su primer amante. No puede decir que eso le resultara desagradable. Valía si se daba el caso, si se aburría. Pero en fin, ni tan sólo un poco más tarde, con una chica de su edad a la que aterrorizaba, o con otras que los hombres con frecuencia le habían llevado en broma, pues aquel lugar se había acostumbrado a esos caprichos y los hombres se habían aficionado a esas zalamerías, no había gozado muy vivamente de un placer que llegaba a la larga, pero que no le parecía muy distinto del que ella misma podía darse, y por lo tanto ya no vale la pena. Entiende mucho de gozar. Necesita al hombre. Y sus comodidades. Pero entonces no pierde ni un momento. El placer es el placer. Sabe lo que quiere. Algunos se andan con cumplidos. Ella los ve venir. Habla, chato. Y luego venga, ya no respeta nada. El hombre. Todo lo que se aprende en la ciudad no significa nada. No le gusta eso. Algunos se hacen los finos por una tontería. Primero a su antojo. Luego, ya veremos.

Victoria nota muy bien, y con bastante lucidez, que Irene no concuerda en todo con ella. No le importa demasiado. Pero tampoco le gusta. Naturalmente le reconoce a su hija el derecho de actuar como le venga en gana. No la cree tan tonta como para censurar unas costumbres que son las suyas. Sin embargo se hizo la pregunta. Si a Irene le gustaran las mujeres, todo sería más sencillo. No habría entre ellas una especie de molestia que se debe quizás a otra cosa, pues Victoria se acuerda de haber aguantado muy mal a su propia madre, pero que quizá se debe a eso. Victoria no está muy segura de que Irene resista siempre a los hombres, moralmente se entiende. Encuentra a su hija muy ociosa, ¡y no vaya a ser que haya trabajado tanto para un yerno al que odia ya de antemano! Victoria, cuando se habla a sí misma por la noche —empieza a no dormir tan bien—, se muestra severa para con las chicas que se enamoran, así como así, de un hombre, sólo porque sirve para la cama y no en el campo. Ya se ha dado cuenta de que su hija no suele acostarse con

los mejores trabajadores. Hasta granujas le han gustado. Yeso sí que irrita a Victoria. Además, piensa ella, no es que ella misma hubiese querido… sí hubiese querido, pero al fin y al cabo, Victoria no está acostumbrada a que se le resistan. No lo ha probado, pero es que se hubiese topado con un rechazo, con un desprecio. En fin, digámoslo de una vez, no hay intimidad posible entre una madre y una hija en esas condiciones. Victoria, cansada de dar vueltas en la cama, se levanta y va a contemplar por la ventana sus propiedades en la noche.

Ha llevado muy lejos los límites de su poder. Reina sobre esta región. Y como no es reina, todo lleva la señal de sus combates. Entrevé en la sombra la gran masa de las dificultades vencidas. La tierra y la gente le pertenecen por vínculos que no están sólo escritos. Ha llevado adelante por igual su vida y su sensualidad. No se ha contentado con adquirir, se ha comprometido. Pudiendo dominar, poseer es muy poco, sin duda. Ella posee y domina a la vez. Se detiene a veces ante su padre, y lo mira, baboso. Viéndolo fue como comprendió que los hombres son buenos criados, pero deplorables amos. Cuando dejan de corretear por ahí, beben, gritan. Apenas saben ir al prostíbulo a coger la sífilis, como el viejo. Está claro que fue allí donde la cogió, con esa cara. Lo encuentran más cómodo, con chicas a quienes les importa un comino, que obedecen a todos sus sucios deseos, y además no son guapas; delgadas, pálidas, viejas. Sólo la idea del prostíbulo pone a Victoria fuera de sí. Vuelve a acostarse.

Irene, en el fondo, es cierto, concibe los vicios de su madre con cierta altura. No piensa realmente que sean vicios. Lo encuentra vulgar, simplemente. Y no muy inteligente. Sin embargo no niega la habilidad de su madre. La admira bastante por haber sabido arreglárselas con los campesinos, que son toscos y retorcidos, por haberse valido de todo, hasta del hecho de ser tortillera, para reinar en la casa y sobre todas las tierras a su alrededor. Sabe qué reputación mantiene el respeto en torno de la granja. Encuentra la jugada bien hecha, y defendería sin duda a su madre si a alguien se le ocurriese atacarla. Pero quererla, lo que se dice quererla, no la quiere nada. Si su madre, por ejemplo, cometiera la imprudencia de oponerse a sus placeres, no vacilaría ante nada contra ella. Por otra

parte, según ciertos movimientos que sintió en sí misma, tuvo que reconocer las grandes probabilidades de la leyenda que le contaron con malicia, según la cual su madre habría hecho matar a su padre, o más bien lo habría matado ella misma. Eso hace que Victoria le sea a la vez bastante simpática y maravillosamente ajena. Además, Irene no es capaz de muchos sentimientos. Dice que esos matices son buenos para los hombres, pero que las mujeres no necesitan tantas argucias para engañar a quien se les resiste, las mujeres que encuentran siempre a alguien para realizar sus deseos naturales, a menos que sean unos petardos, no tienen más que gozar todo lo que puedan, sin buscarle tres pies al gato.

Y, de hecho, no se enreda en las sutilezas de sus amantes quienes por ser campesinos resultan a veces sentimentales y curiosos, creen en ciertas ocasiones en un progreso respecto al rústico amor que conocen. Es este un rasgo que comparte con su madre, en lo que esta tiene de viril. Irene se porta con los hombres como se portan los hombres con las chicas, abominablemente impacientes si estas hacen proyectos para el porvenir, cuentan su vida, se enternecen. Piensa sin grandes rodeos que el amor no difiere de su objeto, y que no hay nada que buscar en otras partes. Lo dice si es preciso de un modo francamente desagradable, directo. Sabe ser grosera y precisa. Teme tan poco a las palabras como a los hombres, y como ellos estas le producen a veces cierto placer. No las escatima en plena voluptuosidad. Salen de ella entonces sin esfuerzo, con toda violencia. Ah, qué basura puede llegar a ser. Se calienta, y su amante con ella, con un vocabulario ardiente e innoble. Se revuelca en las palabras como en su sudor. Cocea, delira. Qué más da, vale mucho el amor de Irene.

No lo ignora, y cuando el animal cansado que acaba de someter descansa, se yergue con su cuerpo saludable, sus largos pechos, en el abandono de su victoria, y habla con vanidad de sí misma. Oh, no mucho tiempo. Enseguida, si no se arroja sobre el hombre para extenuarlo una vez más, lo echa, no le gusta que se arrastre así a su lado, holgazán. Y sola de nuevo, realmente sola como siempre sintió que lo estaba en el mundo, se mira en un espejo enmarcado de

cañas de bambú. Hermoso rostro en el que brilla el gusto por el placer, desdeñoso y ávido. Con esa nariz aguileña que le viene de su madre. Los ojos cercanos a la nariz, pero grandes, y oscuros, como de estatua. La frente muy alta, los cabellos espesos. La boca determina la voluntad. Y, sobre todo, un aire que no se puede definir, en el que se presiente el peligro sin que nada lo precise, la sensualidad conquistadora y una especie de vulgaridad que embriaga. Se gusta. Sus manos por supuesto no están cuidadas, y son demasiado fuertes para una chica. Pero eso también forma para ella parte de su belleza. Juega con sus manos mientras vuelve a peinarse, y su imagen es muy blanca entre los cabellos. Flota a su alrededor un gran perfume de morena, de morena feliz, en el que la idea del prójimo se disuelve.

¿Qué es un proverbio sioux? En la danza blanca y azul que adivina en medio de los esfuerzos de la defecación el hombre que fija su mirada en el embaldosado de los aseos hay más belleza que en la pura aurora —es un proverbio sioux—. Cien francos. Cada cosa tiene su precio. Ah, los mosquitos.

Los espejos tienen sobre las palabras de las que me sirvo la extraordinaria ventaja de que los hacen de dos filos: pequeño y celoso, por ejemplo. Así la luna vacila en utilizar la mar, luego valientemente se refleja en ella. Lo cual llena de valor las pardas cabezas de chorlito de la segunda República. Que no debía ser la última. Fuera mosquitos.

Por qué no he podido en mi vida oír hablar de avellanas sin emocionarme hasta el punto de soñar, de, cómo decís, dormir, me, se. Suponed que todo lo que digo tiene un carácter más bien científico. Cierto dominio sobre sí mismo no podría, ni en circunstancias favorables, hacer de un hombre, de un hombre bien dotado, un emperador. Que no debía ser la última, por ejemplo. Suspiros.

Parece, se dice, o, para ser más justos, se insinúa que todo esto acabará siendo una historia. Sí, para los tontos. Hay que decir que ven en todas partes novelas, romances[14]. Los hay que si se han encontrado un señor con un sombrero rosa lo cuentan. Todo es historia para ellos, un pedacito de madera, un adulterio, una gardenia. Eso constituye un somnífero montón de leyendas. Suponed que todo lo que digo tiene un carácter más bien científico.

Todo esto acabará siendo una historia para la crema, lo no va más, el gratinado, la nata de los tontos. Es una manía burguesa la de disponerlo todo como una historia. A vuestro antojo, si tenéis comprador. Lo que quiero decir es, para que se entienda bien, que,

bajo varios nombres, no sigo mi pequeña curva como sigue su trayectoria suavemente, según las leyes de la balística y de la Convención de Ginebra, una bala de cañón en el aire. Nada lo detendría, tiene que firmar, ¡y hostia qué bonita rúbrica! Es puro roble.

Hay gente que cuenta la vida de los demás. O la suya. ¿Por qué extremo la toman? En fin, resumirán cualquier cosa. Una escalera o una corriente de aire. Oyeron de la vida de los demás lo que eran capaces de oír. Pero incluso si fuese así, sería de otro modo. Y además basta ya. Fijaros en un hombre que bosteza. Sus rasgos se deshacen, expresan una melancolía desconocida, una inmensa desesperación física. Sin embargo eso no puede ocupar lugar alguno en una historia propiamente dicha. ¿Quién seguiría minuciosamente la existencia de una vieja, poco a poco llevada a escribir cartas anónimas? Cuántas reflexiones supondría eso.

Es una manía burguesa la de disponerlo todo como una historia. Tengo todo el aspecto de adherirme a ello, hicieron de mí un soldado. No obstante, eso haría reír a alguien que tuviera de mí una visión general. Toma de la estación, con el semáforo al fondo. No, no soy en absoluto un cualquiera. Que haya sido un soldado es un poco más indignante, para un imparcial testimonio imaginario, que si eso le hubiese ocurrido a un pobre perro. Un poco más, un poco menos. Una melancolía desconocida, una inmensa desesperación física. El mismo número de *París–Soir* que reproducía una carta relativa a una revista que prometía a troche y moche mi colaboración y la de otros más y en una entrevista falsificada de Massimo Bontempelli, anunciaba que seis mil presos, en cifras redondas, habían salido aquel mismo día hacia el presidio[15]. Así es como, con la leyenda Aguas minerales alcalinas naturales, la etiqueta del agua de Evian–Cachat que tengo ante mí presenta sobre un fondo rosa una vista del establecimiento termal en el momento en que ante los jardines pasan una calesa y unos cuantos transeúntes, entre los que se distingue una dama con una sombrilla. Hace sol por lo tanto. Y en la cenefa azul y negro, alrededor de una columna decorativa, se lee en una banderola enrollada las siguientes palabras: Aprobación de la Academia de Medicina. Fijaos en un hombre que bosteza.

El mismo número de *París–Soir*. Me abandono al desánimo cuando pienso en la multiplicidad de los hechos. Lo que abarco, en comparación con lo que no abarco, no es muy lucido. Vamos, un poco más de humor, qué diablos. Un traguito más de aguardiente. Un hombre que, para no rascarse, siente la invencible necesidad de beber no es ridículo. Además, bebe.

Murmullo, agua fresca del valle del sueño. En el punto en que caes de veinte metros treinta en la extrañeza lisa de las rocas, no por nada la mano del hombre colgó un pequeño belvedere de cartón–piedra[16]. Ahí viene a poner el codo el romanticismo, con una antología en la mano. Cuidado, César, te caerías.

Las noches son frescas. No podría decir lo mismo del pan, Papa (así designo a las nieves eternas). La multiplicidad de los hechos.

Allí donde la desnudez de la roca rechaza el pie tímido, donde el vegetal desanimado ya no desarrollará la seducción de su simiente, allí donde la azada no levanta más que la chispa, encontré mi refugio, más allá del reino azul de las moscas. Soy un animal de las alturas. No podría decir lo mismo del pan. Que aquellos que buscan su alimento dejen de importunarme con su asqueroso cuchicheo.



NOTICIA

El coño de Irene fue el último texto perteneciente a *La Défense de l'infini* que publicó Aragon. Después del veto pronunciado por el grupo surrealista con motivo de la aparición de *Le Cahier noir* en *La Revue européenne* (febrero-marzo de 1926), aquel se había abstenido de publicar nada más relacionado con su novela. Entretanto, la destrucción del manuscrito de *La Défense de l'infini* en noviembre de 1927 marcaba la definitiva renuncia de Aragon a la continuación de su obra. Entre ese día en Madrid en que quemó mil quinientos folios de su novela ante los ojos de Nancy Cunard y la edición de *El coño de Irene* apenas transcurrieron seis meses. La reunión de esas páginas salvadas de la quema adquiere de este modo un valor simbólico. Marca el punto final de una trayectoria novelesca comenzada con la redacción de *Anicet ou le Panorama, román* en 1918 y continuada por *Le Libertinage* (1924) y *Le Paysan de París* (1926). Habrá que esperar ocho años para que, en 1935, iniciando un nuevo ciclo creativo, Aragon publique otra novela, *Les Cloches de Bâle*, primer volumen de *Le Monde réel*.

Sabemos muy poco respecto a las circunstancias que condujeron a la publicación de *El coño de Irene*. En opinión de algunos el título respondía a las necesidades comerciales de una obra publicada clandestinamente. Esta hipótesis llevó a los responsables de una de las numerosas reediciones a reducirlo simplemente a *Irene*. En nuestra opinión, Aragon eligió deliberadamente este título por su fuerza provocadora. Recordemos que en esta época escribió los poemas de *La Grande Gaîte* (1929), entre los cuales se cuenta el titulado «Voyages»:

Comme il allait de con en con
Il devint terriblement triste
Comme il allait de con en con
Terriblement *triste*

[Como iba de coño en coño / Se volvió terriblemente triste / Como iba de coño en coño / *Terriblemente* triste]

La hipótesis, igualmente arriesgada, según la cual *El coño de Irene* fue escrito por encargo queda contestada por la existencia de las hojas manuscritas conservadas en la biblioteca literaria de Jacques Doucet. Estas fueron dirigidas por Aragon a su protector hacia finales del verano de 1926, dos años antes de la publicación de la obra. Dichos documentos no corresponden, es verdad, más que a una parte del texto. Pero se sabe de la existencia de otras hojas manuscritas, actualmente en posesión de coleccionistas privados que no hemos podido identificar. Anne Chilsom, la biógrafa de Nancy Cunard, señala que esta poseía varias. Parece ser, además, que el autor, al igual que hiciera con *Anicet, Le Paysan de Paris* y *Traité du Style* en 1930, redactó una «crítica» de la obra para un coleccionista.

A menudo se ha formulado la cuestión de cuáles fueron las razones por las que Aragon no quiso reconocer públicamente la paternidad de su obra, cuando lo hacía sin ninguna reticencia entre sus familiares y amigos. No cabe ninguna duda de que las razones fueron políticas. Miembro del comité central del Partido Comunista francés, Aragon quiso evitar lo que, en su época, hubiera constituido un escándalo propicio para que se hiciera de él una explotación política. Este temor, como veremos, no era infundado.

Respondiendo en 1955 al editor de una revista que solicitaba su consentimiento para que *El coño de Irene* figurara en una bibliografía, Aragon escribió:

«Sin duda ignora usted que las atribuciones que aquí y allá han llegado a hacerme de una obra anónima me han supuesto contestar a su pregunta ante un juez de instrucción en el curso de una reciente investigación.

»Le ruego formalmente que suprima de la bibliografía que

proyecta toda mención que pueda inducir a atribuirme de nuevo esta obra».

La mencionada declaración ante un juez de instrucción fue sin duda consecuencia de la reedición de *El coño de Irene* puesta en circulación en 1953.

Poco tiempo antes, a comienzos de 1952, los miembros del Comité Victor Hugo, fundado por Jean Hugo para celebrar el ciento cincuenta aniversario del nacimiento del escritor, y del cual Aragon formaba parte, recibieron individualmente un correo anónimo. Contenía un opúsculo de doce páginas. Sobre la cubierta se leía: *Aragon / Le Con d'Irène 1928/1948*. En la segunda página: *Oeuvres du même auteur / Hourra l'Oural (Denoël) / Les Yeux d'Elsa (Seghers)/ Le Libertinage (NRF) / L'Homme communiste (NRF)*. Seguía la reproducción de algunas páginas escogidas de la obra y de tres grabados de André Masson que ilustraban la edición original. Conviene subrayar aquí las similitudes seguramente no fortuitas con la edición de 1948. Una carta adjunta, que no hemos podido recuperar y que citamos de memoria, exigía del autor «que permita a los proletarios la lectura de esta obra hasta el momento reservada a unos pocos bibliófilos afortunados». El asunto produjo algún efecto en ciertos miembros del comité, entre los que cabe mencionar a Jean–Louis Barrault, Gérard Bauer, Pierre Benoit, André Billy, Julien Cain, Paul Éluard, Raymond Escholier, Fernand Gregh, André Maurois, Maurice Rostand y Jules Supervieille.

La prudencia de Aragon era legítima. Conservaba el recuerdo de la condena de la que fue objeto en 1948, con motivo de las informaciones publicadas en *Ce Soir*, del que era director, y que le valieron diez años de suspensión de sus derechos cívicos.

La persistencia en la negación tiene menos explicación después de la publicación en 1974, dentro de su *Oeuvre poétique* (Livre Club Diderot, vol. IV), de los poemas eróticos de 1929, escritos en colaboración con Benjamin Péret (*1929. Premier semestre* por Benjamin Péret, *Deuxième semestre* por Aragon, con cuatro fotografías de Man Ray, publicado clandestinamente por cuenta de la revista belga *Variétés* en 1929).

El instante

Traducción de Carmen Artal

«El extranjero estaba tan amargado que no podía hablar sin ironía de la naturaleza y de la sociedad. "¿Aún no tenéis", añadió, "la conversación, la charla de los hombres en lugar de la de los monos?".

»"Pero esa no es más divertida", dijo ingenuamente Imaleé».

Ch. Robert Maturin, *Melmoth el errabundo*

«A quienes digan: este libro tiene algo de suburbano que repugna, se responderá que efectivamente el autor no hace la cama del rey».

Petrus Borel, *Prefacio a las Rapsodias*

«Poe fue siempre grande, no sólo en sus concepciones nobles sino también como humorista sarcástico».

Charles Baudelaire,
Nuevas notas sobre Edgar Allan Poe

A la hora en que escribo, mientras se desmoronan los retratos del sueño y una inmensa muchedumbre mana de las casas como agua fría bajo un sol sin calor, mientras las avenidas parecen deslizarse hacia París con un movimiento inquieto de los hombros que todavía no se han readaptado a la asquerosa rutina del trabajo, cuando aún persiste una idea del silencio en el estrépito de los pasos apresurados sobre el asfalto, cuando el autobús para los amantes modernos sustituye a la golondrina precursora con un gemido profundo de chatarra, una vida singular se organiza alrededor de las bocas de metro. Diríase, aunque nos encontremos en pleno verano, que estas sombras sigilosas, estos hombres aún más tristes que los que corren precipitadamente a los estribos de los tranvías, esperan encontrar en la tierra el calor de la cama que abandonan, y de la que llevan todavía a rastras el dudoso fantasma deshecho. Una especie de confraternidad tácita reúne en este mismo tragaluz del tránsito a pequeños empleados, a obreros, a estudiantes, a seres inclasificables que se conocen de vista por haber esperado aquí cada amanecer la apertura de una reja y del primer pestillo de las profundidades. En estas aglomeraciones se confunden, o más bien, como en el crisol que no puede fundirlo brilla el diamante bajo la ceniza, en estas aglomeraciones se *observan* desconocidos que tal vez van en pos de una noche, noche inquietante que termina en Chardon–Lagache o en Grenville, contra toda verosimilitud, contra toda probabilidad. El atuendo nocturno, el mundo ajaezado del placer no se ve por aquí, es demasiado tarde, este barrio no posee la noche de sollozos ni de risas. Los habituales de la mañana miran con una cierta hostilidad a estos compañeros insólitos de los que sospechan que aprecian el amanecer, su frescura, la oblicuidad de las sombras y el pintoresquismo de los lecheros traqueteantes,

amarillo y plata, entre un ruido de látigo y de injurias. Los vendedores de periódicos contando los fajos que se curvan sobre su antebrazo bajo el peso de una tinta oscura parecen ya atacados por una fiebre que van a contagiar. El pequeño grupo se apiña y se dispersa, el nerviosismo lleva a veces a alguna anciana a cruzar dos o tres veces sin motivo la calle, luego todos vuelven a las fauces de la tierra. Ahora que las verdes marquesinas que dieron el nombre de metro al estilo flamígero que marcó los primeros años de este siglo han sido reemplazadas por una barandilla de piedra blanca rematada por un mapa de París, el ruido de los trenes subterráneos llega más directamente a los oídos de los transeúntes, y los que esperan en este balcón moderno el momento de ser engullidos por el ogro permanecen atentos a los primeros borborigmos, meditando sobre el destino y la larga jornada que les aguarda.

Con el estómago mal reconfortado por el café con aguardiente y el panecillo, salen de los bares próximos los últimos rezagados, y el paso cansino de los cabileños arrastrando barro, el peso de la caja de herramientas que durante un minuto se deja en el suelo, todo habla el lenguaje humano de la fatiga reencontrada con las ansias y las pituitas del despertar. La ropa arrugada, los párpados restregados, los cuerpos entumecidos por el reposo, los gestos torpes que todavía no se han adecuado a la apariencia de este mundo, diríase una infancia espantosa y sufrida, y todos los ojos están cubiertos por un vaho donde no estoy seguro de que pudiesen trazarse con el dedo las iniciales de una mujer amada. Bajo el cielo inexplicablemente ligero el hombre es muy pesado. Demasiado trastornado para seguir viviendo después del drama de sus sueños, demasiado descorazonado por este descenso en ascensor del amodorramiento a la luz asombrada, todavía no ve a las mujeres con las que se cruza en la acera, a las que esperan como él, a las que ya se retocan el peinado, a las que arrastran en los bancos matutinos las decepciones de una noche paseada arriba y abajo, el agotamiento de tantas sonrisas automáticas rebrotadas al ruido de cada hombre aparecido, el embotamiento de la desesperación. Apenas bajo los árboles ciudadanos cuyo pie está aprisionado en la rejilla repara él en las manchas grises de las faldas o en otros elementos familiares del decorado, las mondaduras, una

alcantarilla, los periódicos que empiezan a caer de los dedos de los primeros lectores. Apenas sabe en qué instante se retira la cadena y la reja corre y chirría y se pliega sobre sí misma mientras la multitud se lanza escaleras abajo donde ya impacientes viajeros ocupan lateralmente los escalones, apenas sabe en qué instante sigue la corriente maquinalmente y llega a la taquilla, zarandeado, refunfuñando, y compra su billete de vuelta como una especie de seguro para seguir viviendo hasta la noche, apenas sabe cuándo recorre estos pasillos blancos, esas rampas de hierro, esas nuevas escaleras, hasta la puerta automática que se cierra en sus narices mientras el primer tren se abalanza y se vacía inmediatamente sobre el andén, apenas sabe cuándo se larga el tren cargado de racimos humanos entre los cuales ha visto pasar a vendedoras cargadas de frutas y verduras, apenas sabe, esperando por costumbre en el andén a la altura del segundo vagón delantero, debido a la correspondencia inminente, apenas sabe que es un hombre, y se sube la cintura del pantalón cuando con un estrépito que hace levantarse de los bancos verdes alineados a lo largo de las paredes a una muchedumbre atribulada de gente pálida el metro entra en la estación como alguien que supera su meta. Es entonces cuando se redescubre el sudor de la víspera, un poco rancio. Por encima de la multitud apretujada en los espacios que rodean los mezquinos asientos, algunas manos se agarran para no perder el equilibrio en las redes de los portaequipajes, y estos pájaros manchados por el trabajo cotidiano parecen decir adiós con toda su lasitud a algún puerto perdido donde ya los nuevos emigrantes se apiñan bajo los neones. La máquina se lleva entonces esas carretadas hécticas de pensamientos extraños, aquí cada uno deja de pertenecerse, y el traqueteo de la vía, los patinazos de las curvas, el Dubonnet… Dubonnet[17]… de los muros, acompasan la domesticación universal, la mecanización de los hombres, la aceptación del mundo tal como es, tal como es: Barbés…

En las cámaras de tiniebla situadas al final de los vagones de segunda clase en los extremos del tren dormitan aparentemente los órganos negros de la bestia. ¿Por qué razón, y que no me vengan con cuentos quienes en los manuales Roret[18] encontrarían la explicación de lo inexplicable, por qué razón, a veces, a esas cajas

acuclilladas les da por echarse a reír a su manera? Una risa azul, extraña como la cerilla, una apoplejía fría, un aire de complicidad en los ojos de metal. Bien, ya estamos otra vez en las mismas. Aplastando su nariz contra el cristal por el que asoman estas descargas burlonas sólo algunos viajeros parecen apreciar esta pequeña diversión eléctrica en el aburrimiento del recorrido. No manifiestan ninguna inquietud. No imaginan la menor relación entre el espectáculo que ofrecen los vagones y estas muecas de las máquinas. Y las máquinas se lo pasan en grande con la broma, si es que puede hablarse de una broma, ya que, por misteriosas que sean las causas de una explosión de risa y lo que determina precisamente esta extraordinaria descarga en un momento dado, el chisporroteo brutal que desgarra de vez en cuando la oscuridad me recuerda otra clase de convulsión entre los vivos. Sólo hay una falsa consecuencia entre las dos partes de la frase precedente que la misma chispa hace parpadear. La oscuridad, como la piel de gato, ese paraguas de seda histérica, no aparta sus ojos con gafas de la gente macilenta de los vagones. Sigue crepitando. En sus polos fulguran pequeñas pinedas de luciérnagas. Un olor fresco como la muerte revela un placer del carbón, el ozono. El metro acaba de sentir bajo sus escamas las ladillas magnéticas del deseo inconsciente que poco a poco se apodera aquí o allá de un hombre, la proximidad de un vestido, y la inclinación sin ojos de una nuca cercana, y las rodillas rozadas traban conocimiento casi sin darse cuenta con otras rodillas. El metro sacude sus falsas llamas y gruñe. Ahora las bestias enjauladas se husmean un poco.

A esta hora el metro todavía no posee esa atmósfera que va cargándose a lo largo del día con la electricidad de los encuentros. Todavía ignora a las paseantes matinales que mientras hace sol van a perder al Bois el olor de sus maridos finalmente desaparecidos. A las jóvenes que preparan para el aire libre un perfume ya agobiante bajo estas bóvedas. A las busconas, a las huidizas. A las mil variedades de mujeres que adquieren el matiz de la hora, y el tono de su tiempo y de su ociosidad. Las del mediodía, que esperan un cambio en su suerte. Las de las dos, que quieren perder una parte del día. Las de las cinco, que acechan a los hombres muy jóvenes. Las de las seis y media, las cleptómanas de los grandes almacenes.

Las de la noche, que quieren una cena a las ocho, un vestido a las diez, una picha a las once, no volver a casa a medianoche, y las del último metro que se entregarán a cualquiera con tal de que brillen sus ojos. No, cuando las estaciones están todavía húmedas de las infinitas filigranas dibujadas por las primeras regaderas, sólo el olor humano llena los vagones, impregnado en las ropas de telas ásperas, las medias sedosas, las lanas esponjosas, el calcetín. Y mientras estos hombres brutalmente arrancados del sueño recuperan en la inmovilidad relativa que sacude al tren la conciencia de sus cuerpos, repentinamente sienten a veces a su lado a mujeres a quienes la necesidad no ha sacado como a ellos de sus camas hacia estos coches, a mujeres que han premeditado largamente el viaje que ahora están haciendo, que lo han estado rumiando durante toda la noche, y a las que una ojera subraya en el ojo el toque provocador del maquillaje. Han esperado como las demás en las estaciones todavía cerradas. Mientras tanto elegían. El azar las ha favorecido distintamente y ahora, en este barullo apretujado, son arrojadas a un hombre como predestinadas, tiemblan, las audaces, se estremecen ante la esperanza purísima de despertar en los pantalones anónimos una tranca ya dispuesta a reanudar un sueño interrumpido.

¿De dónde vienen estas pajilleras que reproducen aquí el viejo mito de la aurora? Es tal la fuerza de las palabras escabrosas que tiempo atrás soñaba yo con esta amante de Céfiso[19] porque tenía los dedos de rosa. Como un dichoso Céfiso, yo, invirtiendo la imagen, me explicaba los dedos a través de la aurora, al revés de los profesores, y más tarde he tenido ocasión de recordarlo ante algunas manos enrojecidas por la colada o la costura. ¿De dónde vienen, no es la primera vez que me lo pregunto, conteniendo una gran turbación disimulada? No es cierto que nada las diferencie de las demás mujeres, y yo, que jamás he sabido cómo ocupar esos terribles trayectos a través de París, he acabado por adivinarlas, ya que me gustaba esa clase de encuentros, y me sentía atraído por esas mujeres de una manera casi vertiginosa. No pertenecen a ninguna categoría social concreta, lo que poseen en común no tiene nada que ver con la audacia ni con el porte; tal vez sea la edad, ya que jamás he visto a una mujer muy joven o realmente vieja que se

entregase a este ejercicio público. Están a punto de desmoronarse, ya están marcadas por una muerte peor que la muerte, son mujeres que ya saben, un poco antes que las demás, que no son más que una fachada. Y lo que uno toma por una piedra no es más que polvo en equilibrio, un soplo echaría abajo el edificio. Adoro a las mujeres en ese momento, nunca han ejercido sobre mí un poder parecido en el esplendor de su juventud, y ellas deben saberlo, pues es raro que estas paseantes conmovedoras de las que estoy hablando pasen por mi lado sin como mínimo vacilar. A veces la mano se ha vuelto un poco seca, algo inesperado, y esta senilidad local excita al hombre que ella aguarda. ¿Qué es lo que han oído decir de los hombres toda su vida? Probablemente nada que autorice esta valentía que tienen en el ataque, esta seguridad en la elección. A nadie han escuchado, y sin tener en cuenta la idea corriente de la vida, sin una palabra, han salido de su casa, donde imagino que duermen los niños, se han mirado fugazmente en un escaparate para asegurarse de que la catástrofe todavía no se ha producido, han cogido el metro, ¡y a trabajar! El gesto de sus dedos exploradores recorriendo los cuerpos hacia las braguetas dice tranquilamente no a todo lo que siempre las ha rodeado, dice no a todo un mundo de mentiras y de tonterías, dice no a la pureza pretendida, no al matrimonio, no al falso amor, no al dios que castiga, no a la policía, no a quien les hablará dentro de poco en los apartamentos con cortinas, no a la vejez que se acerca, no a lo que ellas mismas han podido creer, no a las viejas esperanzas y a los deseos futuros, no a lo que es azul bebé, tierno sueño, querida sonrisa.

Recuerdo la línea «Italia» en la primavera de los veinte. Volveré a ver siempre con la mayor nitidez a la mujer que encontré cerca de la estación Dupleix. Barrio militar. No tenía necesariamente el aspecto de una esposa de oficial. Con traje de chaqueta azul marino y un sombrerito gris, era una mujer bastante delgada, de ese rubio que tiene algo de polvo y de evanescente, como es frecuente en el norte de Francia. Todo lo que le quedaba de una gran frescura era en su rostro una boca pintada con un lápiz de labios demasiado oscuro sobre dientes muy puntiagudos. Toda su piel se encontraba en ese estado de fatiga en el que da la impresión de haber perdido el hábito de respirar, y de que desaparecería con los polvos si se

lavase la cara. Los orificios de la nariz terriblemente acusados por dos largos pliegues hacia la barbilla, pero temblorosos y ligeramente enrojecidos. La boca algo torcida. Los cabellos denotando la peor batalla con la vejez, en el último minuto, una vez puesto el sombrero: ¿había que ocultarlos, o utilizarlos para atenuar esas arrugas y los insensatos pensamientos de las miradas? No estábamos cerca y yo me aproximé para ver las manos, una de las cuales estaba enguantada, con uno de esos guantes cogidos al azar del desorden de un cajón donde se mete todo porque *ahora* es completamente inútil. Había mucha gente y abandoné el asiento acechado por una viajera que al desplazarse me abocó contra la que yo espiaba. Había observado en ella una expresión estática y tranquila, pero al acercarme vi que todo su cuerpo temblaba, y la mano desnuda que me interesaba hacía ese gesto espantoso de los moribundos que retuercen la sábana cuando todo está perdido. Estaba preocupado por lo que ella podría decirse en aquel momento, y por los términos en los que se lo diría. Me gustaría penetrar esa intimidad en todas las mujeres: nada me embriagaría tanto como sorprender las groserías maquinales que deben decirse en las frases empleadas consigo mismas. ¿Cómo piensan en los hombres? El tipo de picha que una mujer determinada tiene delante suyo… Mi vecina se había ido acercando insensiblemente a mí como si quisiese responderme. Yo miraba a la gente de alrededor. Estaba como siempre perdida en sus sueños. Esta historia no es una historia. Sin lugar a dudas ella se había dado cuenta de que sin dejar de mirarla yo me la pelaba a través del bolsillo del pantalón. Su mano desnuda ascendía ligeramente a mi lado, sin llegar a tocarme. Es casi imposible decir que se apoyase, pero ya me cogía a través de la tela. En la masturbación hay un principio de avidez. Entonces me entran ganas de pedir, de obtener más, aunque sea imposible, y saboreo el placer que llega como una abominable devastación que jamás podrá repararse. Conservo de esa mano un recuerdo de violencia: hay que decir que dada mi posición, a mi vecina, con esa mano, no le era nada fácil meneármela. En esa falsa posición yo esperaba más bien un roce, iba a decir una caricia. Pues bien, nada de eso: la mano me había agarrado la polla con una fuerza sorprendente que denotaba un ejercicio extraño y habitual,

una articulación forzada por la gimnasia, músculos desarrollados por una práctica singular. Puede parecer poco, pero esta visión que conservo de una mujer cuya ropa interior me imaginaba dramática sobre los pechos presumiblemente marchitos, de pie en un vagón de metro de segunda clase, una triste mañana sin color, está unida a un estremecimiento extraordinario que la agitó, la boca repentinamente abierta y los dientes de loba despegados, con una expresión de niña pequeña que se ha hecho daño, hasta el punto de que no comprendí cómo no había gritado en el preciso instante en que nos sumergimos bajo tierra en Sèvres–Lecourbe y Pasteur. Sólo gocé algo más tarde. Algo más profundamente.

Con una insistencia recurrente que ha llegado a hacerse familiar, pienso en ese instante en que el ferrocarril metropolitano desaparece bajo la mirada del liceo Buffon en las tinieblas de una mujer que con un suspiro ahogado da la entrada a la vieja Tierra, la diosa Erda[20] que aparece con tan desagradable estrépito en el último acto de *El Oro del Rin*. El diálogo es corto porque estos dos símbolos parecidos a las cartas de los amantes separados se cruzan. Una sale como un diablo de su caja, la otra regresa viva a la tumba de lo que se ha cumplido. Sólo he podido oír las fórmulas de cortesía: Pase usted, señora… De ningún modo, usted primero… Si cogéis el metro «Italia», viniendo de l'Étoile, en el primer vagón, a la altura de las penúltimas puertas, a la misma distancia aproximadamente de los asientos y de la puerta lateral que da al Instituto de Óptica, cerrad los ojos: tendréis la sensación de reconstruir un crimen. Me gusta pensar que el goce de la mujer está ligado cada vez a algún crimen. Como cuando el casual tintineo de un vaso provoca la muerte de un marinero en el mar. El espanto de la mujer cuando siente que va a correrse, cuando siente que es necesario que finalmente se rompa eso en ella, sus ojos asombrados, la palidez de su rostro. Nunca se sabe si esta vez podrá contener el horror que se pinta en sus rasgos, y más de una vez he llegado a captar en la cara de un testigo el reflejo violento de esta expresión sorprendida. En la línea «Norte–Sur», entre Saint–Lazare y Trinité, tuve la suerte de sorprender uno de estos efectos dobles, más raros

que los eclipses de sol, y para los que habría que encontrar un equivalente moral con gafas negras en el terreno de la sangre fría.

El decorado es siempre sensiblemente el mismo, aunque un indeterminado aire de lujo aséptico recuerde que la línea «Norte–Sur» sólo fue construida bastantes años después del comienzo del metro. La afluencia en estos barrios de la Rive Droite, donde los almacenes aparecen relucientes de saldos, se produce hacia la hora que precede al cierre del Printemps o de las Galeries. Una especie de pánico precipita a multitud de mujeres hacia esos bazares modernos en los que lo esencial de su encanto encuentra los elementos para renovarse. Dispuestas a equiparse para hombres que parecen arrastrar tras ellas, se han pasado todo el día yendo de aquí para allá y, perdidas en el gran dédalo de las ofertas, el opio de la elección las ha adormilado un poco. He aquí sin embargo que muy pronto tendrán que dejar de revolver entre retales y flores; sienten próximo el despertar, temen el timbre que transforma sus vidas y los almacenes, donde ya las vendedoras deben de mirar el reloj. Algo descompuestas por la prisa y la larga tarde de compras, no se atreven a entregarse al placer de recomponer sus rostros. En los vagones de la línea «Norte–Sur» donde están ahora, intentando cobrar una última pieza, repasan a hurtadillas el carmín sobre sus labios con ojos vagos, sombreados de dudas y de sueños. Sus perfumes se combinan mal entre sí, y de pie entre ellas recuerdo siempre aquellos extraños conciertos que oía de niño desde mi ventana, en Neully, durante la feria, cuando las canciones de varias norias se mezclaban con una ensordecedora melancolía. Pero ellas no me ven, me son más ajenas que nunca en estos túneles de la prisa, donde experimento el sentimiento de su femineidad como un ladrón que se felicita de la complicidad de una noche. Entonces reparo en otros hombres acechantes entre ellas: todo un mundo misterioso de hombres heterogéneos que vienen aquí cada día a respirar esta atmósfera en la que la sensualidad de una ciudad se descompone. Ignorándose unos a otros, se hacen la ilusión de ser los dueños de este inmenso rebaño variable donde, como las mujeres a las que eligen cuando agitan ellas sus manos blandas o nerviosas entre montañas de tafetán y de *crêpe*, se aprovechan de ilusiones y de obsesiones. Saborearán largamente la proximidad de una nalga,

una mirada retenida entre mil como una fuga de paisaje en medio de las casas. Es así como se propaga una fiebre por estas venas subterráneas por las que corre el gentío enloquecido de las compradoras, y las veloces cajas amarillas y azules se llevan con él a los silenciosos cazadores furtivos que se la soban de una forma discreta, a la espera de una presa hipotética, algo con que matar el tiempo.

No es que esta hora sea propicia a las aventuras: la multitud, la agitación, el mismo reclutamiento de las mujeres, y hasta una especie de desaliento, de decepción que empieza a traslucirse a medida que se acerca la noche, incitando a estas mujeres a la languidez, al abandono de sí mismas, al inminente desfallecimiento, todo favorece al contrario los mil desenlaces para los que junto a ellas algunos lentamente se preparan. Pero estos hacen durar sus deseos, siendo como son aficionados a los que la experiencia lleva a ocupar antes de hora el puesto que se han fijado. Han venido un poco antes del momento crítico en el que estas mujeres caerán, se dejarán llevar por este vagabundeo nervioso que las pondrá enseguida a merced de los sobones. Las ven venir. Ya sabéis lo difícil que, en el salón de los burdeles, resulta para un hombre solo, por más curtido que esté en estas ceremonias maquinales, hacer durar realmente a su antojo el protocolo de la elección. Siempre alguna palabra, un gesto, acaba precipitando una resolución que tal vez no era la buena. Una falsa vergüenza, quién sabe. Aquí, en cambio, todo se presta a esas demoras que confirman a un hombre en su voluntad de placer.

Aquí, entre todas las demás prefiero la estación cálida, con sus tufillos, sus extenuantes ardores que contornean tan bien el ojo de las mujeres; aquí prefiero la estación cálida porque estas criptas permanecen frías y así, tras los rigores de la calle, se encuentra la atmósfera sosegada de las habitaciones donde, amparados por las persianas, los corsés finalmente se abren, y los ojos se cierran. O mejor: la frescura repentina de las iglesias, que tiene el don de ponérmela tiesa. Pero sobre todo porque en esta estación las mujeres están más desnudas, llevan vestidos más tentadores, más claros, más %os. Cuando veo algunas telas cuya suavidad mis manos aprecian por adelantado, siento a estas moverse, avanzar

hacia las mujeres vestidas para mi propio placer, más atractivas, más tentadoras así vestidas que si se paseasen con los *déshabillés* que atraen a la clientela a las casas de putas. El fular, los satenes, la muselina de seda me seducen. Sé cómo se estremece un cuerpo bajo el terciopelo. Quiero variar la proximidad de una cadera en la que mis dedos distraídamente se posan. Lo que me separa de la piel, lo que resbala sobre ella, me proporciona un primer placer embriagador. Entre esta multitud apretujada me pego a mujeres cuyo atuendo me ha seducido de entrada. Me dirijo de este modo hacia esas verdaderas desconocidas que me turban a través de lo que les gusta, lo que ellas mismas han elegido para ser y arreglarse, expresión de su sensualidad oculta, efervescente en ese preciso instante en sus cabezas todavía trastornadas por los trajes vistos, los sombreros probados, la ropa interior acariciada con el secreto vislumbre de una cierta idea de robo. Invado a esas mujeres como ellas me invaden. Al principio la proximidad me basta, y cuando al final las toco es siempre insensiblemente. Un contacto anónimo, ocasional. Progresivo. A menudo un perfume que me llega de otra parte me aparta de mi primer objetivo, retrocedo entonces en mi lento avance, y es como algo que se muere, mientras toda mi atención se dirige hacia otra vecina. O bien todo lo que me rodea desaparece, y a través del sueño que persigo apenas conservo ese instinto que hace que sin darme cuenta disimule ante la curiosidad circundante lo que ahora debe de saber la mujer a la que ya acoso, aunque quizá pueda equivocarse, a la que sigo en sus movimientos imperceptibles, en las oscilaciones violentas del tren, y que quizá ya se retira, pero no, que se apoya en mí, o a lo mejor me equivoco, ¿quién podría decirlo?, que se impacienta, pero ¿es mi audacia o mi lentitud? Adoro este momento de incertidumbre, y este miedo que entrecorta la respiración y retiene o acelera un proceso que una mirada o una palabra suspendería terriblemente. Algunas veces, sea real o fingida, la inocencia de una mujer, la extraordinaria ignorancia aparente de lo que le estoy haciendo, me arranca bruscamente de mí mismo, y entonces, sin que esperara nada parecido, cuando a duras penas me sentía hombre, de una manera muy maquinal, he aquí que la turbación se apodera de mí de los pies a la garganta y ya no puedo retener nada, el semen se me

escapa, y las sacudidas se estrellan en mi pantalón a cada espasmo, como si no fuese yo quien gozase, y efectivamente es algo en mí que no soy yo lo que entonces ha gozado. Estas sorpresas dejan una insatisfacción terrible, el horror de un desperdicio absurdo, del que es difícil apartarse; a veces advierte uno el asombro de la mujer, herida por una súbita frialdad. Ya que creo que ellas comprenden siempre.

Todos se quejan de la monotonía del placer, pero ¿qué quieren decir con ello? Lo que pasa es que sólo buscan el placer; en lugar de hacer del placer la sanción de una búsqueda que es lo que da forma y fuerza a una vida, lo consideran como lo único importante, y descuidan las vías por las que llega hasta ellos. Despreciable método, ridícula estupidez. Bajeza sobre todo. Así se explica que la mayoría de la gente haya convertido los asuntos del amor en charla de sobremesa. Todas las mujeres son iguales, dicen esos viajantes de comercio. Y toma, les pellizcan las nalgas. Habría mucho que decir de un cierto lenguaje desvergonzado, y de la actitud que legitima; esa costumbre de los franceses, por ejemplo, de hablar del coño llamándole culo, como si fuera más correcto y a la vez más despectivo. ¡Ah, el placer, esa palabra galvanizada, esa palabra débil, innoble palabra! «Le acompañaré a su casa con sumo placer», «Tendré un gran placer en serle útil», «Me ha causado un vivo placer saber que su esposa está mejor», «¡Oh, qué placer!». Detesto el uso que se hace de esta palabra, tanto en el sentido noble como en el uso vulgar. No hay nada elevado en el placer, y los que quieren sublimar su idea me encolerizan tanto como los que se complacen en él sin saber lo que hacen. O peor aún: fabrican un dios. No hay nada más repugnante. Pero estaba diciendo que el infinito no está en el placer, sino en lo que a veces lleva hasta él, y que bien puede no llevar. No sólo es infinita la variedad de las mujeres; ni siquiera una sola vez la aproximación del vértigo se anuncia por los mismos pensamientos. Y es que todo cambia en las condiciones, del vértigo. Es imposible que la identidad de tales condiciones, este milagro inútil y estúpido, se produzca dos veces en mi vida. ¿Habrá que explicarse y decir que el cambio es el mismo, con mil mujeres o con una? En una cama con la mujer adorada, o entre esta muchedumbre del metro, ¿acaso sé lo que va a

producirse?, ¿y no tengo pese a todo ese mismo temblor? Tú eres para mí todas las mujeres, tú, para quien verdaderamente yo escribo esto y que simulas no saberlo, y que me reprochas mis preocupaciones lejanas, y la obstinación que pongo en describir a estas mujeres para ti extrañas, como si yo desease otra cosa que no fueses tú. ¿Acaso no siento esta embriaguez al acercarme a ti incluso en el sueño, de una forma siempre nueva, sin decirte nada, pero con un deseo tan fuerte de ti que tú no sabes lo que te pasa, tan lejana en ese instante del amor que no comprendes por qué de repente el deseo se apodera de ti, como un extraño monstruo bajado del cielo? A veces sin tocarte, ¿acaso no te espero como si jamás nos hubiésemos pertenecido, y acaso no obtengo una victoria cuando bruscamente te das la vuelta murmurando: Ah, canalla, me has poseído a pesar de todo?

Estaba hablando de cómo esos encuentros que sin embargo jamás he provocado transforman su teatro en una especie de bosque encantado, y pienso invariablemente en esa Brocelandia moderna de encantamientos perpetuos que antaño jalonaban el paso de aquellos hombres de hierro en la Bretaña del rey Arturo. ¿No se trata de liberar del Gigante Mundo, del dragón que la tiene prisionera en el rincón de un apartamento de fealdades y temores, a una mujer muy pura, a una mujer efímera que apenas durará el tiempo de un sollozo? Luego la buscaré inútilmente entre los árboles sin rostro que esperan de pie la estación de enlace o el instante de salir entre el viento y la lluvia al corazón del universo siniestro que bajo tierra no ha sido expoliado. Metamorfosis. La turbación se debe a nuestra ignorancia de las leyes que gobiernan las metamorfosis. Nunca se sabe si no se es el juguete del propio deseo, y si esta pasividad que interpreto como una aquiescencia no es el resultado de una distracción considerable. Lo que quiere una mujer, lo que espera de mí, ¿cómo puedo saberlo? Mis manos tampoco pueden apoderarse de la esfinge, el enigma es el deseo de la esfinge, y soy yo quien tengo que proponer las fatales preguntas. Lenguaje del tacto, alusiones de los cuerpos. El comportamiento de las mujeres varía como el cielo y como él es imprevisible, sólo se deja interpretar a través de signos dudosos, vuelo de pájaros, formas cambiantes de las nubes, situación de los astros: se diría que esa de

ahí te busca, tanto se ha aproximado, tan cerca están sus dedos, tan jadeante es su respiración, pero luego es una losa, un muro. Y esa otra a la que no habías visto hasta ahora, ¡qué aire compungido y de reproche tiene al bajar! Y aquella otra… Y tantas que lo único que desean es la proximidad, y pensar. Pagaría cualquier cosa por saber lo que piensan. Las que quieren no ser tocadas. Las que prefieren que se les deje hacer. Las que quieren ser abordadas lentamente. Las que quieren estremecerse. Las que quieren rozarse. Las que no saben lo que quieren. Las expertas. Las novicias. Las que nunca entenderán cómo una vez en su vida permitieron tal cosa. Las desesperadas. Las locas. Todas las mujeres sin memoria, todas las mujeres sin mañana.

Ahora ya no puedo recordar el rostro ni el cuerpo de la que tenía contra mí aquella vez, en la línea «Norte–Sur», dirección Saint–Lazare. Lo único que sé de ella es que entre aquella muchedumbre compacta, esa masa oscilante de viajeros a los que los vaivenes del tren inclinaban de golpe, ella se dejaba hacer como privada de razón y de sentimientos. Como si nos hallásemos en un desierto de verdad, donde la sola presencia de un hombre hubiese sido para ella tan sorprendente y tan terrorífica que ni siquiera se le habría ocurrido moverse o resistir un instante. Decía que me hallaba contra ella, por detrás, pegado, y mi aliento agitaba suavemente los cabellos de su nuca. Mis piernas se adherían a la curva de las suyas, mis manos habían acariciado largamente sus muslos, ella no había retirado su mano izquierda cuando durante un instante, furtivamente, yo se la había estrechado. Sentía contra mí la dulce presión de sus nalgas a través de un tejido muy fino y sedoso cuyos pliegues ocasionales también me interesaban. Yo controlaba atentamente los movimientos de mis rodillas. Las flexionaba un poco para que mi picha, comprimida por el pantalón, encontrase, mientras seguía aumentando de tamaño, un lecho entre las nalgas contraídas por el miedo, un lecho vertical donde las sacudidas del tren bastasen para meneármela. Veía mal el rostro de esta mujer, de lado. En él no leía más que miedo. ¿Pero qué miedo? ¿Al escándalo o a lo que iba a pasar? Ella se mordía el labio inferior. De repente tuve una necesidad irreprimible de control. Quise conocer el pensamiento de esta mujer, deslicé mi mano

derecha entre sus muslos. Maravilla del vello adivinado bajo la tela, asombro del culo apretado. ¿Esta mujer era, pues, de piedra?

No conozco nada tan hermoso, nada que me procure hasta ese extremo una sensación de fuerza, como la vulva cuando se la alcanza por detrás. Mis dedos no podían llevarse a engaño. Sentía los labios hinchados, y de repente la mujer, como para afianzarse sobre sus pies, separó los muslos. Sentí los labios ceder, abrirse. Tan húmedos que empapaban el vestido. Tres o cuatro veces, las nalgas subieron y bajaron a lo largo de mi picha. Pensé de repente en la gente de alrededor. Nadie, no, nadie prestaba atención a nuestra urgencia. Caras grises, y aburridas. Posturas de espera. Mis ojos recayeron en dos ojos que miraban, que nos miraban, a ella y a mí. Esos ojos golpeados por la vida, esos ojos subrayados más por la fatiga de las largas jornadas que por el maquillaje, esos ojos llenos de historias desconocidas, esos ojos que por un rato aún, todavía, amaban el amor. Eran los ojos de una mujer sentada bastante lejos y separada de nosotros por una multitud ciega, de una mujer que desde tan abajo no podía adivinar lo que nos llevábamos entre manos, sólo podía ver nuestras cabezas zarandeadas por la marcha del tren y por el desorden del inminente placer. Esos ojos no se apartaban de nosotros y de pronto sentí una especie de necesidad de responderles. Eran unos ojos inmensos, tristes, y como sin reposo. ¿Sabían? Parpadeaban un poco para responderme. Se dirigían hacia mi vecina, a la que sentía estremecerse profundamente. No preguntaban. Sin duda sabían. Los movimientos de la mujer se hicieron más rápidos, con ese carácter extrañamente constreñido que impone el miedo a traicionarse. Bruscamente vi dilatarse esas pupilas fijas en mí, como si un abismo se hubiese abierto bajo el asiento. Acababan de advertir en el rostro de la mujer a la que yo me apretaba el primer espasmo del goce. Sólo a través de esos ojos supe lo que acababa de producirse, y me corrí al mismo tiempo que la mujer sentada, y me pregunto qué aspecto debía ser el mío entonces, cuando la mujer aquella ocultó bruscamente entre las manos sus ojos destrozados por el placer. Transcurrió un tiempo infinito hasta la estación siguiente, como un gran silencio inmóvil, y ya no pensé en nada más. Al entrar en la estación, las luces exteriores, la curva del andén, los reflejos sobre

los azulejos blancos, un remolino violento al abrirse las puertas arrojó fuera a la mujer cuyos ojos no había logrado ver; el asalto de los nuevos viajeros extendía un velo entre mi persona y esos ojos que ya no veía. Me quedé solo, sin conocer la verdad de esta historia sin intriga, en la que para mí todo es dramático como la huida inquietante del verano.

A menudo me he preguntado si las incendiarias que cada verano levantan tanto revuelo en Maures y en las Landas no estarían cortadas por el mismo patrón que las más decididas de estas viajeras a las que habría querido interrogar, sin conseguirlo. Un día agarré por el brazo a una de ellas, pero fue tal la expresión de horror y de desesperación que entenebreció sus pupilas que mi mano se abrió, y ya no había nadie: este año he leído varias veces en los periódicos que se había detenido a una joven —siempre se trataba de una joven, siempre—, sorprendida mientras avivaba el fuego cerca de Dax o de la Garde–Freinet[21]. Y al parecer esta joven no había tenido ninguna dificultad en reconocer que había sido ella misma la que había encendido esa hoguera tan hermosa, tan saltarina, ella misma, ella misma, y los gendarmes le preguntaban por qué. Porque —decían los periódicos— he querido hacer lo mismo que una amiga mía, a la que el año pasado condenaron por haber pegado fuego —los periódicos decían dado— a unos bosques de pinos y de alcornoques, según el humor y la ocasión, o a graneros, a granjas, a falta de algo mejor a montones de heno. Por qué, preguntaban los gendarmes, y ella sonreía. Los hermosos incendios llameaban en aquella sonrisa. Memoria, y la joven convenía en que cada vez, cada vez, el pecho agitado, se había sentido embargada por un placer extraordinario viendo propagarse y aumentar las llamas, y la prisa de la gente corriendo en todas direcciones, y los bomberos. Oh, cómo le gustaban los bomberos. La joven. Pinos o alcornoques. Basta haber sufrido una tentación cualquiera, lo que se dice sufrido, para comprender todas las tentaciones. Una joven.

No es que tenga predilección por la virginidad. Al contrario. En la virginidad hay una ignorancia que me horroriza, una tontería

rayana en la obscenidad: apartad, por favor, estas imágenes insoportables. En una palabra: no siento ninguna vocación por el oficio de desvirgador. Y sin embargo, cuando se entregan a los juegos terribles que a veces ellas se permiten al borde de un abismo histérico, las vírgenes son las únicas capaces de algunos incendios inexpiables que valen por todas las puestas de sol. Cómo saben besar, ellas, para las que el amor posee los encantos de una lengua extranjera. Quién no se ha ensuciado la ropa en habitaciones cuya puerta se deja por prudencia abierta para no despertar la curiosidad de una madre, quién no se ha sentido desfallecer en el interior de un taxi, o en el portal de una casa, junto a la escalera, quién no se ha atragantado a mitad de una frase cuando una manita se ha posado sobre la bragueta y ha pasado suavemente sobre este bulto que ella se explica a su manera, no, ese no sabe lo que hay de enloquecedor en la virginidad de las jóvenes, y la locura que puede suponer si el placer les llega antes que al hombre, un placer como jamás ningún hombre volverá a dárselo, un placer como un incendio. Una joven. Nada se oponía a que encontrase a una joven en un metro, o en cualquier otro transporte público, como curiosamente se dice. El caso es que no me ha ocurrido ni una sola vez. No soy el tipo de hombre que gusta a las jovencitas. No me parezco a Guynemer ni a Rodolfo Valentino. Qué le vamos a hacer. Digamos que no sé distinguir a una tonta de una hipócrita, y necesito siempre un mínimo de provocación para interesarme. Pienso que las jóvenes están hechas para los aventureros. Una cierta clase de bailarín, pianista o soldado; gente que siente una cierta atracción por el atraco y bastante por la exhibición, amadores de sangre, amantes hechos para una violencia breve en la que el hombre se duerme después del polvo, sin pensar en recuperar lo que está sobradamente poseído por haberlo estado ya una vez, la primera. No obstante, si yo tuviese el poder de disponer del mundo, no habría olvidado, aunque sólo fuese un día, llevar a una jovencita a cascármela en el metro con su aparato de música, por ejemplo. Entre otras. Luego me habría gustado deslizar en su dedo un anillo, o un brazalete bajo su manga, para que conservase durante toda su vida el recuerdo de un hombre cuyo sexo habría sentido hincharse, y tal vez escaparse el licor entre los botones de la bragueta,

manchando su vestido, de una manera desconcertante y bastante abominable para alguien que no esté acostumbrado. Este anillo, este brazalete, diría ella más tarde al predestinado de las postales y de los claros de luna que la hubiese interrogado, es un regalo de alguien que no recuerdo, que apenas conocí, tal vez le debiese algún favor a mi padre o algo por el estilo, oh, no es uno de esos recuerdos entrañables, pero es bonito, ¿verdad?, y sobre todo me queda bien. Ya veo, dice el novio tradicional. Una joven.

He visto arder bosques. No sólo en el cine. En las montañas. Jamás los bosques tienen tanto aspecto de cabelleras como cuando arden. Ni las montañas tanto aspecto de senos vírgenes excitados. He visto a hombres correr con cubos de agua ridículos para intentar apagar la sensualidad salvaje de las montañas. He visto traer a gente chillando cuyo rostro estaba negro y cuya piel saltaba a jirones sanguinolentos. He visto en la noche el resplandor de estas luminarias criminales, la desesperación y el terror de las víctimas en fuga; por la mañana, a pesar de las noticias, la enorme humareda que sube más alta que ayer. He oído hablar a la gente en los pequeños cafés, en las plazas. He seguido las miradas que se clavaban con aire de recriminación en pacíficos fumadores. He escuchado renacer viejos mitos a cada repetición de la periódica calamidad. He sentido pasar por los corazones el atavismo antiguo de las masacres. Se señalaba con el dedo a los vagabundos, a los gitanos. He visto arder bosques: comprendo que sea un placer de jovencita. Oh bordados, bordados, ¿cuántos bosques arden pacientemente en el círculo de vuestros tambores?

Los novelistas cuentan amablemente horrorosas historias con desenlace. Encantadores novelistas, señoras, y respecto al romero sus florecillas azules recuerdan al hilo para cortar la mantequilla, ni más ni menos. No es culpa suya si a pesar de lo que se esmeran, su manía parece una estupidez, es decir la voluntad de novela. Una vez lanzado, comprendéis, no es posible ocuparse de otra cosa, hay que seguir el tema. Por eso precisamente leo novelas, para ver al novelista seguir su tema: ¿me permite caminar a su lado puesto que vamos en la misma dirección? Viejo asqueroso. Es usted muy

amable, ¿pero por qué correr de esta manera, querida niña? Pero bueno, qué jeta, ¿por quién me toma ese gilipollas? Siempre me ha gustado la jeta de un gilipollas cuando una joven le pega bronca. Pero supongamos que no le pegue bronca, entonces en lugar de una gilipollez se obtiene una novela, es decir un libro en el que un mismo personaje lleva un mismo nombre, o no se lo cambia sin avisar, resulta en todo momento reconocible para el lector menos perspicaz o para el lector que posee claras ideas literarias, según la clase de novela que sea, tiene unos mismos sentimientos, o no cambia de sentimientos como de camisa, es decir sin que se haga notar, no sale del libro, no conoce a personas inútiles, sólo caga por el bien de una idea general, me parece que habría que decir de la primera a la última página, aunque esta reflexión llega demasiado tarde, ¡y si sólo fuera eso! Pero la novela consiste en peripecia; delicioso zarcillo bajo la hoja de la vid, suave pelusilla, dije, cedilla, y todo absolutamente coherente, caballero, puede morder, auténtico. Hay algo verdaderamente enternecedor en la peripecia, esta piedra aportada al edificio, esta cucharada para papá, y acabarás por fuerza comiéndote la sopa. Si los novelistas fuesen los amos se levantarían estatuas a la peripecia. Y si se escuchase a las peripecias, se levantaría un monumento a la petición de principios. ¿A la petición de? Perfectamente, las peripecias agradecidas. Hay que encontrar cualquier pretexto para hacer hablar a un novelista sobre los libretos de ópera. Entonces se despacha a gusto: increíble, cómo se puede, la Edad Media, y salir de aquí a continuar su novela. Nadie os impide decirle que si encuentra una buena historia, tal vez podría ponérsele música. Nadie os impide canturrear Manon, Butterfly o algún otro ñigui–ñigui que os dé una elevada idea de la actividad humana. Cómo se resume una historia, y la necesidad de las historias, he aquí un buen tema de bachillerato donde la mejor nota seguramente se la llevará el más idiota, y eso compensa. No hay justicia, hostia.

A fuerza de escribir libros donde todo parece pasar como en la vida, se ha acabado por saber tomársela tan bien, a la vida, que hoy en día todo pasa como en las novelas. Y eso también compensa. Por qué entonces, lógica aplastante: para que en las novelas todo pase como en la vida, si en la vida todo pasa como en las novelas, en las

novelas todo pasa como en las novelas. Supongo que captáis el razonamiento. Cabe esperar una humanidad tan intelectualizada por las lecturas de novelas que, yendo a trabajar, lea en un pequeño y elegante volumen todo lo que podría pasarle, y limite a eso la experiencia personal de lo novelesco. Remito su valoración a los hombres de Estado. Estas apreciaciones van acompañadas de migraña, pero los novelistas ya están acostumbrados, a la migraña. Psicología de las mujeres. Bovary. Y los geniales, turbadores descubrimientos relativos a la *sexuhalidad*. Muy bueno eso de la *sexuhalidad* para las peripecias. Siempre que contribuya al desarrollo general de la obra, a la construcción del todo; sin eso, decidme, ¿de qué serviría la sex, como la llamáis vosotros? ¡Oh, estamos muy lejos hoy en día de las novelas pastoriles! La novela es *up to date*, muy moderna, muy americana. El individuo aplastado, sin contemplaciones. El género abrumador. Difícil. Cruel. Es realmente un poco demasiado penoso, se dirá, dejando el libro terminado sobre la mesa. Hace pensar. Hay que decir que nos cambia. Hablaremos mucho tiempo del héroe de este libro, diciendo *un*… y su nombre, un Tartarín, una Yvette, un Charlus[22]. Y los críticos agruparán estos nombres para el equilibrio de sus frases: «no es una Yvette que se comportaría como un Charlus, etc.». La gloria. Porque el novelista no se conforma con haber escrito novelas: quiere la gloria.

Couronnes. No sin razón en el círculo de los bulevares exteriores una estación lleva este nombre cargado de diversas nostalgias. Evoca no tanto el emblema de las realezas decaídas bajo el empuje de la plebe salida de este barrio donde los bulevares son de una tristeza sin nombre, pese al bullicio sofocado de dos o tres pequeños burdeles cuyas buhardillas del primer piso, sobre una taberna de cristales esmerilados, dormitan desocupadas durante el día, no tanto esos trofeos dorados que un pueblo aquí arrinconado sólo ha sabido arrancar en provecho de las mil nuevas dinastías que se reparten el oeste de París, sus árboles, sus luces, no tanto estos abalorios de antaño que ya no son necesarios a quienes reinan en hermosos automóviles de ruedas blancas, como los símbolos de la

muerte, cuyo parque se extiende muy cerca, en Père–Lachaise, a una distancia suficiente de las regiones felices a las que entristecería la proximidad de las tumbas de la gente rica, la fealdad imponente del mármol costosamente prodigado en medio de las barracas, de las casas baratas, de las fábricas, cuyo espectáculo ya es de por sí tan deprimente que, la verdad, un poco más, un poco menos… Los símbolos de la muerte. La sombra de la guerra civil se arrastra en los nombres de las estaciones de metro: Combat, Couronnes[23], palabras que no dicen nada a los niños que juegan en los Campos Elíseos, a las mujeres que bajan riéndose hacia la Cascade, palabras que para algunos hombres, algunas mujeres, algunos niños, representan con el recuerdo que se extingue de viejas tragedias el horrible airecillo frío cotidiano del amanecer, el tren cogido en una caverna o la salida entre la bruma fuera de esta caverna hormigueante, antes del trabajo absurdo, absurdo y corrosivo, que devora la vida, y por el que sin embargo se tiembla, debido a la dificultad que supondría encontrar otro igual, tan abyecto, tan mecánico, tan extenuante. Coronas, polvos de inmortales, piedades estúpidas, ofrendas sin ton ni son arrojadas al laberinto de los sepulcros donde se pudren codo con codo los oprimidos y sus amos, al amparo de la revolución futura, coronas en las que se lee por última vez en la frescura de las flores la inmunda superioridad de los cadáveres ricos, coronas, estupideces vegetales, noche, noche. Para mí, como sin duda para toda una generación que no ha olvidado una terrible portada del suplemento ilustrado del *Petit Journal*, donde se veía a una muchedumbre popular atropellarse en una escalera de metro y el mismo rojo servía para representar los cinturones de los que trabajaban en las vías, las corbatas, la sangre, para mí esta palabra, *Couronnes*, como un sollozo fúnebre, cubre el recuerdo teñido de discursos oficiales del accidente acaecido al día siguiente a la inauguración de la línea «Nation», en 1900 o quizás en 1901[24], al que debemos que la palabra «Salida» esté escrita con letras luminosas en las puertas del metro, que aquel día, entre tinieblas, un pueblo enloquecido buscó inútilmente. Los ingenieros no habían previsto las averías eléctricas. Se ejercitaron con un buen número de víctimas, perfeccionaron su sistema de iluminación a partir del primer accidente, meditaron sobre estos muertos, lo que

se tradujo en la palabra «Salida» con letras de fuego, una especie de corona anónima, como recuerdo. Durante toda mi infancia soñé con esta catástrofe, cuyo clamor, a principios de siglo, ha llegado hasta mí a través de los terrores de las personas mayores, los comentarios domésticos, el eco de las interpelaciones. Cuántas veces me he imaginado atrapado en esa prensa mortal donde se aplastan tantos seres humanos súbitamente enemigos en una sombra súbita: «Afortunadamente», dice alguien, «sólo había obreros entre esos desgraciados». Lo recuerdo. Todavía no tenía cuatro años. Todo lo que se contaba: la orden lanzada al público de no moverse, de esperar en la oscuridad, la angustia, luego el irresistible instinto que empuja hacia la luz, el pánico, las carreras y los empujones, los muros contra los que chocan manos y cabezas al azar, el atropello en la escalera, los gritos, la asfixia, las mariposas negras en las gargantas de los más débiles, bajo el empuje violento en el pasillo, los crujidos de huesos muy cerca, y bruscamente un líquido pesado y caliente que cae no se sabe de dónde, de un grano del racimo humano, en las manos, los rostros, el silencio, y más gritos, terribles gritos. Los que siguieron la vía para llegar a otra estación, súbitamente achicharrados por el regreso de la corriente. Los que en los vagones, paralizados por el miedo, oían sin comprender los negros clamores. Los que lucharon largo rato para morirse en el momento en que volvió la luz. Los que murieron enseguida, pero que la muchedumbre apretujada arrastró entre sus filas enderezados como maniquíes y que cayeron los primeros en brazos de los bomberos. Las mujeres. Los locos. Los que no encontraron la fuerza de hablar. Los que repetían incansablemente la misma frase. Los que se quedaron quietos para ahorrar fuerzas y respirar el mayor tiempo posible. Coronas, coronas[25].

¡Qué gran camaleón es la asociación de ideas! Fue una buena ocasión, entre los corazones sensibles, para recordar otra catástrofe, mucho más atractiva, eso sí, debido al decorado, a las víctimas: aún no se había olvidado el incendio del Bazar de la Caridad[26], y este incendio, anterior a mi nacimiento, creo, me lo imaginaba a mi manera con los elementos de las conversaciones oídas. No, el Bazar de la Caridad no era como esa historia de obreros aplastados en una estación de metro de un barrio bajo, no: aquí rezumaba lujo,

filantropía, y no cabía duda de que todas las jóvenes decentes que se habían quemado mientras vendían o compraban bombones, abanicos, puntillas para los pobres se habían ido nada más quemarse derechas al paraíso. Lo que no deja de ser una alegría. Como esos angelitos vestidos de terciopelo con cuellos de Irlanda y zapatitos de charol con hebillas de plata que acompañaban a su mamá o a la hermana mayor; sus alas les habían elevado enseguida, mientras se achicharraban. Toda esa gente bien subió al cielo. Yo no sabía dónde podía haber estado metido ese Bazar providencial que fabricaba santos como quien respira. Me lo representaba en alguna parte de la zona del Bon Marché, Rué de Babylone, hacia la Embajada de China. A causa del Bon Marché, sin duda, cuyo nombre es ya tan filantrópico. La embajada era por lo distinguido. Y luego creo que lo esencial era una gran tapia impresionante en Rué de Babylone; mi familia conocía a una señora que se hallaba en el Bazar en el momento del incendio y que había escapado corriendo y saltando por encima de una tapia que tenía por lo menos tres metros de alto, tú la conoces, sabes que normalmente no sería capaz de saltar ni desde una silla, y ya ves, desde una tapia de tres metros de altura, ¡en esas ocasiones se adquiere una fuerza! Desde mi rincón, yo me imaginaba a la dama: corriendo con sus faldas, que entonces se llevaban muy largas, y varias enaguas que se levantaba con las dos manos, mientras se ven salir las llamas y el humo por todas partes y hay grupos con curas en el centro que encomiendan sus almas a Dios, gente que corre en todas direcciones, y banquillos volcados en el suelo, veladores, y pasteles que quedarán sin comerse, corriendo la dama como un caballo joven derecho al obstáculo, la gran tapia de tres metros, y una vez allí, sin soltar sus faldas, ¡aúpa!, dobla las rodillas, una idea irresistible, y sin saber cómo se eleva por los aires, como un globo con piernas, pasa por encima de la tapia y cae en la calle. No sabía lo que hacía. Nunca lo habría conseguido si se hubiese dicho: voy a saltar. ¿Y una vez en la calle? Dio gracias al Señor, por supuesto, y prometió un cirio a Nótre Dame des Victoires, o mejor dicho a otra Virgen, he olvidado su nombre, que tenía la ventaja de estar allí mismo, en alguna parte de la Rué de Sévres, al fondo de un claustro de religiosas, en una capilla tan concurrida como la pastelería Guerbois[27], compras

enfrente, en casa de esa mujer de gran corazón, la buena Madame Boucicaut[28], convertida después en piedra en la plaza por razones que nada tienen que ver con el infortunio de las hijas de Loth. Una tapia de tres metros de altura. Debía ser un famoso cirio el que pagó a la santa Virgen por una tapia de tres metros de altura. Y la santa Virgen debió de quedar muy contenta, un cirio de tres metros de altura, no necesitó otro durante tres meses. No cabe duda de que, puestos a ser chic, este incendio era verdaderamente un acontecimiento chic. Hasta el punto de que después, para situar a la gente, se decía: Perdieron a un pariente en el incendio del Bazar, una hermana me parece, en fin, la madre creyó que iba a volverse loca. Enseguida se sabía con quién había que vérselas. Entre el mundo bienpensante, en fin, el hecho de haber estado allí llegó a constituir como una aristocracia. Igual que se dice tenía un abuelo en Fontenoy, u otra derrota de buen gusto. Toda clase de deliciosas leyendas rodeaban este incendio donde las llamas habían acabado por parecer rosas. ¡Cuántas ceremonias vinieron después! Exequias por aquí, exequias por allá, y la gran voz del órgano, y las oraciones fúnebres, una ocasión, creo, de hablar de los grandes de la tierra, y cómo todo pasa, un día rica, adulada, feliz, y al día siguiente polvo, polvo, pero lo que permanece es el perfume de la virtud, y en cuanto a los que quedan que imiten la piedad, la bondad, la generosidad de la desaparecida, todavía hay iglesias por construir en nuestro pobre país, ya me entendéis, y cuando pienso en todos los que mueren sin confesión, es para echarse a temblar.

Por lo que se refiere a morir sin confesión, es cierto que las víctimas de Couronnes no debieron de preocuparse mucho de su segunda vida, inmortal, a diferencia de esta. No debieron de recomendar su alma a esa santa Virgen que habita tan cerca de un buen pastelero. No debieron de lamentar echar a perder sus mejores trajes, ni consolarse con la idea de que así lucirían mejor sobre las angarillas. Debieron de pelearse mucho para salir, sin más palabras que los insultos. Oh, no era la flor y nata, qué le vamos a hacer. De más de uno no podría decirse que su desaparición constituyese una gran pérdida. Toda esa gente se habrá ido derecha al infierno. A menudo he soñado con los que van en zigzag. Ya sé que también se dice que en el Bazar hubo escenas lamentables; algunos hombres, y

lo que es peor, algunos caballeros, habrían atropellado a las mujeres, pisoteado a los niños, pero eso son invenciones de los socialistas, y por otra parte, ¿dónde no hay una oveja negra? Hay gente a la que molesta una historia edificante. Enseguida se les ocurren atrocidades. En fin, nadie se las cree. Esas cosas pasan en los naufragios, pero eso es otra historia. En los barcos la gente está siempre más mezclada, no se sabe quién es quién. La tripulación, bien disciplinada por sus oficiales, se muestra generalmente heroica, y mantiene el orden, impide que se pierda la cabeza. El capitán, eso todo el mundo lo sabe, bajo ningún pretexto abandona el barco, el último a bordo, y generalmente prefiere hundirse con el buque, de pie, con los talones juntos, bajo la bandera. En cuanto a los pasajeros, evidentemente hay de todo, y hasta en la primera clase se cuela gente a la que no saludarías en tierra. Eso es lo que explica la frecuencia de esas escenas horribles en el momento del embarque en los botes salvavidas. Así, en el naufragio de *La Bourgogne*[29], había un boxeador turco muy conocido, un campeón, ya no recuerdo lo que hizo pero era horroroso. Imagínese: un boxeador, las mujeres, los niños, ¡menuda polca! Pues bien, ese hombre seguramente tenía una cabina de lujo, con lo que cuestan.

Debo decir que no sé muy bien cuál es el fundamento de esta ley, generalmente admitida sin discusión, que dice que en el momento de un naufragio se salve primero a las mujeres y a los niños, y que sea un crimen y una vergüenza para un hombre ser salvado antes que todas las mujeres y todos los niños. Aunque haya que alimentar el sentimentalismo corriente a base de viudas y de huérfanos, encuentro bastante curiosa esta manera de fabricarlos. No quiero insistir. Se podría intentar explicar a quienes se conmueven ante este tipo de argumento que un hombre es un capital social más considerable que un niño, que todavía no ha tropezado con la enfermedad, etcétera, pero creo que es absolutamente inútil apelar por una sola vez al sentido común cuando se trata de caballerosidad, y además, a ver: en un transatlántico, ¿quién viaja? Emigrantes, criados, marineros, en fin un montón de hombres que serían capaces de salvarse ellos solos dejando ahí a los pasajeros si no se hubiese establecido una sólida regla moral, que algunos querrían quebrantan *La Bourgogne*: ese

naufragio no dejó de excitar las imaginaciones. De vez en cuando un gran naufragio rejuvenece algunas ideas. Basta pensar en el *Titanic*[30]: ese encuentro en plena noche con un iceberg, los náufragos con trajes de noche, como para coger una pulmonía, y luego todo lo demás, pero a pesar de todo la humanidad no perdió nada a causa de un magnífico ejemplo de calma, de valor y de piedad dado por la orquesta, que como todo el mundo sabe siguió tocando hasta ser tragada por el mar, donde se ahogaron las últimas notas de un cántico, *Más cerca de ti Dios mío*, lo que permite pensar que estos músicos debían creer en Neptuno o no saber demasiado bien lo que se decían. Las catástrofes son necesarias: proporcionan a la conciencia humana la ocasión de rehabilitarse, y a algunos hombres la de pronunciar frases definitivas, que luego pueden servir. Sin embargo hay que reconocer que no todos los desastres son igualmente aprovechables, y que de mucha mejor ley son los que se abaten sobre la gente de la alta sociedad. Entiendo el gran ejemplo que puede extraerse cuando se ahogan algunos millonarios que un momento antes estaban fumando tranquilamente sus puros, algunas grandes damas que acaban en el fondo del mar por haber ido a buscar al camarote su joyero, sus diamantes semejantes a tantas estrellas que ahora vendrán a hablarles en su palacio profundo de las maravillas abandonadas en la tierra, eso lo entiendo. Pero qué interés, qué consuelo moral puede suponer el despachurramiento en una estación de metro de un centenar de obreros sin principios religiosos, sin situación mundana, vestidos de susto, cuyo nombre no recuerda nada, ni la historia de Francia, ni la gran industria, en fin, que sólo la idea de tener que hacerles un discurso pone los pelos de punta. Eso desde luego no lo entiendo. Y además esa ocurrencia de coger el metro. Es sano caminar por la mañana, para tomar el aire antes de trabajar.

Cuando los viajeros fatigados por una larga jornada se apretujan en un vagón muy lleno arrojan sobre los asientos una mirada escrutadora, dónde se bajará ese tipo siniestro, a ese vejestorio no debe de quedarle mucho, etc., para acechar el primer sitio vacío y abalanzarse sobre él antes que esa señora pálida que parece estar a

punto de caerse. Pero acaba de entrar una mujer llevando en brazos a un encantador bebé cuya cabeza es todavía demasiado pesada para sus pies, este querubín mata a su mamá y hay un momento de emoción muy pura entre la concurrencia. Entonces, a menos que al prolongarse la situación una mujer se levante arrojando sobre los viajeros que leen desesperadamente su periódico vespertino una mirada de desprecio y de indignación, se ve a un hombre joven asaltado por un prurito de galantería levantarse en redondo para hacer paso al bulto y quitarse el sombrero en medio de un prolongado murmullo de aprobación. A partir de ese momento las nalgas de los viajeros sentados aprecian los asientos con un frote transversal. Donde hay una mujer embarazada todo el mundo le mira amablemente la barriga, ella se ruboriza, se siente terriblemente humillada, no debería haber salido. Los viejos, los enfermos, especialmente después de la guerra… a este propósito la administración ha hecho poner unos números en un puñado de asientos que están siempre a disposición de los mutilados provistos de un certificado que demuestre que fue en el campo de honor donde perdieron la cabeza, y que si son ciegos no es a causa de la sífilis.

Esta moral del metro no deja de presentar una cierta analogía con la de los naufragios. Y a propósito, en los naufragios los hombres enteros ¿deben ceder su lugar a los mutilados? No creo que el problema se haya planteado, pero ciertamente sí, y los patituertos desaparecen ante los sin–piernas, y los sin–piernas ante los hombres–tronco, por supuesto.

Me entran ganas de desarrollar una imagen del naufragio cotidiano, en el que el metro juegue un papel importante, que ponga en su sitio las ideas de catástrofe y de educación, conjuntamente. Disponemos de un pequeño hangar de generalidades. Cabe observar que toda esa gente traqueteada cree ir a lo suyo. Lee con horror en los periódicos historias de carnicerías. A veces sueña en la Edad Media, en las inquisiciones, en las guerras. Van a lo suyo. Cogen el metro. Nada más natural. Pero el caso es que allí dentro apesta. Tal vez sea cómodo, pero apesta.

Pienso en las noches, cuando los vagones están vacíos, en las líneas que circulan por la superficie en pleno invierno, en el frío

dentro del metro, en la espera sobre las estaciones heladas. Pienso en la suciedad del suelo, donde yacen en los charcos las hojas pisoteadas de los periódicos hechos jirones. Pienso en las interminables colas en las escaleras de Châtelet, en las horas de afluencia, cuando el revisor sólo deja pasar al público a bocanadas. Pienso en las disputas de los viajeros a los que el gentío impide bajarse. Pienso en los que escriben sobre sus rodillas, en los que miran incesantemente la hora en su reloj, con terror, en los que leen con avidez, en los que miran leer a los otros, en los que ya creían haber llegado y vuelven a subir mascullando al vagón, en aquellos a los que se les ha pasado la estación, en los que ya no pueden más y se duermen. Los sueños del metro. Una vez vi a un hombre cuyo sueño inquietaba a sus vecinos: le habían zarandeado, en la estación siguiente lo bajaron, lo acostaron cuan largo era en el andén, se arremolinaron a su alrededor, el tren volvió a arrancar. Dos o tres veces, también en los finales de recorrido, Maillot, Orléans, algunos durmientes que no querían volver en sí: un poco de baba en la boca, el labio torcido, la nariz que silba. Nunca he oído hablar de crisis de epilepsia en el metro, sería muy bonito. He visto una boda en el metro: resultaba extraño a causa de las flores de azahar. He visto, en el andén de Etienne–Marcel, a un artista que se había sentado ante un caballete para pintar. He visto pasar a gente en camisón durante una alarma de Gothas[31]. He visto al ejército y a la policía durante las huelgas. He visto máscaras en carnaval. He visto a las patéticas modistillas. He visto a los reclutas borrachos, con un enorme 69 en la gorra, ensayándose con la corneta a tocar la diana. Nunca he encontrado a los carteristas por los que el metro es periódicamente célebre. A menudo he pensado cómo sería un paseo por estos túneles después de la hora del cierre, una noche en el metro. ¿Creéis que el metro estará frecuentado?

Preferiría encontrar fantasmas: si los túneles, las escaleras, las estaciones estuvieran absolutamente vacías, me daría un cierto vértigo. No me gustaría recorrer a pie los túneles que atraviesan el Sena. La estación más terrible de todo París es sin duda la de la Cité. Además tiene una salida al patio de la Jefatura de policía.

Las aventuras

de Don Juan Lapolla Tiesa

Traducción de Carmen Artal

«I passed by his garden, and marked, with one eye,
How the owl and the oyster were shating a pie[32]».

Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*

«Die Trägen, die zu Hause liegen,
Erquicket nicht das Morgenrot,
Sie wissen nur vom Kinderwiegen,
Vom Sorgen, Last und Not um Brot[33]».

Josef von Eichendorff,
Episodios de la vida de un holgazán

«La pobreza de la lengua francesa nos obliga a utilizar palabras que nuestro buen gobierno condena hoy en día con muchísima razón; esperamos que nuestros lectores iluminados nos comprendan y no confundan el absurdo despotismo político con el lujurioso despotismo de las pasiones de libertinaje».

Marqués de Sade, *La filosofía en el tocador*

«Quien no cree en los brujos no cree en el diablo; quien no cree en el diablo no cree en Dios; quien no cree en Dios será condenado» este es el resumen de la doctrina que predicaba en Leipzig a finales del siglo dieciocho el estudiante de teología Rau[34], que poseía un lenguaje magnífico y que decía del trueno: Ahí viene el príncipe salvaje. Degolló a su padre porque no se le parecía. Nada permite suponer que haya sido condenado por creer en los brujos. A los brujos modernos no les gusta el metro porque sus ramificaciones subterráneas entorpecen sus operaciones, así como todas las tuberías de gas y de agua, todos los cables eléctricos enterrados en el suelo, las alcantarillas, la telegrafía, y también la telefonía, la fotografía, sin hilos que interfieren los efluvios de la atmósfera cuyo papel en toda brujería es de sobras conocido. Cuando digo los brujos modernos, me refiero a los que actualmente hacen brujería al estilo antiguo. Ya que en cuanto a los demás brujos son los que han inventado todo esto, y especialmente el metro. Que este sea de origen diabólico, no existe ni un solo ser vivo que lo dude, y seguramente es eso lo que explica que sea escenario de encantamientos: ello no le disgusta al estudiante de Leipzig, sin que yo crea mínimamente en Dios. Pero efectivamente si no es por encantamiento, ¿queréis explicarme cómo puede ser que todo el mundo haya encontrado natural, absolutamente irrelevante, ver una enorme polla, del tamaño de un hombre de altura normal, quiero decir con sus demás miembros, caminando no sé cómo, una especie de bufanda bajo el glande, y los cojones arropados en una mantita escocesa de colores oscuros, remendada en varios lugares? Pues nadie miraba esta aparición singular en el ascensor ni en el andén del metro Cité, donde se contoneaba con una suficiencia, una seguridad inconcebibles. Apenas una mirada indiferente, al pasar,

un perdón–disculpe al tropezar con ella. Evidentemente ahí había magia.

Era una polla estupenda, no sólo por sus dimensiones majestuosas, su porte muy viril y la soltura de sus movimientos, sino también por un marcado aire de juventud y de inocencia que ciertamente le hacía cosechar entre las mujeres un éxito del que empezaba a tomar conciencia. Una expresión soñadora, el meato siempre ligeramente abierto, hacía aún mayor su encanto juvenil. Mientras espera bajo el letrero de la primera clase, Lapolla peina cuidadosamente por la abertura de su manta la pelusilla de sus cojones, dos cojones sólidos y rollizos que no desdicen nada del miembro que completan. Afortunadamente para nosotros, Lapolla se habla a sí mismo en voz baja, de modo que podemos adivinar sus pensamientos: «Nunca he visto una mujer tan guapa», murmura, «¡qué mano y qué talle! ¡Su tez eclipsa al lirio, y sus ojos poseen el resplandor del diamante! Pero monta demasiado bien a caballo, le debe gustar desplegar su fuerza, me parece activa y violenta… ¡Toma!, me parece que ya he leído eso en otra parte, en fin, no importa. ¡Cojones! Llega tarde. Ya he dejado pasar tres trenes… ¡Ahí está, gracias a Dios, ahí está… mi ángel!». Efectivamente, la viajera que descendió de la primera clase y que tras un ligero titubeo se dirigió hacia Lapolla era una estupenda criatura. Admirablemente hecha, enfundada en un delicioso vestidito de saldo que debió de haber costado los ojos de la cara en la tienda de algún gran modisto, llevaba una especie de sombrero que le sentaba muy bien a su extraordinario y atractivo rostro. El rostro debía haber hecho que se fijasen terriblemente en ella, pero apenas provocaba las miradas halagadoras que una graciosa carita se gana por parte de los señores, y no el asombro ni el escándalo. Sin embargo, bajo los ojos más hermosos del mundo, los más hermosos ojos verdes, precisemos, a guisa de nariz y de boca este rostro ostentaba un adorable coño, cuyo clítoris estaba deliciosamente desarrollado y cuyos labios incesantemente húmedos parecían invitar a los transeúntes. Era un coño un poco más grande de lo normal, pero que por sus proporciones poseía toda la enternecedora seducción de los coños cuando son muy pequeños. Aunque no era la estación, la viajera escondía sus manos en un manguito. «¿Llego

tarde?», dijo, abordando a Lapolla, y retiró de su manguito la mano derecha, que Lapolla besó. En realidad, por difícil que sea imaginárselo, su mano derecha era un orificio de culo, un encantador orificio de culo, minúsculo, elástico, una maravilla de orfebrería. Lapolla no pudo evitar soltar unas gotas de esperma que constelaron el pavimento del andén. Un agente que las pisó distraídamente estuvo a punto de romperse la crisma: «¡Hostia, qué manía con el chicle!», dijo con esnobismo. En el mismo momento Lapolla decía a su graciosa compañera: «Deme su mano izquierda, no puede ser tan deliciosa como su mano derecha». Con una risa argentina, la extraña criatura sacó del manguito su mano izquierda. Era un ano aún más pequeño que el de la derecha, ya que la viajera no era zurda. No se lo dejó besar y amenazó burlonamente a Lapolla: «¡Tunante, no hemos venido aquí para jugar!». Lapolla se inclinó con gravedad: «Discúlpeme, señora, si al verla olvido nuestras posiciones respectivas. No soy más que un pasante de notario, es cierto, y si mi jefe desea…». «Basta, Lapolla, está disculpado. ¿Ha traído los papeles?». «Aquí están». Lapolla le entregó un gran sobre que llevaba escondido entre los cojones. En ese momento entró un tren en la estación. La viajera se introdujo en él. Una última mirada a Lapolla, una sonrisa de su encantador coño facial, y ya había desaparecido. Lapolla permaneció un momento inmóvil, contentándose con mover su prepucio, lo que en él era un signo de indecisión. Luego exhaló un profundo suspiro, se arrebujó en su mantita escocesa y se dirigió hacia el ascensor. Todavía hablaba consigo mismo a media voz, aprovechemos esta circunstancia: «¿Qué sueños son esos, Juan Lapolla Tiesa, amigo mío?», decía en su extravío. «Esta mujer no es para ti. Lo que tú necesitas es una joven honrada que remiende tu pobre manta tan tristemente agujereada. ¿Cómo piensas en esta hermosa condesa? Me parece activa y violenta, y además creo que demuestra un excesivo atrevimiento pasando por encima de las conveniencias: la mujer que no reconoce ninguna ley está a un paso de no obedecer más que a sus caprichos. Las mujeres a las que les gusta tanto lucirse, contonearse, no han recibido el don de la constancia… pero ese que habla no eres tú, Juan Lapolla, no eres tú. Tú darías tu vida por una noche a su lado», y diciendo esto tiraba a la papelera el

billete de segunda clase que había sacado sólo para bajar hasta aquella singular cita, ya que Juan Lapolla Tiesa era pobre y no podía pagarse un billete de primera para ir al encuentro de la hermosa condesa de la Motte, una espía del papa según se decía. Y por otra parte el despacho de su jefe estaba en la Place Dauphine, Lapolla sólo tenía que entregar el sobre y salir, sin esperanza de acompañar a la condesa. Regresaba lentamente al despacho: «En mi opinión», se decía, «el amor exige más tranquilidad: me lo imagino como un lago inmenso en el que la sonda no toca nunca fondo, donde las tempestades pueden ser violentas, pero escasas y contenidas en unos límites infranqueables… donde dos seres viven en una isla paradisíaca… los sentimientos sometidos a la ley general por la masa… mientras que algunas criaturas sólo saben amar con toda su alma… cada dolor tiene su moraleja…».

Mientras tanto la condesa llegaba sin tropiezos a la estación Art–set–Métiers. Salió al Boulevard Sébastopol, y allí, después de mirarse en el escaparate de una zapatería, retocó su peinado y se empolvó el clítoris. Paseaba entre la gente, desapercibida, y deambuló un rato deteniéndose ante los mostradores de las casetas como si no tuviese nada que hacer. Llevaba en su manguito el sobre que le había entregado Juan Lapolla. Sonrió al pensar en el joven. Su culo derecho conservaba una impresión deliciosa. Avanzaba por las calles que llevaban al barrio judío. No reparaba en absoluto en un extraño personaje que se había encontrado como por azar en el andén del metro Cité, que había tomado el mismo tren que ella y que ahora seguía disimuladamente sus pasos, pegado a la pared, y procurando oler lo menos mal posible. No obstante era un individuo que se hacía notar. No como Juan Lapolla por su viril prestancia, no como la condesa por la distinción innata, la hermosura y lo desconcertante. Era un individuo que se hacía notar principalmente, como hemos dado a entender, por la peste formidable que exhalaba, y sobre todo, pese al sombrero prudentemente echado sobre sus ojos, que eran dos moscas azules, por la forma y la consistencia de toda su persona, que no era más que una gigantesca mierda ambulante, con flemas blancas de disentería a guisa de cuello duro. Era, es inútil ocultároslo por más tiempo, el Inspector Cagarro, de la brigada social.

El vestíbulo de la estación Saint–Lazare, por su disposición particular, se ha convertido en el lugar de encuentro de un mundo singular. Como es sabido, este vestíbulo es una copia de la Place del Havre, y como ella posee numerosas salidas a la estación de ferrocarril y a las calles adyacentes. El cruce de varias líneas garantiza a esta estación un acceso misterioso. Si se piensa en el gentío que pasa por allí, en el trasiego del barrio, será fácil comprender que dicho lugar, donde además es muy natural deambular, aunque sólo sea para examinar los escaparates de las tiendas alrededor del vestíbulo, esté frecuentado por aficionados a los encuentros discretos, furtivos e inespiables. La policía no ha dejado de observar el tráfico sospechoso que aquí se desarrolla. Por eso se ve vagar por estos parajes a seres que tienen la forma de acentos circunflejos, hechos de un pelo negro bastante sucio, moviéndose con ayuda de un pie adornado de cebollas y de mugre, que nace en el centro de esos bigotes gigantes a través de una especie de bacinilla que contiene las esposas, un revólver y por prudencia un poco de papel de seda. A estos saltígrados les gusta coronarse con un sombrero hongo. Aquel día, aunque la animación del vestíbulo fuese de un carácter muy especial, los bigotes no estaban inquietos. La naturaleza de la muchedumbre los tranquilizaba, y podían concentrar toda su atención en las nalgas que pasaban por allí cogidas del brazo, ya que era la hora de salida de los talleres. En efecto, el vestíbulo estaba invadido por un público eminentemente simpático a los bigotes. Eran jóvenes glandes cubiertos de pústulas que llevaban en bandolera una cinta de seda azul celeste. Iban en grupos de veintidós y se interpelaban con una alegría, una jocosidad que recuerda los cuadros picarescos de Chocarne Moreau[35]. Cada grupo era dirigido por un guía elegido entre una especie animal que vale la pena describir. Se trataba de unos tumores cancerosos impresionantes, unos ulcerados como es de rigor en forma de coliflores, otros simplemente granujientos, exhalando todos ellos ese olor persuasivo que asegura el anuncio de esta clase de productos; tales tumores iban vestidos con unos faldones negros, destinados sin duda a arrojar alguna incertidumbre sobre su sexo. Pero como estos faldones cerraban mal, por la abertura se descubría una cola filiforme y descolorida

hipócritamente enroscada en un rosario. Eran los miembros del patronato católico, que volvían de un peregrinaje a Lisieux. Los jóvenes glandes traían todos ellos interesantes retratos de la pequeña santa, y ya hablaban entre ellos de la manera de utilizarlos para hacerse pajas.

Juan Lapolla Tiesa, que acababa de salir de la línea Norte–Sur llevando de parte de su jefe un regalo a la mujer de los lavabos del hotel Terminus[36] de la que el digno notario estaba algo enamoriscado, se sintió molesto ante el espectáculo que se ofrecía a su mirada. Porque, ay, debemos confesarlo, Juan Lapolla estaba ciego para las bellezas de nuestra santa religión, era de un anticlericalismo que calificaría de primario si estas palabras pudiesen acoplarse, y el aspecto de toda esta juventud pustulosa que en aquel momento acababa de entonar un cántico le desató rabias incomprensibles, si se piensa en la buena educación que había recibido de su madre, la señora de Lapolla, la cual jamás habría dejado pasar un día sin introducirse un crucifijo en la vagina. Juan Lapolla hacía para sus adentros reflexiones muy desagradables respecto a los tumores con faldas que en ese momento se divertían haciendo ruido con las claquetas cuando se sintió empujado por un hombre que apenas tuvo tiempo de distinguir. Era un griego en forma de linterna sorda que fingía leer la *Cote Desfossés*[37]. Procedente de la calle, había atravesado el vestíbulo, había visto a Lapolla y probablemente creído reconocer a un amigo, ya que al pasar por su lado le deslizó entre los cojones un paquetito envuelto en seda vegetal, familiaridad que no se habría permitido con un desconocido. Lapolla pasó muchos apuros para no dejar caer el paquete. El tiempo de salir de su asombro y el griego había desaparecido. Nuestro héroe habría echado a correr tras él, de no haber sido por uno de los del patronato, que le cerró el paso para ocultar a los presentes a un cura que acababa de levantarse los faldones para mear, ya que nadie ha olvidado lo que le pasó a Caín por no haber cubierto la desnudez de su padre, y los glandes, encontrándose muy favorecidos tal como estaban, algo pálidos, no se preocupaban por ponerse negros. Un incidente que se produjo entonces acabó por hacerle olvidar completamente el paquete, que en equilibrio sobre sus cojones tenía el aspecto de una legión de

honor, pues la seda vegetal era roja.

En la taquilla, a la que se había acercado Lapolla, una Pareja de Piernas estaba acalorándose con el monstruo–distribuidor, que pretendía no tener cambio de cincuenta francos. Era una encantadora Pareja de Piernas, esbelta, aunque entrada en carnes, con algunas carreras en las medias de un efecto sumamente agradable. Lo cual no se le había escapado al viajero que esperaba detrás suyo, y este mastuerzo, que iba vestido de una forma muy excéntrica, de azul claro con guantes blancos y en la cabeza un pan de azúcar adornado con un penacho de plumas rojiblanquiazules, había tenido la desfachatez, mientras se friccionaba ensoñadoramente la verga con el guante izquierdo, de separar con el guante derecho las dos piernas de la pareja, de tal manera que esta se hallaba en la mayor confusión, completamente en desventaja en su discusión con el monstruo–distribuidor, la cual a resultas de ello se hacía entrecortada y por otro lado absolutamente molesta a causa del contacto del guante sobre lo que el pudor me ordena silenciar. Juan Lapolla era el hijo de un oficial de caballería, por eso sabía que nunca hay que permitir a un cadete de la academia militar de Saint Cyr tomarse demasiada confianza con el sexo débil: el imbécil se pondría insolente. Así que, acercándose, retiró con repugnancia del encantador escondite en el que se había introducido la mano cretácea de la bestia aspirante. Luego, con su meato más gracioso, dijo inclinándose: «Disculpe a este militar, señorita, pronto le enviarán a colonias». La Pareja de Piernas sin duda había quedado favorablemente impresionada por el aspecto exterior de Lapolla, ya que, después de darle las gracias con un gesto de la cabeza, recogió su billete de cincuenta francos y abandonó la taquilla como si de repente se le hubiese ocurrido una idea. «A fe mía», dijo a medias para sí misma y a medias para el galante Juan Lapolla, «ya que estas operaciones de bolsa son tan difíciles, cogeré un taxi. ¿Dónde va usted, caballero, quiere que le deje en algún sitio que me coja de camino?». Esto dicho con tanto tacto, con tanta desenvoltura que, mientras Lapolla aceptaba, se preguntaba, perplejo: ¿una mujer de mundo?, ¿una profesional? Pidió permiso para ir a entregar el collarcito de perlas que le había confiado su jefe a la señora de los lavabos del Terminus. «No faltaba

más», dijo ella. No le llevó mucho tiempo, y cuando volvió a la acera de la Rue Saint–Lazare la encontró depilándose a través de los agujeros de sus medias. «Encantadora, es encantadora» pensaba muy excitado, y cuando subían al taxi se acordó del paquete que le había endilgado el griego. Pero la Pareja de Piernas no le dejó tiempo para verificar su contenido. Se había entrelazado como una corbata alrededor de Lapolla e iba y venía de arriba abajo y de abajo arriba a la manera de un anillo epiléptico todo a lo largo del miembro gigantesco, del que parecía muy enamorada. «Más despacio», murmuró Lapolla, «más despacio… Así, eso es… así. Cuidado, me haces un poco de daño». «¿Dónde, querido?». «Mis testículos… con los tacones de tus zapatos… puedes apretar… más aprisa… trabaja en la cabeza, ahí está lo bueno…». Las Piernas mostraban verdaderamente todo su atractivo en este ejercicio, que les sentaba a las mil maravillas. Hacían gala de una agilidad sorprendente. Lo malo era que los zapatos de charol negros que la Pareja cruzaba para agarrarse tenían unos tacones exageradamente Luis XV. Lapolla sufría. ¡Pero cuando se es joven! De repente la Pareja de Piernas estrechó aún más su lazo y se puso a patalear a un ritmo verdaderamente enloquecedor. «Ah, cómo me gusta», decía, «ay la polla, menuda polla tiesa». Qué curioso, pensó el joven, sabe mi nombre. «Ah, eh… me corro… me corro» y crac, un punto de la media izquierda se le corrió hasta la altura del tobillo y volvió a subir con la velocidad del rayo hasta mitad de la pantorrilla. «Mira», dijo la joven tras un instante de descanso, «he gozado hasta aquí», y le mostraba la carrera. «Hazme descargar, por favor», dijo Juan Lapolla, al que aquel espectáculo excitaba. Entonces…

¡Pero alto! ¡Ssssttt! Mientras prosigue esta escena en el interior del taxi idílico, el ángel del amor, con su precioso traje de esperma, se acerca a la portezuela, y bajando púdicamente sus hermosos ojos, sonríe. Dejaremos a nuestros amantes enlazados, no nos permitiremos sorprender el secreto de sus abrazos, ya que hay cosas que imponen respeto. Y como aquí hay una estación, cojamos el metro y dirijámonos hacia otro barrio de la capital.

Todas las tardes, un poco antes de las siete, el café Au Vrai Petit

Pot[38], cerca de la puerta de Saint Denis, ve reunirse a una sociedad selecta, la crema, la flor y nata del barrio. Son los jugadores de malilla de alto copete: el cobrador del registro, Monsieur Pis, un hombre algo amarillo pero muy fluido; el dueño del Grand 9, Rue Sainte Apolline[39], Monsieur Thomas, alias Avariosis, siempre tan bien vestido, aunque sea muy difícil cortar decentemente un traje para un chancro de frenillo, ni siquiera tan espléndido como él, medio pustuloso, medio supurante, de una naturaleza tan comunicativa que, como el reguero de plata del caracol sobre las hojas del bosque, ataca siempre un poco el mármol de las mesas donde aposenta su elegancia; Jolín, un espléndido testículo, siempre acompañado, como es normal, de sus dos mujeres, las señoras mejor trajeadas de la región, con sus vestidos de mucosa, zapatos de piel de cebú y sombreritos muy provocadores representando sodomías, palizas, flagelaciones, pues Jolín les paga lo que haga falta; y el cuarto, que no es otro que el Abate X, quien conservará el anonimato debido a su obispo, y que practica ideas algo socialistas viniendo a alternar aquí con algunos espíritus libres, sin temor de arrastrar su sotana hasta el Au Vrai Petit Pot, uno de esos curas como, no dudamos en decirlo, los haya montones, bonachón, con una cara coloradota, espléndido equilibrio de menstruos apenas coagulados en medio de los cuales el digno abate se hace cada día una raya a fin de despegar su boca, donde a guisa de lengua se halla repantingada una babosa domesticada.

Todas las tardes a las siete en punto, y en eso radica el parecido con Emmanuel Kant, la puerta del Au Vrai Petit Pot deja pasar a un quinto parroquiano cuya llegada interrumpe cotidianamente la partida de malilla, y Jolín exclama: «¡Esto apesta! El inspector no debe andar muy lejos». En efecto, se trata del Inspector Cagarro, de la social, que acaba de sentarse en la mesa de al lado, y a partir de entonces, ¡adiós malilla! Los jugadores están demasiado hambrientos de la conversación de un hombre tan importante como para continuar una partida que se reanudará hacia las siete y media, cuando el inspector cambie de bacinilla. Mientras esperan beben sus palabras: Thomas le ofrece un puro en forma de boñiga, broma que pese a repetirse cada día no deja de obtener su pequeño

efecto cómico, ah este Thomas, siempre tan gracioso, y Monsieur Pis lo encuentra de mearse de risa. Las mujeres de Jolín, que desde siempre acarician el sueño de compartir la cama del inspector, levantan ligeramente sus modelitos de mucosa hasta dejar entrever entre sus muslos una un *petit suisse*, otra una boca de raya. El abate no es que sea pederasta, no, pero por admiración hacia la policía, se la menea graciosamente mirando al inspector, lo que permite a todo el mundo ver la verga apostólica: es bastante voluminosa, ya que al igual que los jesuitas el brazo, los abates socialistas tienen la verga larga, excesivamente larga, verde, con pequeñas coronas de pelos rojos cada diez centímetros, lo que le haría parecerse a una de esas plantas de las marismas si no fuese por su flexibilidad y su movilidad, que hacen pensar en la serpiente, y por el glande, que merece una explicación aparte.

El glande del Abate X es efectivamente todo un mundo. Señalemos de paso, pero sin entretenemos, que lleva tatuados todos los pasajes obscenos de la Biblia, y el texto in extenso de las cartas que Jesucristo enviaba a Juan Evangelista para atraerle a una sexualidad próxima a la suya. El glande del Abate X tiene la forma de una colina, como todos los glandes me diréis, pero se diferencia en esto: que toda una ciudad se levanta sobre la colina, una ciudad extraordinariamente complicada, donde uno se perdería por menos de nada, de no tener la precaución de hacerse acompañar por una ladilla que, por un módico precio, dos gargajos, te hace de guía a través de este dédalo y te lleva hacia el meato, donde está instalado un dancing con curiosos jardines de bastante mal gusto, surtidores, un skating, un váter, y un lavabo cuyo lujo hace estremecer. Hay que decir que cuando el Abate X saca todo eso de su sotana, la concurrencia, acostumbrada desde hace tiempo a semejante espectáculo, hace como si no lo viese para no molestar al digno eclesiástico en su paja.

Indefectiblemente el Inspector Cagarro pide un café–crêpe, consumición original e interesante: es un café como todos los cafés, pero que puede voltearse como todas las crêpes. Hace unos cuantos malabarismos, para impresionar a las señoras. Luego, sacando de las profundidades de su mierda una escobilla *ad hoc*, se acicala un poco, se retoca las flemas del cuello, agita las alas de las moscas que

le sirven de ojos, y cagándose ligeramente sobre el asiento comenta con aire de superioridad el contenido de los periódicos de la tarde. Los crímenes apasionan a las señoras, quienes interpelan al inspector, algo habrá oído decir en la comisaría. Jolín se interesa sobre todo por las historias de sátiros. Thomas por las recepciones mundanas. Monsieur Pis por las finanzas. El abate no tiene especialidad, habla poco pero se soba bien. Por el momento, arqueando artísticamente su cola, procura darle el mayor parecido posible con la bailarina Pavlova[40] en *La muerte del cisne*, de Saint–Saens. El inspector, personalmente, prefiere hablar de política: «Hay que clarificar la atmósfera política de nuestro país», suele decir, «renunciando a acentuar las pequeñas causas que dividen y a minimizar los grandes motivos que aproximan. Hay que dejar de levantar sobre los caminos de la cohesión republicana esas barreras que con justa razón se intentan abatir en las vías internacionales y no sentirse más separados por una etiqueta que por una frontera. Todos los partidos, que son todos partidos de buena ley, han cometido esta clase de errores y pueden enmendarse…». El Abate X, arrullado por estas palabras, animado por esta filosofía, se lanza a componer con las sinuosidades de su miembro un paisaje de Cézanne que representa los caminos de la cohesión republicana. Monsieur Pis deja caer sobre sus botas algunas gotas de aprobación. Las señoras levantan cada vez más sus mucosas. «La victoria», sigue diciendo el inspector, «se ha disparado como un lorito. ¡Cuándo un jefe de gobierno pretende reemplazar la Europa invadida a causa de los imperialismos financieros de ultramar por el desorden de los acuerdos internacionales, hay que tacharle de soñador o de visionario! Con la mirada fija en el petróleo de Mesopotamia, las armas envenenadas del pesimismo se enfrentan unas con otras en debates secundarios y tradicionales. Lo cual da la impresión malsana de vivir en un taller de demolición». El abate, que acaba de darse cuenta de haber olvidado deshacer el retrato de la Pavlova antes de emprender el panorama de la cohesión republicana, empieza a pensar que algunos grupos alegóricos no quedarían mal en el cuadro, estira la piel de su prepucio para trenzarlo en forma de petróleos de Mesopotamia, y de repente el conjunto se aleja del arte de Cézanne para acercarse al de Puvis de Chavannes. Thomas

alias Avariosis sueña desde hace mucho tiempo en contratar al abate para sus salones; divertiría a sus clientes, pero no se atreve, la sotana le intimida. Hacia las siete y media, el inspector apila un poco su basura, deja unas monedas sobre la mesa, y se levanta diciendo: «Vayamos con la peste a otra parte», y cuando se va se reanuda la malilla, salpicada por las reflexiones que ha provocado el discurso del inspector, mientras el abate, contrariado, observa cómo se le afloja y lanza una mirada de pesar hacia la puerta. Como puede verse en el Au Vrai Petit Pot la policía está bien considerada. Si nuestra sociedad necesita para defenderla a individuos sacrificados que arriesgan su vida a cada momento para nuestra tranquilidad, debe reconocerlo prodigando a sus fieles servidores una estima y un respeto bien merecidos. Es fácil escupir sobre la mierda, pero al fin y al cabo, si no cagaseis mierda estaríais bastante incómodos, por lo tanto tenéis que respetar a la mierda, respetar y honrar a la mierda, la buena, la santa, la provechosa mierda. Debéis hacerlo.

Todas las tardes, una vez cerrado el despacho, Don Juan Lapolla Tiesa coge el metro en la estación Cité. Casi siempre llega cuando se va el ascensor y debe bajar corriendo la escalera de doble revolución, una de las más vertiginosas de París, mientras oye acercarse un tren cuya voz es amplificada por el tubo de hierro que pasa bajo el Sena. Por más que a veces corra con los cojones recogidos llega cuando están cerrando la puerta automática. Y aunque Juan Lapolla tenga un agradable aspecto la empleada no se rinde a sus súplicas: una chica mona esta empleada, pese a su parecido con una tijereta. La línea Orléans va abarrotada a estas horas. Lapolla hace el viaje de pie hasta el final. No piensa en el cansancio, está acostumbrado a empalmar. En el vagón donde se apiña la gente, no es raro, a causa de su elevada estatura, que sienta en las curvas, en los traqueteos del vagón, la mejilla de una viajera apoyarse contra su miembro, o la mano de otra agarrarse a sus bolsas para no caerse. Basta el más ligero contacto para que la joven que ya se disculpaba se dé cuenta de la clase de hombre que tiene delante. A veces se trata de una cursi que os suelta un ¡por favor

caballero!, como una bofetada: pero con J. Lapolla no hay nada que hacer. ¿Qué es lo que podríais abofetear? Parecería una caricia. Por eso todas las tardes el viaje de Cité a Orléans es un verdadero deporte para nuestro héroe, y no hay de qué extrañarse, como hacen algunos viajeros que creen que se prueba un nuevo antiséptico, si un gran olor a semen se esparce por el vagón. La gran dificultad para Lapolla es disimular el chorro que sale de vez en cuando de su cabeza y no dejarlo caer sobre cualquiera. Cuando el joven se encuentra entre dos personas agradables, nada más sencillo. Deja que una se la menee e, inclinando bruscamente su glande hacia la otra, eyacula rápidamente en la boca de esta última, aprovechando un acercamiento. Hasta el presente esta maniobra jamás ha tenido consecuencias enojosas, crisis de histeria, escándalos, etc., y nosotros se la recomendamos a aquellos de nuestros lectores que estén en condiciones de llevarla a cabo. La mujer ciertamente queda algo sorprendida ¡pero a ver quién se enfada con ese diablo de Juan Lapolla! Aparte de que en el primer momento es imposible hablar, la mujer, que no tiene más remedio que tragar el caliente licor si no quiere echar a perder su traje, apenas siente derramarse en ella este alimento rico y delicioso empieza a gozar ella misma como una gatita. Pediría ¡más!, si se atreviera. Lo malo es que Lapolla no siempre tiene a mano la encantadora boquita donde disimular el efecto de los transportes que le animan. Contenerse no es una solución. Ciertamente se puede intentar simular llorar o sonarse, pero eso no siempre es posible y requiere una gran sangre fría. J. Lapolla, que estaba acostumbrado a pasearse con la cabeza descubierta, ha acabado por decidirse a llevar un gorrito que guarda bajo la manta y con el que sólo se cubre el capullo cuando siente que está a punto de descargar. Ha visto hacer eso en los cines a todo el mundo. Su único mérito ha sido adaptar este procedimiento a su estructura especial.

Lapolla vive al final de la Rue des Plantes, en un hotelito amueblado donde tiene una pequeña habitación, al lado de los retretes. Como las paredes son muy delgadas, sorprende todas las idas y venidas de sus vecinos momentáneos. Lo cual no deja de tener su encanto, ya que este hotel está habitado por un montón de mujeres atractivas que arrastran hasta aquí a los transeúntes. Todas

conocen al apuesto Juan Lapolla, y más de una se ha equivocado de puerta al salir del water. Por eso al joven le resulta fácil, cuando oye en la pieza de al lado los mil ruiditos de las señoras haciendo sus necesidades, adivinar quién está allí, imaginarse paulatinamente las posturas, los esfuerzos, los resultados. Eso le pone cachondo, le mantiene en buena forma, y por nada del mundo nuestro héroe abandonaría su modesto cuartito a cambio de uno de esos palacios que son la recompensa y la ambición de los arribistas. No: Juan Lapolla no aspira a ningún embellecimiento para su habitación, todo lo más desearía que el depósito del agua del cuartito contiguo no se estropease tan a menudo, lo que puede molestar al olfato.

Por la noche, después del encuentro con la Pareja de Piernas, Lapolla regresaba a su hogar, pensativo. Una vez cerrada tras él la puerta de su habitación, tiró sobre una silla su gorrito lleno de esperma, se quitó la manta, que dobló cuidadosamente y colocó bajo el colchón, y se contempló en el espejo del armario. Ciertamente había que andar mucho para encontrar una verga tan bien plantada, tan a gusto sobre los cojones, un glande tan puro, tan soñador, en una palabra, un carajo tan romántico. Juan Lapolla se hizo justicia, pero decididamente no le gustaba ese aire de preocupación que había observado desde hacía unos días en su prepucio, y que le restaba juventud: «¡Y todo esto», murmuraba, «a causa de la condesa! He notado que la mayoría de mujeres que montan a caballo tienen poca ternura. Como él las amazonas, les falta un pecho, y sus corazones están endurecidos en algún lugar, no sé en cuál…». Fue interrumpido por un ruido en la pieza de al lado. Era la corona de madera que se bajaba sobre el asiento. El frufrú de un vestido levantado, luego la cascada característica de un pipí demasiado tiempo retenido, un ligero suspiro, la cisterna. «No es nada, la criada que orina», prosiguió Lapolla, «confiaba en que fuese esa encantadora rubita recién llegada al hotel y cuyos modales me intrigan extraordinariamente. Tiene una manera de comportarse en el retrete capaz de trastornar al observador más frío y mejor prevenido. Pero volvamos a la condesa… Las mujeres son lo que son, deben tener los defectos de sus cualidades… no les gusta sembrar las flores de sus amores sobre una roca, ni prodigar sus caricias para aliviar a un corazón enfermo… El día que te

abandonan, te dicen que las palabras *Ya no te quiero* justifican el abandono como las palabras *Te quiero* excusaban su amor, te dicen que el amor es involuntario. ¡Absurda doctrina! El verdadero amor es eterno, infinito, siempre semejante a sí mismo; es idéntico y puro, sin demostraciones violentas; aun con canas se siente joven de corazón… ¡Pero, santo cielo, ahí está mi rubita!». En efecto, del excusado llegaba un rumor extraño, inexplicable. Se habían oído perfectamente los ruidos habituales que acompañan a la entrada de una mujer bonita en un water: el repiqueteo travieso de sus altos tacones, la caída al suelo de algún perifollo precipitadamente recogido con una adorable exclamación de confusión medio seria, medio divertida, una especie de trino desenvuelto, tralalá, de una voz que se ejercita, de una criatura tan querida por todos que cualquier ocasión le parece buena para reírse y para cantar, y por último un gracioso taco de niña mimada constatando alguna imperfección del lugar. Luego vino una serie de pequeños suspiros, a cada esfuerzo de la deliciosa chiquilla para empujar, pequeñas joyas de suspiros, perlas, ¡suspiros tan claros, tan inocentes! Habría que ser un monstruo para no conmoverse ante tales suspiros, breves, perentorios, infantiles. Oh, ¿quién sabrá expresar la seducción de una mujer mientras empuja? Pero he aquí que después, cuando lo natural habría sido oír el pluf, o tal vez el tracatrá que habría debido suceder a tan serios esfuerzos, y el ruido del agua agitándose en el fondo de la taza bajo el peso de la plasta, o de las bolitas, ¿cómo es que se había oído una música etérea, ligera, impalpable y parecida a la que sin duda debía escoltar por la noche a las hadas cuando se deslizaban entre las copas de los árboles, sobre la superficie de los lagos, por las cristaleras azules de los palacios? No duró mucho. La música se extinguió en el crujido del papel, de seda. Luego clac clac, los tacones se agitaron. Un breve silencio: el tiempo, sin duda, de aplicarse una nube de polvos y un poco de carmín, la puerta que se abre, la mujer que se va.

«Ahí», se dijo Lapolla, «hay un misterio que tengo que descubrir». Y, tan ocupado con su vecina que olvidaba satisfacer sus demás curiosidades, dejó distraídamente en un rincón de la chimenea el paquetito rojo que un desconocido le había deslizado en Saint–Lazare y que se quedó allí, entre postales, cajetillas de

tabaco, ligas desparejadas, viejos periódicos, una pipa, latas de conservas empezadas, frascos de farmacia, todo aquello que, bajo la influencia de la luna, el mar en su movimiento bicotidiano puede depositar como buen sentimental que es sobre el falso mármol de la chimenea convertida en ilusoria por la calefacción central pero que los propietarios del hotel por motivos decorativos dejan figurar en esta habitación de soltero donde vive un joven soñador, desordenado, y llevado por la naturaleza a ser galante.

La Condesa de la Motte no es ninguna principiante. Para arrojar sobre esta turbadora belleza la gran claridad de la biografía, debemos ante todo rechazar con mano firme como un mechón de cabellos rebeldes el escepticismo o la incredulidad. El espíritu humano, ese gallito, para seguir la intriga de la novela ha consentido muchas veces la hipótesis de las reencarnaciones, de una forma pasajera, convencional. Pero lo ha hecho sin convicción. Esta historia no es una gallina en esa clase de novelas. Aspira a una viril seguridad. Por eso todo ojo que sobrepase esta línea, en la que se manifiesta una exigencia que no es humorística, se verá en la obligación, hasta que la nube de la muerte o de la imbecilidad no lo haya obnubilado definitivamente, de creer, como requiere la evidencia, en la pluralidad de las vidas, en las reencarnaciones, en la supervivencia de seres excepcionales, dueños de los secretos de la magia, por ejemplo. No hace falta decir que la hermosa condesa había sido Lilith[41], lo Medea y Cleopatra. Se pierde su pista en medio de las primeras tinieblas cristianas, bien porque estuviese asqueada ante tanta mascarada humana y prefiriese esperar algún tiempo a que la cruz pasase de moda, bien porque realmente se hubiese convertido en Armida[42], la Viviana[43], la Papisa Juana[44], Margarita de Borgoña[45] y otras por el estilo. El hecho es, para atenemos a lo estrictamente histórico, que se la ve reaparecer en Loudun[46], abadesa, durante el proceso a las poseídas; luego tiene el capricho de ser hombre y será sucesivamente Cromwell, Lauzun, Law, Federico II. Vuelve a tener ganas de ser mujer: es Jeanne de la Motte–Valois y en el asunto del collar juega un papel que no es el que se le ha asignado. No es

mujer para perder el tiempo ensartando perlas. A partir de ahora ya no abandonará este nombre, del que modifica un poco la ortografía por razones de estética. Encuentra inútil cambiar de cuerpo, tiene uno tan encantador, tan práctico. Condesa de la Motte, se especializa durante todo el siglo XIX y principios del XX en un papel oculto que hace correr más leche que tinta, y despreciando ser Lady Hamilton[47], Josefina, Madame de Krüdener, Armand Carrel, Fieschi, Cavour, la Païva[48], Bazaine, La Goulue[49], y la Bella Otero[50], se conforma paseando por el mundo la máscara sin gloria de una bella aventurera que desaparece siempre después de alguna catástrofe a la que sin duda no es ajena. En los últimos treinta años se señala su paso entre los Boers en St–Pierre–et–Miquelon, en Egipto en la época del Mahdi, en Algeciras un poco más tarde, en Port–Arthur, en los Balcanes, en Sarajevo, durante la guerra en Zurich, después de la guerra en Alemania, en Japón, en México, en Palestina. ¿Qué hace pues actualmente en París?

De momento la encontramos bajo los cuidados del peluquero que le hace la permanente, mientras dos manicuras, ya que tiene prisa, se ocupan de sus manos. No es cosa de poca monta ocuparse de las, manos de la condesa. Para ello se requieren manicuras–hombres que hacen relucir sus preciosas manos por un procedimiento que se impone: rítmicamente, ensartan los anos manuales de su cliente con sus cosas profesionalmente sacadas de sus braguetas. Son unos manicuras muy discretos. No miran a la señora que les abandona sus orificios laterales. Vestidos de blanco de pies a cabeza lustran esos agujeros delicados y desiguales embistiendo justo lo necesario para lograr la transfixión sin ensancharlos. Permanecen como es debido con los brazos cruzados y no se permitirían rozar con un dedo a la persona que atienden. Mirando al techo, suspiran con mucha contención cuando no pueden hacer otra cosa. Entonces, inclinándose, como hace el peluquero que ofrece una especialidad, murmuran: «Señora ¿desea un poco de esperma?». La condesa responde que sí con la cabeza, y los manicuras gozan, humedeciendo los ojetes de la condesa con arte, delicadeza y regularidad. Mientras tanto el chico que la riza ha dado a los pelos de su coño facial un aire a la vez aristocrático y provocativo. Ya está, la condesa está lista para el baile en el que

esta noche deberá seducir a varias personalidades parisinas de la gran banca y de la diplomacia Se levanta, se da algún retoque. Apenas se pinta la cara. Gracias, prefiere maquillarse sola, en su casa. Se pone de nuevo el sombrero, la chaqueta, recoge el anacrónico manguito que le da un encanto algo afectado. Paga en la caja. Deja caer una propina merecida en la mano del peluquero, en la mano del manicura de la izquierda, en la mano del manicura de la derecha… pero ¿no me habré equivocado?, ha murmurado algo a este último: «Esta noche, a las dos…». No he podido oír más. ¡Afortunado manicura de la derecha! Ha sido distinguido por la Condesa de la Motte, no puede dar crédito a sus oídos, y durante todo el día, mientras acicale con su verga profesional los culos y los coños de sus clientas con una técnica impecable pero respetuosa, soñará con ese instante maravilloso en el que podrá salir de su papel, a veces difícil de mantener, y abandonarse a los transportes de su naturaleza. Se promete magrear terriblemente a la condesa, se promete chillar como un asno: «¿No podría tener más cuidado?», le dice bastante bruscamente su clienta actual, a la que le está dando los últimos toques en el coño que lleva en el pie izquierdo con tanto ardor que corría verdaderamente el peligro de deformarlo. «Perdóneme, pero la señora tiene aquí una ranura tan bonita…». «¡Ah no, amigo mío, deje las familiaridades! ¡Tengo muchísima prisa y todavía no ha follado mi culo frontal!».

«La vida», dice sentenciosamente Monsieur Pis, «está llena de cosas increíbles, el mundo poblado de individuos barrocos, y sin embargo, amiga mía, no logro acostumbrarme. Imagínese que todavía estoy impresionado por una pareja con la que acabo de cruzarme mientras me dirigía a nuestra cita. ¿Eran locos?, ¿excéntricos?, ¿extranjeros de los que empieza a haber más de la cuenta? ¿O provincianos endomingados a su manera? En fin, juzgue usted misma mi estupor: bajando por la avenida Wagram, como personas que no tienen prisa, y en las que por otra parte la gente tan apática hoy en día ni siquiera se fija, he visto, cogidos del brazo, mirando escaparates, a un pantalón corto, algo más alto que yo, y a una mantilla, los dos bastante enamorados uno de otro, parándose para

besuquearse, y haciendo en voz alta comentarios sobre todo el mundo. La mantilla, recién salida de la tienda, todavía llevaba el precio, y el pantalón, oh, el pantalón no debía ser muy recomendable: remiendos, zurcidos, botones que faltaban, marcas de la lavandería…».

El caso es que la pareja formada por Monsieur Pis y su amiguita no era menos curiosa que la que Monsieur Pis acababa de describir. Inconsciencia humana: el cobrador del registro encontraba completamente natural el espectáculo que ofrecía a los transeúntes en la terraza de la Brasserie Lorraine[51]. Y es que, efectivamente, entre los parisinos está tan arraigada la costumbre de no asombrarse de nada, que ni siquiera dejaban caer una mirada sobre ese charco de orina tocado con un sombrero de paja que daba sorbitos a un Vittel–fresa en compañía de una botita alta, de lo más deliciosa, a fe mía. Monsieur Pis ya no era un pimpollo: tenía toda clase de inconvenientes, fermentación, cálculos, filamentos, un poco de pus por todas partes, pero sin embargo vestía de forma juvenil, tenía fulanas. Como era sadofetichista, había mantenido durante mucho tiempo a una fusta muy bonita, pero esta le había abandonado por un pelo de axila, enormemente rico. Luego le tocó el turno a una silla de jockey, que debía limpiar constantemente porque era de piel muy clara y se arrimaba a los sitios más asquerosos sólo por el gusto de hacer trabajar a su viejo. Esto terminó en una disputa después de la cual Monsieur Pis despedía un olor tan infecto que hubo que embotellarlo durante tres meses. Ahora le tocaba a esta graciosa botita, que a fin de cuentas parecía tolerar a su protector, lo encontraba un tipo curioso, no estaba poco orgullosa de haber resuelto el difícil problema de dar puntapiés en el culo a unos orines, ejercicio que hacía gozar a nuestro hombre arrancándole pequeños chapoteos. Es cierto que a la botita le gustaban las mujeres, y que Monsieur Pis apenas tenía tiempo de volver la espalda que ya ella se había reunido con una patita a la que calzaba con transportes inimaginables, repiqueteos de tacón, alaridos de suela. Hasta el punto de que este ejercicio empezaba a deformarla un poco. La patita no era la única responsable, ya que la botita era endiabladamente pendona. Se la hacía meter por quien más mejor. Hasta por algunas manos que admitía en su intimidad, y

de todos los vicios ese es el más agotador. La habían visto haciéndose cepillar por escobillas salidas no se sabía de dónde, escobillas que habían hecho la calle, escobillas para todo, escobillas de afeitar. Monsieur Pis no sabía nada. Mojaba inocentemente la botita, formaba pequeñas olas en la punta, se metía en el forro a través de los ojales deshechos, y ella se salpicaba riéndose cuando él le decía con amor que tenía un perfume muy particular. Ella recordaba con perversidad aquello con lo que había estado caminando todo un día. Pobre Monsieur Pis. Tenía mucha razón Monsieur Pis, la vida está llena de cosas increíbles. Yeso que no lo había visto todo. ¿Qué pensar de un mundo dónde una cuerda puede fornicar con un farol, un imperdible con una médula? Y a eso hemos llegado. Cuando uno piensa que la otra mañana, en la Avenue du Bois, los transeúntes pudieron contemplar una corona fúnebre en un ataque de locura que corría entre los grupos perdiendo sus violetas y lanzando unos alaridos que no tenían nada de humano. ¡Y todo porque había sido abandonada por una cabeza de lobo! Yo mismo vi en los grandes bulevares a una pierna que iba dando brincos de la Madeleine a la Bastilla, abordando a hombres y a mujeres para preguntarles si sabían dónde podía haberse escondido Émilie. La gente creía en una mistificación. Pero yo, que desde lejos había observado el parecido entre los aspavientos de esta pierna y los de la aguja de una brújula enloquecida, le respondí con la deferencia que exige la desgracia: «Caballero», le dije, «¿cómo quiere usted que le diga si he visto a Émilie? No la conozco. Tal vez la haya encontrado en mi camino. Tal vez me fijase en ella. Pero ignoraba que fuese Émilie». «Ah, señor, veo que tiene usted un alma caritativa», replicó la pierna agarrándome por las solapas de la americana, «¡haga un esfuerzo por recordar Émilie, Émilie!». «Bueno, dígame cómo es, rubia, morena, qué se yo…». «¿Describirla? Ni pensarlo. Es incomparable. Hay que verla para creerlo. No puede haberla visto y no recordarla». «Pero veamos, si no conozco a la señora Émilie…». «Señorita. En fin, no tiene importancia. Y a le he dicho bastante para que la reconozca por mis palabras». «A pesar de todo el respeto que siento por su situación, va a obligarme, caballero, a contrariar mi carácter…». «Espere un momento. ¿Dónde tendría la cabeza? Tenga, tenga, ¿la reconoce?».

La pierna había sacado no se sabía de dónde un voluminoso paquete de papeles heterogéneos, una cartilla militar mugrienta, recibos de alquiler, cupones de la Defensa Nacional, un carnet de votante para las elecciones cantonales, papel de liar zig–zag, y, rebuscando en el montón, dejando caer al suelo varias hojas que los pies de los transeúntes enseguida mancharon, se llevaron, aniquilaron, me tendió una fotografía Midget[52], donde pude ver acodada sobre una estela, con aire inspirado, a Émilie, es decir a un *vol–au–vent*. Permanecí un instante mudo y la pierna se aprovechó. «¿Con quién se ha ido? ¿Con la barba a la imperial o con la manga de lustrina? Quién sabe, tal vez esté acusando a inocentes… ¡Ah!, no tener, no saber… También estaba ese percutor de fusil que no dejaba de rondarla. Debe de ser él. No, no es posible. Ja, imagínese, ¡abandonado por un percutor de fusil! Impagable extravagancia. Pero usted no dice nada, ¿ha visto a Émilie?». Yo intentaba pretender que no me acordaba: «¿Y eso es todo, eso es todo? ¿Tiene usted en sus manos el retrato de Émilie, y no me dice lo que piensa de ella? ¿Qué le parece?». «Pero, dije yo humildemente, "es un *vol–au–vent*"». «Sea más educado, haga el favor. ¿Se imagina usted lo que una mujer como esa puede ser para un hombre? En la cama, caballero…». No quise oír más. Habría mucho que decir sobre estos emparejamientos, mientras a nadie se le ocurre asombrarse del de la vaca y el bacalao, por ejemplo. O de los matrimonios incestuosos entre la mosca y el moscatel, entre la col y el colibrí. Si el domingo cogéis en una estación suburbana uno de esos trenes abarrotados que devuelven a la capital a las familias agotadas por una jornada consumida entre las cuatro paredes de casitas coquetas cuidadosamente valladas, y echáis una mirada benevolente sobre esta humanidad presentada en parejas que escoltan a sus retoños chillones y quejicosos, no se os escapará, sea cual fuere el gusto natural del hombre por la monstruosidad, que una fantasía verdaderamente absurda ha presidido estas uniones cuando veis hombro con hombro al perejil y a la mandrágora, a la sandáraca y al ojo de perdiz, a la púrpura y al filadiz. Entonces reflexionáis, entonces empezáis a comprender, y volviéndoos hacia los mocosos gritones y repelentes que son utilizados en estos vagones apestosos como falcas destinadas a impedir que se caigan de la red los

equipajes de los viajeros, contempláis a la prole salida de estos coitos barrocos y os dirigís a ella con una mansedumbre infinita: «Prole, es un golpe bajo para la fanfarria el hecho de que hayáis nacido. Sois innobles a más no poder, bastardos de la tinaja y el linóleum, híbridos de la gamba y el cardillo. Pero sería injusto decir que eso está bien. Si balanceáis sobre vuestros pobres culos de lámpara descoloridas cabezas de adormideras, si vuestro cráneo se abre lateralmente como una iglesia rural mientras de vuestros ombligos salen rosarios de salchichas podridas, si vuestros dientes son de pedazos de cristal, vuestros pies de andrajos nauseabundos, si vuestra pierna izquierda tiene el aspecto de despojos de ternera mientras que la derecha recuerda irremisiblemente a la ardilla en su jaula, por no hablar de vuestra pequeña molleja y de los órganos de la reproducción, que sólo más adelante llegarán a una madurez aterradora, con todo un cortejo de úlceras, tumores y varicosidades, prole, y aquí hago una pausa para respirar, ¿os habéis preguntado, conteniendo vuestro aliento en el momento de atacar la trompeta con la que nos perforáis los oídos, lanzando bruscamente el balón a la cara de un superior de papá que venía de visita, alguna vez, os habéis preguntado alguna vez de quién, si del gobierno, del granizo, de la filoxera, del desarrollo de la prostitución, de la mala alimentación, del analfabetismo, del feminismo, de los empleados de correos, de las huelgas, de la radiofonía, es la culpa, de quién es la culpa, preguntado alguna vez de quién es la culpa, os habéis preguntado de quién es la culpa, prole? Pues bien, fiaros de alguien a quien vuestro aspecto físico repugna, y a quien le gustaría veros en los cagaderos con toda la mierda del mundo sobre vuestros hocicos de liebre y vuestras cabezas de chorlito, pero que no por eso deja de ser vuestro amigo: si buscáis la solución a un problema que empieza a martillear vuestra sesera a la funerala donde ya crecen en las circunvoluciones mugrientas la verruga de la necedad y la de la lubricidad, mirad, levantando con vuestras manitas cantadas por el poeta la sábana paterna, o si no tenéis paciencia para esperar a que se haga: de noche y vuestros queridos padres se hayan dormido enlazados en el sudor y la leche, al final de esta frase encontraréis un vocabulario de las palabras que no podéis entender, abrid con vuestras manecitas el pantalón de vuestro padre, la combinación

cerrada de vuestra madre, y mirad el pene, y mirad la vulva que por un juego sorprendente y estúpido se han juntado para produciros, ¡y nada os resultará tan incomprensible en vuestro propio horror!».

Sin duda, si cojo con una mano el rododendro y con la otra la sirena, si los coloco con un poco de sentimiento sobre un mueble de hierro, oiré al Ojo preguntarme con su voz cristalina si esta naturaleza muerta merecía el entierro. ¡Mejor hacer saltar, sobre las cuerdas que comprimen un viejo cartapacio lleno de cartas de amor, a las hadas, a las pulgas sabihondas y a los canguros! Mejor callarse. Señor Ojo, yo no soy el Hombre, no llevo mi orificio de culo en mis molares, no he inventado el sabio desorden que organiza a este individuo que al no tener materia córnea al nivel de los órganos de la locomoción como todo animal que se respete suple esta ausencia vergonzosa con la piel de la vaca y la aguja del zapatero. ¿Soy acaso responsable del invierno, y de la perversidad de los peleteros que exigen de la ciencia del abortista una piel nueva, sólo una, aunque fuese la última del mundo, para adornar elegantemente a las frioleras criaturas que caminan sobre ruletas y huelen a baba de mariposas? No es que yo añore, sentado en un sillón de rocalla, los tiempos pasados, la naturaleza y la calma de sus caseríos, pues la risa del vientre está sacudiendo mi pie moderno, mis dientes de oro hojean el listín de teléfonos, mi corazón de masilla fuma en una *rocking chair*, y mi rótula vulcanizada está enamorada de un aparato para afilar maquinillas de afeitar eléctricas. Pero yo miro a la manera del naturalista las idas y venidas de todo lo que respira, empezando por los ascensores, las cintas transportadoras, las motocicletas, constato la proximidad de la esmeralda y de la perra, del caucho y del bebé. Y como el naturalista en cuestión, no puedo evitar posar un momento mi estilográfica, cuya plumilla, como el trombón de varas y la tortuga, sabe esconderse en su vientre cuando tiene miedo, sed, o sueño, no puedo evitar posar mi lápiz, al que se le saca punta sin navaja, ya que no es necesario cortar la ropa de una mujer para desnudarla, basta hacerla girar sobre sí misma muy deprisa y la fuerza centrífuga se encarga de todo, a menos que el sujeto sea

vicioso, no puedo evitar soltar mi máquina de escribir como una bolita de chicle abandonado, y reírme. Sólo interrumpo esta operación para lanzar unos gritos lastimeros. Luego vuelvo a reírme. Los niños, las cabras del Tíbet, los globos cautivos que me rodean abren puertas cocheras sobre esta distorsión extraña del silencio. No comprenden cómo es posible que este vertebrado que hace sólo un instante escribía como la mosca sobre el espejo y el paraguas sobre la multitud se haya puesto a alborotar de una manera tan vejatoria que si continúa así llamarán a mamá. Mi risa maníaca echa a volar batiendo las alas. Pero no progresa en línea recta, ya que es un nuevo modelo de helicóptero fabricado según unos planos robados al ministerio de la guerra en una carpeta sobre la que se había escrito en letras de molde Defensa Nacional, inscripción que alguien poco gracioso, probablemente un oficial del estado mayor, había creído poder transformar con lápiz–tinta, mientras no le miraban, en Defensa de elefante, tachando para ello el epíteto Nacional, y reemplazándolo por el complemento determinativo de elefante, lo que hace suponer que este militar debió de servir en la infantería colonial. Mi risa se posa sobre el primer objeto que le parece sólido, y como este era un hombre joven que iba a hacer una petición de mano siguiendo la costumbre inmemorial y que cruzaba la calle pensando en la familia política, en el contrato, en los bienes parafernales cuando un pequeño autobús lo ha separado en dos trozos, lo que hace resultar cómica la palabra cónyuge, permite suponer que la futura al consentir ahora a dicha unión sería culpable de bigamia, etcétera, la risa cambia de percha y posa su zarpa extraña sobre algo que no ha elegido. No, no es el Mickewicz de Bourdelle[53], el nombre de los mariscales de mierda dado a las calles de París, un pecado sentimental en un cuarto de baño, los pararrayos, las vacunas, un cine londinense donde el público escucha religiosamente a Brahms expelido de un órgano en forma de góndola Queen–Anne por un ser mitad postal mitad pila eléctrica, ni los temas poéticos como una muchacha peinándose, bañistas, la muerte de Napoléon, el adiós del soldado, no. Mi risa sencillamente se ha instalado sobre un saquito rojo que ya tuve ocasión de comparar con una legión de honor. Y ahora es el saquito el que es condecorado y echa a volar. Vuela, saquito. O

mejor dicho, nada, demuestra tu estilo, remonta el Sena contra todas las leyes de la física incordiante, entra por una reja donde se consumen montones de basuras, en un canal subterráneo que estremeciéndote de voluptuosidad, reconocerás como el gran colector, y piérdete, para siempre, bajo esas bóvedas, donde te caes cuando la criada de un hotel amueblado de la Rue des Plantes te echa por error con las basuras antes de que el melancólico Juan Lapolla se haya tomado la molestia de abrirte a fin de hacemos saber lo que podías contener.

Después de esto vuelvo a poner mi máquina de escribir en mi boca, rompo mi saxofón, llevo el sentido de lo irrisorio al monte de piedad.

Si la frase que comienza aquí con una magnolia como una canción para hacer llorar a los americanos, pasando por todos los avatares de una crisis de histeria de fases imprevisibles y múltiples, se metamorfosea paulatinamente en orycteropus, en tribómetro, en trinquete, en músico a sueldo, en benjamita vendiendo una huevera a un timariota, en rémora (ese guardia municipal de los mares), en civeta, en patriota onicófago, en herniaria glabra como la quebrantapiedras, en deporte de invierno, en ciercillo y en corozo, con actitudes que en cada uno de estos estados van del éxtasis al sufrimiento a través de la amenaza, el clonismo, el exhibicionismo y la súplica, acaba llegando, en el extraño adminículo de unos quevedos lipemaníacos que se estrellan en un ojo y se resisten a llevar al oculista esta manzanilla del cristal, a una playa desierta donde la arena es de mantequilla y la roca de pies descalzos, para chocar contra este acantilado, un quinqué de petróleo, seré tachado de fumista[54] y es un fumista lo que ahora necesito. ¿Dónde estáis fumistas, a esta hora del mundo? Había fumistas hasta hace muy poco, pero por más que me subo a un taburete ya no los veo… Fumistas, famosos amantes de los humos, que bailabais en las calles delante de los coches fúnebres, clientes detestados por los peluqueros, extraordinarios pasajeros de los tranvías siniestros, interlocutores de porteras, prestidigitadores de la dignidad humana, qué ha sido de vosotros, acarreando los utensilios de vuestra

condición, barbas postizas, participaciones, condecoraciones, correspondencias de autobús, brazaletes de luto, sombreros de copa. Ya que, dice la ley, el acreedor no puede quedarse con los instrumentos de trabajo del deudor. Si por la calle veo una tienda negra, ya no es una oficina de correos: es la casa de Borniol[55] o un fumista, y esta última palabra escrita en letras versales en la vía pública me sigue hablando de usted, Sapeck, y de ti, Baudelaire[56]. Melancólicos médicos de las chimeneas, vuestros sucesores patentados ya no envían aprendices negros por las vías respiratorias de las casas. Y sobre los tejados desiguales el pueblo de los tubos azules y rojos está tan poco acostumbrado a los paseantes, que se oye un murmullo general cuando entre estos cigarrillos inmobiliarios pasa lentamente mi pensamiento. Este ama la locura que preside la elaboración de las chimeneas, desde el habitual tarrito de crema de tejas a las construcciones de hojalata que adoptan del arte de las armaduras y del de los ídolos un acento de fantasma y una cara de osífrago. Hay chimeneas en forma de zanahoria, hay chimeneas en forma de seno. Pero en estos prados artificiales, ¿qué es eso, en la raíz de las hortalizas, que parece orobanca? Habría que saber cuál de los dos cultivos, el de barbechos o el de rotación, prevalece en los cultivos de altura, y si las chimeneas giratorias, o las que se complican con folios en las tres direcciones, exigen para crecer labores hortícolas como las rosas de hoy día. Hay barrios de París donde las chimeneas son brazos vivos agitando el adiós con una mano ardiente. Unas enguantadas, otras desnudas. Y otras llevan mitones. Las chimeneas del taller de costura donde penetramos son un campo de barracas decoradas con tatuajes de un maravilloso efecto.

¿Habrá quien me pregunte por qué penetramos en un taller de costura, y de la Rue Saint–Honoré además, si no es para volver a salir? Ah, no tan aprisa como para no echar un vistazo a las señoras mientras se desnudan, el largo roce de las mujeres junto a las paredes. Ahora estamos en Rue Saint–Lazare, en casa de una lencera. Un poco más allá en el taller de un zapatero, luego el parque Monceau nos invita a matar algunos hijos de ricos. Un joyero de la Rive Gauche. Una modista en las Temes. Un comerciante de medias de seda Rue Paradis. Héléna, habitaciones,

Rue Douai. Una charcutería–restaurante de las Batignolles. Adivinad ahora, cornetas, orejas, vaporizadores, anguilas, puntos de interrogación, enredaderas, velas, qué clase de chimenea remata cada uno de estos comercios. El caso es que precediendo en esta rayuela de un día al pie que nos empujaba como una piedra vulgar nos hemos perdido el espectáculo de una mujer extraordinaria a escala de las chimeneas. Como se detiene en una tienda de guantes, Rue Auber, cojamos esta mano, seis y cuarto, que se tiende hacia un estípite en forma de África sin Madagascar. Y con toda la fuerza de nuestra mano mental, despojemos a este brazo de una manga que languidece sobre la desnudez, a un hombro, ya todo el cuerpo finalmente ofrecido a la descripción. De todas las chimeneas prefiero la que lleva un sombrero contra el que rebota el humo, y que bajo el sombrero nos revela un corsé rasgado en vertical por diez aberturas en su circunferencia. Así la mujer a la que acabamos de arrancar de la seda bajo una cofia de fuego presenta alrededor de su cuerpo diez coños por los que se escapa un humo simbólico. Las vendedoras de guantes se quedan sin aliento, las muy tortilleras. Son justamente diez, y parecen diez campesinas piadosas en torno a un oratorio con diez nichos, pues se han arrodillado. Diez clítoris se desarrollan, hablo de los de arriba, ya que la sombra de las faldas oculta tanto el coño de la nueva virgen como el de las felatrices. El círculo de las lenguas tiembla desigualmente, como ese ¡*buen viaje*!, lanzado por una multitud que permanece en el muelle al barco que se lleva a un ministro plenipotenciario. Quien me diga por qué se nos ha convidado a este corro colorado, y por qué anteriormente nos hemos encontrado con la condesa, Monsieur Pis, el abate, Don Juan Lapolla Tiesa, el inspector, la botita, Jolín, etcétera, me hará verdaderamente un favor.

Llevo a cabo un proceso análogo a los de la brujería. Agarrándola por los cabellos, he sacado de la cama sórdida a una mujer fea, sucia y medio dormida, avergonzada de sus pies negros, de sus narices sudorosas, de la legaña en el rabillo del ojo. La realidad nunca se ha notado la boca tan amarga como esta mañana. Me mira desde un agujero idiota. No comprende qué pulgas le están

buscando. Hace tanto tiempo que se dedica al asunto, que los ha tenido a todos, a los crédulos y a los contestatarios, sólo tenía que esperar. A los que sencillamente la negaban, los ha acostado en el barro, con el hambre y otras chirigotas de su invención. A los que la parodiaban, les respondía como una puta bajo el dominó que pasa su enfermedad haciéndose la duquesa. Y a los que se parecían a la llama, los pellizcaba de nuevo en los pies con verdadero amor. Se paseaba arrastrando detrás suyo toda la ropa sucia de los días, toda la basura de las noches. Victoriosa como una zorra, como una puerca que es lo que es. Su risa como el ruido de un coche que se acerca, su paso de partera, su voz de tren que entra en la estación. ¿La habéis visto dormir? Yo he contemplado este espectáculo. La habían tapado con metáfora. Hombres delgados. Estos la hacían posible a su manera, con jirones de la imaginación, de la desesperación que se resiste a dejar de despertar la esperanza. Y al dormir esbozaba una sonrisa de coquetería bajo la cortina de azul y la sábana de quimeras. Estaba casi hermosa, unas mentiras más y se la habría amado. Fue entonces cuando la rabia me agarró por la nariz y me arrastró hasta la cama con toda su fuerza de adefesio. Y cogí a la realidad por los cabellos y la saqué de la sombra. Los tres formábamos un bonito grupo: la rabia, la realidad y yo. Déjame respirar, rabia, me aprietas demasiado las narices. Entonces me abandona. Gracias. Ahora que mi prisionera empieza a darse cuenta de lo que le está pasando, se pone a chillar injurias contra mí. Me conmina a devolverle el azul. Me llama infame cerdo, asqueroso personaje, pornógrafo, cochino. No, no, no volverás a darte aires de niña bonita, eres inmunda, apestas, tu boca es un paraíso careado, tu sobaco un pozo de estiércol, tu culo la cloaca de las mierdas verdes, tu ombligo la fístula de los puses mentales. Ah babosa, hasta tus pelos de demonio babean sobre mis dedos que ya no te soltarán. No me asusta tu mierda y no trataré con guante blanco tu carroña. Te arrastraré conmigo como un animal que se lleva al matadero, es inútil que te desgañites. ¿Qué son esos cantos, allá abajo? La dulzura de vivir, oh tiempo suspende tu curso, el hermoso mes de mayo, las vidas anteriores, la blanda almohada, la torre de marfil, el corazón límpido y fino del chino, han amado, partir que es morir un poco y como tres y dos son cinco, después de mí el diluvio, la buena

vida, la vida con mayúsculas, basta, basta. No puedo soportar el ruido pueril de los pájaros lira. Sin duda esos señores tienen el trasero de níquel y la cola de verdadero tubo de parklet, cagan monedas de veinticinco céntimos y mean agua dándoles cuerda, pero bajo sus cielos de trapos, en sus arrebatos ortopédicos, ¿acaso creen disimular la basura de la que asoman todavía chorreantes sus frentes despavoridas y sus ojos líricos? ¡A esta hora el firmamento sufre una blenorragia! No sé si ha hecho bueno algún día, me extrañaría. Y además el buen tiempo es solo una pretensión del hombre que quiere declararse satisfecho. Sea el solo la lluvia los que te pudran, no dejas de ser una podredumbre. Oigo desgarrarse mucosas: son niños que vienen al mundo. Oigo los alaridos del oso, pero no es un hombre que goza. Oigo una lágrima que baja rodando hasta el valle que habla al eco, pero no es una gota de sudor, porque el hombre trabaja. Sin bromas, el trabajo es sagrado. En este paisaje alpestre se perfila una sombra inmensa que debe de ser la de los picos donde la nieve es pura, pero no, es la de la pasma atusándose los bigotes, y la única nieve es una porra, y sobre esto hay una bonita canción: los agentes son buenas personas que se pasean, que se pasean…

Porque el hombre no tenía bastante con su propia abominación. Necesitaba algo más bajo, más vil, más infecto. Soñaba con perfeccionar las letrinas. Y lo consiguió: inventó la policía.

¡Pueblo de ciegos! ¿No veis a los perros entrometerse en vuestras aceras? ¿No veis que si la marta cibelina se viste con tanta elegancia es porque ha masturbado al vampiro, excitado al salmonete, chupado a la negreta y dormido con los lémures? Os encontráis con la placenta y la confundís con un señor bien, ¿dónde tenéis los ojos? Dais la mano a los jabatos, y en efecto no hay ningún motivo… pero no sabéis que os las estáis viendo con jabatos. Y cuando devolvéis su apretón de manos a la hiena, al pulpo y a la triquina, confesad que estáis yendo demasiado lejos. No confiesan. Creen frecuentar a industriales. Lo que tiene de especialmente vejatorio esta aventura es que dentro de nada, cuando estén en confianza, en lugar de mirar al bubón de la peste y

decirse: mira, el bubón de la peste, se abandonarán a cualquier ejercicio poético, y hablando al comprimido de aspirina le dirán: «Hoy está usted sonrosado como el jamón, ¿es que ha ido de vientre?, espero que su señora se haya recuperado de sus partos y que su chiquitín ya no tenga diarrea verde». Este es el discurso que le sueltan al comprimido de aspirina, ¡en lugar de meterlo en un vaso con un poco de agua y tragárselo! Todo esto debido a una falsa concepción de la imagen. Confunden las imágenes con procedimientos de conversación, con truquitos con los que se puede hacer gracia, especies de pezones. De ninguna manera. Este hombre, me decís, es un consejero del gobierno civil. Puede ser. Pero no es eso lo que lo caracteriza, ya que una crisis ministerial le convertiría en un pisapapeles. Lo que yo sé, es que lo que vosotros llamáis un hombre, un consejero del gobierno civil, señor fulano, León, chatito, papá y otras cosas por el estilo, es un gargajo, eso es, ni más ni menos, un gargajo, un poco de saliva con burbujas de aire, recuerdos de tabaco mascado, dejémoslo. Aclarado esto, el gargajo puede ser llamado papá, ya que también se dice de una boca que es una rosa. Proporciones, por favor.

La humanidad es una hipótesis caducada. Vivan los valientes luchadores. Pero es hora de mandada al asilo. Sin duda habrá sido interesante durante algunos siglos vivir con esta idea admitida, la existencia de hombres configurados de una forma sensiblemente uniforme, como la vaca y los peces de colores, que son todos vertebrados. Eso ha llevado a curiosas relaciones entre seres como el papel secante y la selva virgen, que no tenían muchas expectativas de encontrarse. Si han tenido niños exijo que se me guarde uno. El papel secante se creyó obligado a tener cojones, ligas, un bigotito; la selva virgen se pintó los labios, tuvo crisis de nervios, se cambió de ropa a cada momento. Había que verlos juntos sobre un somier metálico. Pues bien, si no hubiesen vivido con el compromiso del que estamos hablando jamás se les habría ocurrido la idea de subirse juntos a un somier metálico. Considero que ha llegado la hora de cambiar de hipótesis. La gente de pronto sólo será lo que es. Dejarán de desempeñar una especie de papel que se saben más o menos bien. Serán lo que son: viejos cebollinos , mastuerzos, lombrices, cerdos, mamarrachos, microbios, orinales,

subculos, manzanilla, agua de bidet, papel higiénico, piel de guaguau, polvo, polvo.

Entonces sería divertido pasearse de una capital de distrito a otra, y comprobar los estragos de la ciencia en los cargos de la administración. También me imagino una comilona de oficiales después de la gran conmoción: el capitán, que es un ganso, diría ¡Cua!, mirando al comandante, que es una vomitona. El teniente Suspensorio dejaría de gustar a las mujeres. El subteniente Verga estaría muy cabreado de ser subverga. El intendente… ¡y la cámara de los diputados! El innoble Maginot se consideraría a sí mismo como el último de los glandes. ¡Paul Boncour unas hemorroides! Por no citar más que a esos dos. He leído en los periódicos que el Aga Khan se casaba. Hacía mucho tiempo que no había ni Dios que se casase. Es muy curioso. Hay que decir que desde el punto de vista de las metamorfosis, el Aga Khan, que es exactamente una patata, plantea un problema interesante. Dios, en los países concretos que recaudan impuestos, en el país de los dioses abstractos, y muy especialmente en nuestro hermoso país de diarreicos, se convierte en propietario de cuadras de carreras. Hay ahí una proporción a establecer que quizás explicaría la ley general de las metamorfosis, por lo menos en la patata. Con ella se hace alcohol, también, y patatas fritas. Una patata frita que hace correr. Y el matrimonio religioso: «No olvide, señora, dirigir su mirada hacia la Santa Virgen cuando le quite el batín a su marido, antes de metérsela como es debido, ya que la Santa Virgen, señora, que hacía eso con las palomas, encuentra que, en lo tocante a Dios, una patata es de lo más deleznable…».

NOTICIA

La existencia de esta obra inacabada fue señalada por primera vez por André Gavillet en su obra *La littérature au défi. Aragon surréaliste* (A la Baconnière, Neuchâtel, 1957) en la que escribe, p. 377: «Nos ha sido señalado un inédito de esta época que Aragon tal vez haya destruido: Jean–Foutre La Bite».

André Thirion en *Révolutionnaires sans révolution* (Robert Laffont, 1972) evoca una lectura (p. 282) que hizo Aragon en presencia de André Bretón y de Georges Sadoul, en 1930:

«El texto tenía la brillantez y la suntuosidad del *Traité du Style*, pero dejaba al lector tan perplejo como después de una lectura de Léon Bloy (…) Cuando Aragon hubo terminado su lectura, Bretón dijo simplemente: “Si publicas esto la gente dirá nuevamente que eres genial. Al decirlo no descubrirán nada nuevo a nadie. Pero no creo que este texto añada nada a tus últimos libros ni pueda obtener el resultado que tú buscas, que buscamos los dos”. Aragon no insistió. Nunca más volvió a oírse hablar de este borrador».

La escritura de *Jean–Foutre* es posterior al mes de abril de 1929, como indica la alusión en el texto a la inauguración de la estatua de Mickewicz que se produjo en esta fecha (véase la nota 54).

Para este texto Aragon parece haber encontrado su inspiración en la lectura de las *Onze Mille Verges* de Guillaume Apollinaire, obra para la que escribió en 1930 (Éditions Les Ygrées, Montecarlo) el siguiente prólogo:

«Que Guillaume Apollinaire haya querido obtener la legión de honor y que la haya obtenido, es un hecho, como también es un hecho que para ello haya sido necesaria una guerra europea. El cortejo de los poemas patrióticos, algo desconcertado, se detiene

ante su propia inutilidad, que está representada por el catafalco donde se acuesta nada más ser condecorado el encantador putrefacto. No seré yo quien le ni les busque excusas. No obstante habría que evitar considerar a Apollinaire como un patriota, a él, que deseaba la victoria de Alemania porque esperaba la victoria del cubismo. Era uno de esos aventureros que dicen siempre lo que se espera de ellos en las circunstancias en las que se encuentran, sus reverencias ante las reinas del carnaval no significan que estén convencidos de la grandeza de la Lavandería, por ejemplo; pierden y no pierden el sentido del humor. Lo que le importaba a nuestro hombre era el éxito, ¿qué digo?, el triunfo, de su poesía y de su personaje poético. Hay que abstenerse, y yo hago todo lo contrario, de sacar a relucir las circunstancias atenuantes, de considerarlo por ello como un arribista: se parecía extraordinariamente a esos señores que se pasean, con toda su importancia, por las salas del casino de Montecarlo, y que ostentan la legión de honor esencialmente para que el barman les preste dinero cuando han perdido.

»En buena y en mala parte es sobre todo en Montecarlo en lo que hace pensar Apollinaire. El prestigio desmoralizador de esta ciudad, sus terrazas, las carreras de victorias por las cornisas, el subterráneo que une el Sporting con el Hotel de París para poder asesinar a los ganadores, y sobre todo la decoración monegasca, con sus pompas, sus cañones, su falsa dinastía, todo ese oropel de libreas ante un puterío auténtico, la vida descompuesta por el juego, como un terrón de azúcar por la luz, y la música, ese abuso de confianza, y en estos tiempos, eso es lo que le faltaba, señor, en sus tiempos, la chusma con títulos de los rusos blancos, todo aquí opone más sórdida que en ninguna parte una imaginería de uniformes y de sentimientos, donde se dan la mano los remeros del Volga, la Marsellesa y Viens Poupoule. Abandonemos estas orillas donde estamos a punto de extraviarnos.

»Guillaume Apollinaire pertenece a la noche de los faroles de bicicleta. Para comprenderle hay que situarle en su época con sus costumbres hoy inaferrables, sus criterios morales árabes, sus extravagancias literarias, su edad media, en una palabra. Si se empieza este pequeño trapecio volante, no hay manera de hacerle

un solo reproche al autor de *Les mammelles de Tiresias*. Por lo demás era un caso tan definitivamente zanjado este de los amantes de la bandera tricolor que no voy a perder mis canas en él. Maurice Barres me decía: “¿Apollinaire? Espere un momento. Voy a decirle todo lo que sé sobre él. Es un hombre que hace reediciones de libros eróticos…”. Viejo gilipollas. Pero yo no me inmuté, sabiendo con quién estaba hablando: “Era un poeta, imagínese”. “¡Ah!”, dijo Barres, “¿también hacía versos?”. La mala fe y la estupidez *Amateur d’Ames* ponen perfectamente de relieve la gran curiosidad de espíritu y la inteligencia absolutamente excepcional que caracterizan a Apollinaire. Sin embargo podría ser divertido encontrar también, por el lado de Morir por la Patria, del artificio de las frases, y de lo canallesco del período, algún parentesco entre estos dos humoristas de rostro impenetrable. Aviso a los amantes de paralelos.

»Lo que hace que Apollinaire sea grande es sin duda esta curiosidad que ha adquirido muy a menudo la forma admirable de la imagen, hasta el extremo de que puede decirse de su poesía que es por encima de todo una curiosidad de lo incognoscible. Y sin duda su mayor curiosidad era la curiosidad de las costumbres. No había nada de lo que este hombre, al principio vacilante y banal, supiese hablar con tanta brillantez. Todo lo demás tal vez le resultase falso, pero esto era consustancial consigo mismo. Hay que concederle un gran valor a la actividad que desplegó en favor de los libros prohibidos, poniendo a Sade, aunque fuese a trozos, en manos de una generación, y extrayendo de la traducción de Baffo el secreto del acento de muchos de sus poemas. Tal vez fuese él quien de esta forma, colocando *Les Fleurs du mal* en la colección de Maestros del amor, cuando todo un movimiento neoclásico intentaba disculpar a Baudelaire e inscribirlo en la línea de los grandes escritores franceses, fijó el retrato del amante de Jeanne Duval, tal vez fuese el único que reconoció el futuro. Una conciencia clara de los vínculos de la poesía y la sexualidad, una conciencia de profanador y de profeta, eso es lo que sitúa a Apollinaire en un punto singular de la historia, allí donde brutalmente se rompen los espejismos milenarios de la rima y de la sinrazón. Es en su prefacio a los *Morceaux choisis du Marquis de*

Sade, en su prefacio a *Les Fleurs du mal*, donde quizás haya expresado más felizmente sus recónditos pensamientos sobre sí mismo. Quién sabe si no se consideraba el alquimista de una nueva ciencia, y la palabra *ciencia* revela por su inexactitud la gran turbación que sobrecoge al hombre frente a las cosas innominadas. El caso es que los artífices de compromisos que quieran hacer concordar los poemas de guerra de los *Calligrammes* con las *Onze Mille Verges* se verán abocados un día a singulares descarríos en la interpretación o la moral, según prefieran.

»Los que detestan con la violencia obligada este mundo en el que Apollinaire intentó hacerse un sitio; los que incluso han dejado de reírse de estos fastos burgueses donde la legión de honor se parece demasiado a una gota de sangre para poder seguir burlándose de quien se adorna con ella; los que preparan la descalificación definitiva de las ideologías con las que contemporizaron los Apollinaires, están en la obligación de comprender lo que un libro como las *Onze Mille Verges* supone de desconcertante y de equívoco entre las mismas filas del enemigo. En este sentido es una obra que debe ser vulgarizada. No quiero ser mal interpretado. Es que yo considero este libro como un libro *erótico*, desafortunada expresión bajo cuyas especies se confunden muchas cosas que sólo la hipocresía ha reunido. Cada vez que aparece la palabra empalmar, la justicia y el pudor se alarman. Esa es la anécdota del cuadro. Sin embargo, ¿quién tiene el valor de confundir las obras filosóficas de Sade, los textos estrictamente eróticos de Pierre Louÿs, y las historietas destinadas a la masturbación que constituyen la literatura francesa? Otras tantas categorías que habría de consagrar. Es indispensable para la independencia humana que todo esto sea contemplado con una nueva mirada. Habría que prohibir a Madame de Ségur, que sólo sirve para que se la meneen infames vejestorios.

»Las *Onze Mille Verges* no es un libro erótico, y este es probablemente su peor defecto. Es un juego, donde todo lo que es poético es admirable, a causa de Apollinaire y en función suya, por el fondo que este libro aporta a sus poemas. El que todo el romanticismo de las *Rhénanes* sirva de perspectiva a la escena del tren, por ejemplo, donde la mierda y la sangre se detienen para

contemplar el paisaje, hace pensar en los considerandos de los poemas de *Alcools* y de *Calligrammes*. Es un libro en el que toda la habilidad de Apollinaire y su conocimiento de cierta vulgaridad turbadora cuya mejor expresión es la postal, se abren paso a costa de la sinceridad y de la vida. Pero es tal vez el libro de Apollinaire en que el humor aparece con mayor pureza.

»“La carta anunciaba al príncipe Vibescu que había sido nombrado lugarteniente en Rusia, a título extranjero, en el ejército del general Kouropatkine”.

»“El príncipe y Cornaboeux manifestaron su entusiasmo dándose respectivamente por el culo”.

»Permitidme observar que esto no es serio.

»La indignación de Nicolás Restif respecto a la obra del Marqués de Sade así como el mal libro que este le hizo escribir, sería imposible intentar explicarlos por el humor. Igual que los textos de Apollinaire respecto a la patria. Habría que meditar algunos adverbios de Monsieur Nicolás: *inocentemente* por ejemplo, en el que se escuda a lo largo de un relato de extravíos varios. No es de esta clase de virtud de la que se jacta Apollinaire. Cuestión de época. El mecanismo es el mismo. Las emociones de Nicolás en distintas iglesias junto a señoritas por desflorar equivalen a las verlainerías de Guillaume en la cárcel por robo de Gioconda, y a la honestidad con el corazón en la mano que entonces supo defender. Recordamos tal vez las cartas del *Barón d’Ormessan* para dejarle a este su nombre sacado de *L’Hérésiarque et Cié*, donde precisaba su propio papel en este asunto. Nada puede situar mejor la diferencia existente entre el hombre que introduce el humor en su vida y el que hace humor, entre un aventurero y un hombre al que le gusta la aventura. Nos gustaría saber qué ha sido del barón: no gran cosa, sin duda.

»Sin embargo es suficiente que en sus obras *libres,* como se las llama, Guillaume Apollinaire haya hablado este lenguaje que es el de todos los hombres, aunque sea en aras de una tabulación humorística, para que no sea únicamente ese adalid del mundo

exterior del que sólo cabría apartar la mirada. Él no se avergonzó de ello, él, que tan bien supo ocultar detrás de sus ortodoxias nacionales sus secretos y muy distintos pensamientos. De esta mezcla de hipocresía y de cinismo que salpica un poco por todas partes, sólo hay que retener lo que tiene de humano y de revelador de la roñería de este siglo.

»En este sentido ciertamente yo colocaría muy por encima un poema como *Lundi Rué Christine* que las *Onze Mille Verges*, aunque en opinión de muchos contemporáneos de Apollinaire haya que considerar este libro como la obra maestra de su autor. He oído esta *boutade*, entre otros, de labios de Picasso. Se le puede perdonar lo que tiene de fácil en función de la preferencia que la mayoría acabará teniendo por los versos más hermosos de Guillaume Apollinaire, desde el *Larron* a ese *Chant de l'Honneur*, después del cual se cierra un capítulo muy particular.

»Quedan por hacer muchos y preciosos abusos de la libertad. El hombre que vive, dicen, en sociedad conoce a su enemigo pero inexplicablemente le trata con consideración. No es la anarquía la que habla por mi boca. Esto es lo contrario de una precaución oratoria. Desacreditar profundamente lo que adorna esta vida de la que no voy a hacerme en absoluto cómplice es una tarea que nadie puede asignarse sin correr el riesgo de incurrir en equivocaciones, que sólo depende de mí no considerar dramáticas. No creo que sea una quimera imaginarse el momento en que casi todos los caminos intelectuales están pergeñados por la iniciativa de unos cuantos, de tal forma que los que quieran tomarlos serán desviados de la inconfesable meta lejana que se proponían, y a pesar de sus esfuerzos egoístas, llevados a una encrucijada de imposibilidades donde lo único que podrán hacer es someterse a la evidencia de sus destinos. Esta frase es mucho menos oscura que larga. Nadie está obligado a sentirse amenazado. Nadie está obligado a reírse de lo que antecede. Nadie está obligado a prestarle la menor atención».

Mayo de 1930



LOUIS ARAGON. (París, 1897-1982) Escritor francés. Terminados sus estudios medios, comenzó a estudiar medicina, que interrumpió para alistarse voluntario en 1917 para la Gran Guerra. Durante el período de instrucción conoció a André Breton y a Philippe Soupault, con los que volvió a encontrarse en París en 1919 y con los que fundó la revista *Littérature*, órgano del dadaísmo parisiense que recogía las ideas que algunos años antes había expresado Tristan Tzara en Zúrich, quien, por otra parte, también colaboró en la revista junto con Paul Éluard y otros jóvenes.

En este grupo, además de la aspiración a la tierra quemada, se manifiesta el interés por la escritura automática y por «el empleo apasionado y desenfrenado de imágenes estupefacientes». En 1923 el grupo, reforzado con nuevas aportaciones, funda la revista *La révolution surréaliste*, que después se convertiría en *Le surréalisme au service de la révolution*. Es el período en el que a Louis Aragon le influyen más Apollinaire y Lautréamont, como se advierte en sus antologías poéticas *Feu de joie* (1920), *Le mouvement perpétuel* (1925) y *La grande gaité* (1929), en antologías en prosa como *El libertinaje* (1924), y en los escritos de ocasión para las revistas del surrealismo militante.

Sus obras principales de esta época son *El campesino de París* (1926), itinerario fabuloso a través de las maravillas cotidianas de la ciudad, y *Tratado del estilo* (1928), insolente e iconoclasta exposición de las ideas y actitudes de la nueva generación. Pero en su obra y su carrera ya se iba anunciando un cambio decisivo: en 1928 conoció en París a la escritora rusa Elsa Triolet, hermana de aquella Lily Brik tan estrechamente ligada a la biografía de Maiakovski, y la hizo la compañera de su vida y su inspiradora y consejera en su trabajo literario.

Dos años después participó activamente en el Congreso de Escritores Revolucionarios convocado en Járkov (URSS). De regreso a Francia, rompió con los surrealistas, y en especial con André Breton, y sustituyó el diletantismo literario de su primera juventud por un claro compromiso político, participando activamente en las manifestaciones del movimiento obrero, asumiendo la dirección del diario comunista *Ce soir* y contribuyendo a difundir la literatura soviética del realismo socialista.

Sus primeros pasos en esta nueva dirección todavía eran inseguros: el poema *Hurra por los Urales* (1934), epopeya de la construcción del socialismo en la URSS, contiene ecos de experiencias anteriores que se avienen mal con sus intenciones abiertamente propagandísticas. Más importante es el ciclo de novelas publicado con el título común de El mundo real, grandes frescos sociales que describen la sociedad francesa a comienzos del siglo XX y que se muestran más persuasivos en la denuncia de las hipocresías y los defectos históricos de la clase dominante que en la descripción de quienes se rebelan contra ella: *Las campanas de Bale* (1934), *Los bellos barrios* (1936), *Los viajeros de la Imperial* (1942) y *Aurélien* (1945).

Durante la guerra y la ocupación alemana, regresó a la poesía: era la época de los tiernos lirismos amorosos de *Los ojos de Elsa* (1942) y las numerosas antologías de versos patrióticos (*Le crève coeur*, 1941; *Le Musée Grevin*, 1943 y *La Diana francesa*, 1945), que también adquirieron una extraordinaria popularidad por la deliberada simplificación de sentimientos y formas, así como por su tono claramente cantable.

Tras la liberación, entró a formar parte del comité central del Partido Comunista Francés, e intentó un nuevo ciclo narrativo según las directrices del realismo socialista, pero interrumpió *Los comunistas*, donde sus mejores dotes de escritor suelen verse sofocadas por la excesiva simplicidad de su discurso, después de los primeros seis volúmenes (1949-1951). Su mejor novela es ciertamente *La Semana Santa* (1958), brillantísimo fresco de la Francia de los Cien Días, con algún eco indirecto de preocupaciones más actuales.

A partir de los años sesenta se agrieta la seguridad de la construcción narrativa de Aragon. En efecto, las novelas *La suerte de matar* (1965), *Blanca o el olvido*, (1967), *Henri Matisse, novela* (1971), *Teatro-Novela* (1974), y la colección de novelas *Le mentir vrai* (1980), con sus módulos estilísticos nuevos (doble trama narrativa, alternancia de verdad y ficción) demuestran su distanciamiento de la novela realista y su acercamiento a una literatura más refinada, que se toma a sí misma como objeto.

Su creación poética también alcanza momentos felices de intensidad lírica con las antologías tituladas *Le Fou d'Elsa* (1963), *Il ne m'est Paris que d'Elsa* (1964) y *Les adieux et autres poèmes* (1982). También fue intensa su actividad de crítico y hombre de cultura, como director del semanario *Les Lettres Françaises* y como intérprete de escritores del pasado y del presente: *Hugo, poète réaliste* (1952), *La lumière de Stendhal* (1954), *Littératures soviétiques* (1955) y *J'abats mon jeu* (1959). Hay que recordar también *Habitaciones. Poema del tiempo que no pasa* y su autobiografía poética *La novela inacabada* (1956).

Notas

[1] Para la lectura de este texto, así como para la de la presentación de AP de Mandiargues que lo sigue, debe tenerse en cuenta que uno y otro fueron escritos en 1968 a propósito de la primera edición autorizada por la censura francesa de *El coño de Irene*, que en esa ocasión se tituló *Irene*, a secas. Para contrastar y complementar la información aquí vertida, cfr. la «Noticia». *(N. del E.)*. <<

[2] Es difícil darse cuenta hoy de hasta qué punto la edición de *Corydon*, en 1925, fue un acto de valor y de ruptura social por parte de Gide. < <

[3] Publicado por vez primera por *Le Cercle des Arts*, en 1953. <<

[4] Cuarenta años más tarde, podemos decir sin vacilar (y que digan los contemporáneos si me equivoco), por una parte, que *La historia del ojo* y *El coño de Irene* parecen salir efectivamente de las mismas imprentas y, por otra parte, que esos dos libros se parecen curiosamente, por las técnicas de impresión, a las obras maestras de Max Ernst, *Rêve d'une petite fille qui voulut entrer au Carmel*, y *La femme sans tête*, publicadas por las Editions du Carrefour. <<

[5] Se trata de Commercy, donde Aragon residió frecuentes temporadas en casa de su tío materno Edmond Toucas. Este ejerció allí funciones de subprefecto de 1920 a 1925. Aragon se inspiró en esta ciudad para algunos de sus escritos. Particularmente para:

—*Au Café du Commerce*, poema automático fechado en 1919 pero que probablemente es de 1920 (*Écritures automatiques*, publicadas a continuación de *Le Mouvement perpétuel*, Poésie/Gallimard, 1970).

—«Le café du commerce à Commercy», XV y último capítulo de *Anicet ou le Panorama, roman*.

Durante el verano y otoño de 1923, Aragon residió dos meses en casa de su tío, según testimonian diversas cartas dirigidas a Jacques Doucet. Allí prosiguió la redacción de *Le Paysan de París* así como la de *La Défense de l'infini*.

Desde Commercy, Aragon realizó cortos viajes a Nancy y a Estrasburgo, donde fue invitado por Denise Lévy, la prima de Simone Bretón. Allí conoció a Máxime Alexandre y se hicieron amigos. Máxime Alexandre ha relatado este encuentro en *Mémoires d'un surréaliste* (La Jeune Parque, 1968). <<

[6] En una carta del 26 de agosto de 1923 dirigida desde Commercy a Jacques Doucet, Aragon escribió sin precisar más: «La llegada de un poco de buen tiempo me ha permitido al fin salir, y hay detrás del castillo un rincón que me gusta mucho, en pleno barrio obrero, tras el cuartel…». (JD 7207.94). Si nos remontamos a la época en que estas líneas fueron escritas la designación del burdel es lo suficientemente explícita por asociación a este cuartel. Esa institución hoy desaparecida era complemento obligado de toda guarnición. <<

[7] Aragon, por asociación de lugar, la toma aquí por vez primera, y parece ser que última, con Henry Bordeaux. Fue menos respetuoso con su maestro Paul Bourget, uno de sus blancos predilectos. < <

[8] Esta proposición será retomada y desarrollada por Aragon en diversas obras.

Es el caso de Avant–lire de 1964 que introduce la lectura de *Anicet ou le Panorama* y de *Le Libertinage* (en *Oeuvres romanesques croisées d'Elsa Triolet et Aragon*, tomo II; retomado en *Le Libertinage*, L'Imaginaire/Gallimard, 1977, p. 13):

«Estoy profundamente convencido de que no *pienso*, en el pleno sentido de la palabra, más que cuando doy forma de letras y de palabras a lo que se desarrolla en mí».

E igualmente, en *Je n'ai jamais appris à écrire ou les Incipit* (Skira, 1969, p. 13):

«Sigo creyendo que se piensa a partir de lo que se escribe, y no al revés. Por lo menos la gente como yo, si bien hay otros que hacen sumas y restas para saber qué van a tener que pagar o qué pueden pedir a cambio de su trabajo. Yo no hago cálculos más que para ver surgir sobre el papel las cifras, los números imprevistos cuyo sentido se me escapa pero con los cuales sueño.

»Así escribo novelas». < <

[9] Anne Chilsom, en su obra *Nancy Cunard* (Olivier Orba, 1980), afirma en la página 96 que la destinataria es Nancy Cunard. Según ella, las líneas que siguen fueron inspiradas a Aragon por su ruptura con esta. Ahora bien, tal ruptura no se produjo hasta el mes de septiembre de 1928, a partir de la estancia de ambos en Venecia. La publicación de *El coño de Irene* en la primavera de ese mismo año contradice pues totalmente esta hipótesis.

Mucho más probablemente, la destinataria es la misteriosa Dame des Buttes–Chaumont, a la que reencontraremos bajo el nombre de Blanche en *Le Cahier noir*. <<

[10] Giverny, donde Aragon residía en abril de 1923, se halla en la confluencia del Epte y el Sena. <<

[11] Este personaje no es producto de la imaginación del autor: ejercía efectivamente la profesión de carretero en Vernon. <<

[12] Dado que su nombre da título a la obra, la personalidad de Irene llama necesariamente la atención del lector.

Es muy azaroso pretenderla identificar con un personaje real. Lo es menos admitir la existencia de un modelo del cual Irene sería el reflejo.

Si se atiende al retrato trazado por el narrador, que en este caso no es el autor sino uno de los personajes de la novela, Irene ha nacido y crecido en una granja, y su madre, Victoria, es la hija del paralítico que «a los veinticinco años se ha sentado para siempre». El dato es desconcertante y nos pone sobre una pista imposible de seguir. Sabemos sin embargo que el narrador ha conocido a Irene en Vernon, en casa de un carretero llamado Gentil–Daniel, y Vernon está a dos pasos de Giverny.

Evocando este período de 1923 en el que huyó de París, Aragon escribió en el prefacio a *Le Libertinage* (L'Imaginaire/Gallimard, p. 30): «Fue entonces cuando opté por una suerte de soledad en Giverny (más tarde el decorado de una parte de Aurelien), y allí me crucé con la aventura».

Una carta escrita el 12 de mayo de 1923 a Jacques Doucet desde Giverny (JD 7207.73) nos proporciona más información:

«Siempre he estado dominado por las estaciones. Ya te digo que soy un animal cualquiera. Y sin duda lo que se gestaba aquí, entre el Epte, el Sena y las colinas, no podía ser otra cosa que amor, precedido de este calor agobiante del que el otro día te hablaba y al que siguió una tormenta formidable bajo cuyos relámpagos, bajo cuyas gruesas gotas que inauguraban la lluvia, tuve una revelación que parece haber transformado de nuevo mi vida. He aquí un nuevo torbellino. Me dejo arrastrar. ¡Ah!, quienes me conocen no dejarán de reírse. ¿QUÉ ME HA PASADO? No discuto, sufro. Me embargo. ¿Pero qué voy a contarte?».

Retomando esta anécdota en la obra de Daniel Wallard *Aragon, un portrait* (Cercle d'Art, 1979, p. 87), Aragon revelará la identidad de

la mujer que encontró en Giverny. Se trataba de Clotilde Vail, una joven norteamericana cuyo hermano Laurence acababa de casarse con Peggy Guggenheim. Aragon le dedicó la pieza «Au pied du mur», que forma parte de *Le Libertinage*.

Nada, sin embargo, autoriza a concluir que Clotilde e Irene sean una misma persona. Sin duda lo más adecuado es dar la última palabra al autor cuando, de forma general, declara:

«Ya te digo, si hay una clave no es la de los personajes. ¿Qué importa quién sea Julien Sorel? La novela es la clave de nosotros mismos». («Les Clefs», en *Les Letres françaises*, n.º 1015, 6 de febrero de 1963). <<

[13] En 1925 Aragon pasó el verano en Salies–de–Béarn, probablemente invitado por Emmanuel Berl, entonces casado con Jacqueline Bordes: «No conozco nada tan muerto como Salies… He pasado mi tiempo en coche por el lado de los Pirineos, atravesando el Béarn para detenerme entre dos travesías en nuestro refugio, la propiedad de Madame Bordes a los alrededores de Sauveterre…». (Carta del 10 de septiembre de 1925 a Jacques Doucet, JD 7207.90.)

Esta propiedad, denominada Château Bétouzet, está situada en Adrein, ciudad de los Pirineos atlánticos bañada por el torrente de Oloron. El palomar del que habla Aragon forma parte de las dependencias del castillo. < <

[14] El párrafo al que pertenecen estas líneas es el único del que podemos fechar la redacción (véase la nota 15). Fue con toda seguridad escrito durante el mes de agosto de 1926, poco después de la condena de *La Défense de l'infini* por parte de los amigos de Aragon. Se expresa aquí una amargura que todavía no se ha borrado. <<

[15] En el número de *Paris–Soir* del 28 de agosto de 1926 apareció el reportaje de Bernard Lecache titulado «Train direct pour la Pologne», que lleva el subtítulo: «6000 prisonniers politiques ou l'épuvantail communiste». Bernard Lecache denuncia en él la suerte sufrida por los prisioneros encarcelados bajo el falso pretexto, dice, de adherirse al bolchevismo: «Sujetos a trabajos forzados, alimentados con remolachas, habitando celdas sin ventilación, privados de lectura, de ropa, los prisioneros políticos conocen una suerte peor que la de los malhechores».

El mismo número de *Paris–Soir* publicaba en la página 2 una carta de protesta firmada por Niño Franck. Este desmentía las informaciones dadas la víspera por el periódico en relación a la publicación de una nueva revista italo–francesa denominada *Novecento. Paris–Soir* afirmaba: «Hoy podemos decirlo: será el órgano oficial de la propaganda fascista en Francia destinada a combatir a esos escritores ignorantes que todavía tienen la audacia de escribir en francés en lugar de escribir en italiano».

Para apoyar esta afirmación, el diario citaba una entrevista de Curzio Malaparte, cofundador de la revista con Massimo Bontempelli. Malaparte proclamaba en ella la indiscutible preeminencia de la lengua italiana sobre «la lengua francesa o inglesa, reducidas a partir de ahora tanto una como otra al rango de argot internacional».

Niño Franck protestaba el que se pudiera establecer una relación entre dicha entrevista y los fines que se fijaba la revista *900*. Y continuaba: *«900* cuenta con la colaboración de surrealistas y, en particular, de Bretón, de Aragon, de Desnos, de Éluard».

Aragon le responderá en la revista *Clarité* (n.º 4, octubre/diciembre de 1926, p. 127) con un artículo titulado *«900,* revista fascista»:

«Acaba de aparecer bajo el título *900, Cahiers d'Italie et d'Europe* una singular revista: fundada por dos italianos, a los que se han sumado un español, Ramón Gómez de la Serna, un inglés, James Joyce, un alemán, Georg Kaiser, y un francés, Mac Orland, aparece en francés

en Roma y en Florencia. La prensa literaria francesa se ha congratulado de este éxito de *la langue diplomatique universelle*.

»Pero ¿qué significa exactamente esta empresa? El primer *cahier* tiene doscientas páginas. Entre los anuncios que contiene destaco los de los bancos Mercantile dei Maggazzini Generali, Dell'Umbria y Mobiliare, las revistas fascistas *L'italiano, Critica fascista, La Conquista dello Stato*… Añádese a esto que, al tiempo que solicitaban mi colaboración, escribían a André Bretón y a Robert Desnos ofreciéndoles pagarles hasta 400 francos por artículo, y esperando *superar esta cifra*.

»No nos cabe ninguna duda de que se trata de una revista alimentada por los fondos del Estado, sostenida por los bancos fascistas con una finalidad pura y simple de propaganda pan–italiana.

»¿Y qué decir de quienes se prestan a esta propaganda? Pese a la tarifa de colaboración, se han vendido a una causa bien sospechosa…».

Los fundadores de *900* cultivaron la más grande confusión asociando a su empresa escritores procedentes de todos los horizontes. A ello contribuyó un poco el acceso al comité de redacción de *900*, a partir del número 3 correspondiente a la primavera de 1927, del escritor soviético Ilya Ehrenburg.

900 publicó cinco números entre el otoño de 1926 y el verano de 1927, momento en que la revista dejó de aparecer.

Entre los colaboradores ocasionales cabe citar, además de los ya nombrados, a Philipe Soupault, Max Jacob, Georges Ribemont–Dessaignes, Blaise Cendrars, Léon–Paul Fargue, Joseph Delteil, Alberto Moravia, André Malraux y André Salmón.

»Bontempelli Massimo, nacido en 1878 y fallecido en 1960, ejerció primero el oficio de profesor y más tarde el de periodista entre 1910 y 1922. Poeta, novelista y hombre de teatro, fue nombrado miembro de la Academia italiana en 1920. Fue uno de los intelectuales italianos que de un modo más notorio se adhirieron activamente al fascismo.

»A partir de noviembre de 1938, dada su manifiesta hostilidad al régimen, las autoridades le apartan de toda actividad oficial.

»Después de la segunda guerra mundial, en las elecciones de abril de 1948, fue elegido senador por la lista del Frente Popular, presentada por socialistas y comunistas; su elección sin embargo fue invalidada en razón de su pasado fascista. Ni en esta ni en futuras ocasiones se quiso tener en cuenta la decidida oposición mantenida por él en los últimos años del régimen.

»En 1951, su novela *Los ídolos*, publicada en L'Unità, marcó el fin de su trabajo como escritor». (*Dizzionaccio critico della letteratura italiana*, dirigido por Vittore Branca, Unione Tipográfica, Turín). <<

[16] Es el «*paysan de Paris*» quien se expresa aquí, en esta evocación del parque de Les Buttes–Chaumont en la que se habrá reconocido el pequeño belvedere, reproducción del templo llamado de la Sibila en Tívoli.

Uno de los arroyos artificiales del parque cae en cascada sobre una gruta cuya cúpula tiene una altura de veinte metros. Está asentada al pie del pitón que soporta el belvedere. <<

[17] La aparición del eslogan publicitario: *Dubo… Dubon… Dubonnet*, infinitamente repetido a lo largo de los túneles de metro, data del período entre las dos guerras. Algunas de estas inscripciones todavía podían leerse hasta una época relativamente reciente. <<

[18] Roret, Nicolás, Edme (1797–1860) fundó en 1821 una editorial conocida por su enciclopedia popular llamada *Manuels Roret* que trataba fundamentalmente de tecnología. Algunas de estas obras siguieron publicándose hasta los años treinta de este siglo. < <

[19] Aragon aquí se confunde de nombre. El personaje de la mitología griega al que quiere referirse es en realidad Céfalo. Hijo de Hermes y de Herse, fue raptado por la Aurora (Eos). Esta, que tuvo numerosos amantes, solía enamorarse de todo lo que era joven y brillante como ella. La Aurora era designada como la diosa de los brazos y los dedos de rosa. La confusión de Aragon está confirmada por la referencia al «mito de la aurora» de la frase precedente. <<

[20] Erda, o el espíritu de la Tierra, es uno de los personajes de El *Oro del Rin* de Richard Wagner. <<

[21] Entre 1923 y 1930 numerosos incendios devastaron los bosques de las Landas pero sobre todo los de Provenza. Su amplitud y su repetición provocaron numerosas interpelaciones de los diputados de estas regiones en el Parlamento. En Maures fue en 1923 y en 1927 cuando estas catástrofes revistieron mayor amplitud. La consulta de la prensa nacional así como la de la prensa regional (*La République du Var, Le Var* y *Le Petit Var*) no nos ha permitido documentar las referencias de Aragon. <<

[22] Tartarín de Tarascón: personaje del libro así titulado de Alphonse Daudet.

Yvette Bardin: personaje del cuento de Guy de Maupassant titulado *Yvette*.

Charlus, barón de: personaje de *À la recherche du temps perdu* de Marcel Proust. < <

[23] Aragon se refiere aquí a los combates que enfrentaron en esta zona de París a los partidarios de Versalles y a los de la Comuna los días 26 y 27 de mayo de 1871, y que se saldaron con la matanza de estos últimos en el mismo recinto del cementerio de Père–Lachaise.

La estación de metro Combat y la plaza del mismo nombre fueron rebautizadas en 1945 con el nombre de Colonel–Fabien. <<

[24] El accidente del metro de Couronnes se produjo en realidad el 10 de agosto de 1903. El suplemento ilustrado del *Petit Journal* que presenta en la portada un grabado en colores como ilustración del reportaje de este hecho es del 23 de agosto.

Aragon, que entonces tenía seis años, debió de quedar fuertemente impresionado por el dibujo y por la explicación que lo acompaña: «Una horrible catástrofe que recuerda el siniestro del Bazar de la Caridad acaba de desolar y asustar a París llenándolo de luto. Esta vez las víctimas son casi todas modestos trabajadores que volvían alegremente a sus hogares tras una dura jornada de trabajo».

Resumidos, los hechos fueron estos: al incendiarse un vagón, los viajeros bajaron al andén y a las vías. Se apagaron las luces y creyendo haber encontrado la salida, chocaron contra una pared. El humo aumentó el pánico. En total ochenta y cuatro personas perecieron asfixiadas. Desde entonces las señalizaciones de salida están dotadas de una iluminación independiente de la de las vías. <<

[25] El tema de la catástrofe del metro Couronnes vuelve a ser utilizado por Aragon en 1959 en un poema titulado *Quéstce qu'il m'arrive* (Elsa, Gallimard, p. 100) del que citamos este extracto:

«Qué me pasa. Un accidente de tren o tal vez sea el corazón probablemente el corazón y conozco demasiado bien el uso de las palabras el empleo de las palabras el abuso de las palabras su dosificación y la forma de utilizarlas para no saber aquí de entrada que cometo tanto peor una abominable imprudencia se mira cuando se cruza donde pones los pies y esconderos hostia esconderos mirad las granadas que llueven del cielo. Esto también suena a antiguo estos clichés de las viejas guerras pero qué se le va a hacer están las catástrofes en cuanto a mí la primera fue el metro Couronnes quién sabe hoy lo que ha pasado en el metro Couronnes hasta la estación ha cambiado de nombre. Así pues es el corazón la estación de metro Corazón sin flores ni coronas y la electricidad cortada ha cundido el pánico todo el mundo ha tenido miedo el pánico la oscuridad la oscuridad de las palabras entonces la gente que no estaba acostumbrada era todo hay que decirlo la primera época del metro salió precipitadamente a la aorta a la escalera todos a la vez a la oscuridad de la aorta la multitud nadie se imagina cuán intolerable puede ser la oscuridad para una multitud una asfixia una niebla para los ojos la boca y el espíritu esconderos hostia pero dónde os lo pregunto dónde esconderse de la oscuridad del ahogo negro no hay puerta ya no hay salida ya no se entiende nada de frente o de perfil las mujeres cayéndose a los pies de los hombres guapos la mayoría los niños pisoteados sólo queda la fuerza la fuerza inútil y el espanto la anchura de hombros y la brutalidad de las paredes la asfixiante noche la huida inútil y la violencia de la desesperación la refriega un formidable canguelo oír al menos oír ver aunque sólo sea el horror la papilla o la muerte al menos verla a esta muerte sobre nosotros comprender finalmente el sentido de la palabra muerte Coronas coronas coronas». <<

[26] Esta institución filantrópica fue creada en 1855. Mujeres de la alta sociedad organizaban anualmente unas subastas cuyos beneficios eran destinados a obras de beneficencia. En 1897 el lugar elegido para esta actividad se encontraba en Rué Jean–Goujon y no en Rué Babylone, como dice Aragon en su relato.

El local donde se abrió la subasta el 3 de mayo estaba constituido por barracones de madera. El 4 de mayo, mientras se hallaban reunidas mil quinientas personas, se declaró un incendio en la sala donde debía realizarse una sesión cinematográfica. Rápidamente se extendió a todo el local. Ciento diecisiete personas perecieron en la hoguera, entre ellas la Duquesa de Alengon.

La inmensa mayoría de los asistentes eran mujeres y niños. El escaso número de hombres entre las víctimas escandalizó a algunos, que acusaron a los que estaban presentes de preocuparse únicamente por salvar su propio pellejo.

En 1901 fue erigida una capilla (Notre–Dame–de–Consolation) en el emplazamiento del Bazar de la Caridad. <<

[27] La pastelería Guerbois, en aquella época una de las más famosas de París, se encontraba en el 53–55 de la Rué de Sévres, frente a los almacenes del Bon Marché. <<

[28] Boucicaut, Margueritte (1816–1887): esposa de Boucicaut, Jacques–Aristide (1810–1877), propietario de los almacenes Bon Marché. Ella aportó su ayuda a numerosas obras filantrópicas. Un busto con su efigie fue levantado en la plaza que lleva su nombre en el cruce Sèvres–Babylone. <<

[29] El 4 de julio de 1898 el paquebote *La Bourgogne* de la Compañía Trasatlántica colisionó con un steamer inglés, el *Cromarthyshire*, a la altura de Sable Island, cerca de Halifax. *La Bourgogne* se dirigía hacia el Havre. Se hundió rápidamente. Murieron ciento sesenta pasajeros. Sólo hubo ciento sesenta y tres supervivientes. El *Fígaro* del 8 de julio de 1898 relata el naufragio, del que extraemos estos párrafos:

«Los hombres se peleaban por ocupar un sitio en los botes salvavidas; repelían con fuerza a las mujeres y a los niños dándoles patadas (…).

»Varios italianos, desde la entrecubierta, blandiendo cuchillos, repelían a las mujeres y a los niños (…).

»Las escenas que se produjeron en el agua se distinguieron por una brutalidad aún más atroz. Enarbolando cuchillos u otras armas se impedía subir a los botes y a las balsas a muchos de los que se esforzaban en refugiarse en ellos». <<

[30] «*Titanic*: steamer trasatlántico de la White Star Line británica, notable por sus dimensiones (271 metros de longitud, 60 000 toneladas de desplazamiento) y por el lujo de sus instalaciones que, el 14 de abril de 1912, chocó con un iceberg al sur de Terranova y se hundió mientras la orquesta y los pasajeros entonaban el himno religioso ¡*Más cerca de ti, Dios mío*! Quinientas personas, al menos, murieron en este naufragio». (*Larousse du XX siècle*).

El reciente descubrimiento de los restos del *Titanic*, en el mes de agosto de 1985, ha dado lugar en la prensa a distintas evocaciones de las circunstancias de este naufragio. Aragon recordó nuevamente esta catástrofe en *Les Cloches de Bâle* (Folio/Gallimard, p. 401). <<

[31] Tipo de avión alemán empleado en los bombardeos nocturnos durante la Primera Guerra Mundial. <<

[32] Aragon en esta cita ha sustituido la palabra *panther* por la de *oyster*. La traducción aproximada de estos versos es la siguiente:

«Pasando cerca de su jardín, observé de reojo a la ostra y al mochuelo compartiendo un pastel». <<

[33] «Al perezoso, echado en su cama cerrada,

ningún alba jamás lo embriaga,

pues sólo sabe acunar a las crías

padecer, temblar, sudar para vivir». < <

[34] No hemos podido identificar a este personaje como héroe novelesco y tampoco aparece la menor traza de su nombre en las enciclopedias consagradas a la historia de las religiones. <<

[35] Chocarne–Moreau, Paul Charles (1855–1931): alumno de Bouguereau. «Chocarne–Moreau es un humanista que se complace en salpicar de alegría sus telas buscando el lado agradable de las cosas. Ha pintado a chiquillos, pequeños deshollinadores, aprendices. Caballero de la legión de honor. El Estado le compró numerosos lienzos. Entre sus obras: *Partida de bolos en la sacristía, Deshollinador y pastelero, Broma de colegiales, Vendedor de estatuillas* y *El pequeño pastelero*». (Extracto del *Dictionnaire des peintres, sculpteurs, graveurs, dessinateurs* de E. Benézit, 1924). <<

[36] El Hotel Terminus estaba situado en el número 108 de la Rué Saint–Lazare, frente a la estación del mismo nombre. Actualmente sigue existiendo bajo el nombre Hôtel Concorde–Saint–Lazare. <<

[37] Periódico de informaciones financieras fundado en 1825. <<

[38] Dos cafés con nombres muy parecidos y muy próximos uno de otro se encontraban en los bulevares en aquella época. El que menciona Aragon, situado en la esquina del Boulevar Bonne–Nouvelle y de la Rué du Faubourg–Saint–Denis, frente a la puerta del mismo nombre, se llamaba Au Petit Pot. Actualmente lleva el nombre de Au Petit Pot Saint–Denis. El café Au Vrai Petit Pot se encontraba y todavía se encuentra en la Porte Saint–Martin, en la esquina entre el Boulevard Saint–Denis y la Rué du Faubourg–Saint–Martin. <<

[39] En el número 23 de esta calle se encontraba una de las casas de tolerancia de París. Al parecer este lugar sirvió de modelo para la casa Les Hirondelles frecuentada por Pierre Mercadier, el héroe de *Voyageurs de l'Imperiale* (Folio/Gallimard, pp. 466 y ss.). <<

[40] Pavlova, Ana: bailarina rusa (1855–1931). Debutó en el teatro Marynski en 1901. Pero fue en Londres donde creó *La muerte del cisne*, que la hizo famosa. Apareció en París por vez primera en 1909 con los ballets rusos. < <

[41] Lilith: demonio femenino de la tradición hebraica. Habría sido la primera mujer de Adán, de quien habría tenido una multitud de demonios. <<

[42] Armida: joven y hermosa hechicera, heroína de la *Jerusalén liberada* de Tasso. <<

[43] Viviana: hada de la tradición armoricana, que aparece sobre todo en la novela *Lancelot du lac*. < <

[44] La Papisa Juana: personaje que, según la leyenda, habría sido elegido papa bajo el nombre de Juan VII. <<

[45] Margarita de Borgoña: reina de Navarra (1290–1315), casada con Luis X el Obstinado, que la condenó a muerte por adulterio. <<

[46] Referencia a las poseídas del convento de las Ursulinas de esta ciudad en la que se acusó al párroco Urbain Grandier de haberlas embrujado. Entre las poseídas se encontraba la superiora del convento. Declarado culpable de magia, maleficio y posesión, Grandier fue condenado a ser quemado vivo (1634). <<

[47] Hamilton, Emma Lyon, Lady (1716–1815): hija de un jornalero, sirvienta de bar, tuvo una juventud agitada, lo que no le impidió casarse en 1791 con sir William Hamilton, embajador en Nápoles. Fue amante del almirante Nelson, quien sintió por ella una pasión irresistible. <<

[48] Païva, Thérése Lachman, Marquesa de (1819–1884): nacida en Moscú, debe su nombre a su segundo marido el portugués Aranjo de Paiva. Su tercer marido, el alemán Henckel de Donnesmark, hizo construir para ella un hotel en París, en los Campos Elíseos, donde recibía a numerosos escritores y políticos. Fue un importante agente de informaciones para Bismarck. < <

[49] La Goulue: apodo de Louise Weber (1869–1929), bailarina del Moulin Rouge, inmortalizada por Toulouse–Lautrec. <<

[50] Otero, Carolina, llamada la Bella Otero (1868–1953): actriz de variedades nacida en España. Debió su celebridad a su belleza pero también a su vida tumultuosa. < <

[51] La Brasserie Lorraine, Place des Ternes, es uno de los cafés que Aragon solía frecuentar. Allí hacía una última parada antes de volver a su domicilio de Neully después de las reuniones del grupo surrealista que se desarrollaban en el café Cyrano, Place Blanche. Una descripción bastante extensa de este lugar figura en el relato «Le Mauvais Plaisant» (*Le Mentirvraie*, Gallimard, p. 102). <<

[52] «Photo–Migdet», retratos artísticos, fotos para el carné de identidad, se encontraba en el número 9 del Boulevard Bonne–Nouvelle. < <

[53] Este monumento regalado a Francia por Polonia fue inaugurado el 29 de abril de 1929. Al principio se encontraba en el centro de la Place de l’Alma. Luego fue trasladado al Cours Albert I. <<

[54] *Fumiste* tiene en francés una segunda acepción: embaucador, charlatán, dicharachero, bromista. Véase la nota 56. (*N. de la T.*). <<

[55] La empresa de pompas fúnebres Henri de Borniol, fundada en París en 1820, todavía permanece activa. <<

[56] Sapeck (escrito Sapek en el manuscrito) es el seudónimo de Bataille, Eugène (1853–?). Dentro del círculo de los «Hydropathes» fundado en 1878 por Émile Goudeau, formaba parte con Georges Moynet y Charles Leroi del grupo Fumiste, cuyo jefe era Alphonse Allais. Sapeck fundó su propia revista a la que denominó *L'Anti–Concierge*, órgano oficial de la defensa de los inquilinos, de la que publicó siete números desde 1881 hasta 1883. Su colaborador en esta empresa fue el cantante y compositor Jales Jouy. Sapeck también editó un monólogo, *L'Homme mort* (Ollendorf, París, 1887), e ilustró varias obras.

Su amigo Alphonse Allais le consagró tres retratos: «La Derniére de Sapeck» y «La Plus Prochaine de Sapeck» en *Le Tintamarre* en 1880, y «L'Hydropathe "Illustre Sapeck"» en *L'Hydropathe* del mismo año (textos reunidos en Alphonse Allais, *Oeuvres posthumes*, tomo I, La Table Ronde, 1966).

En su último retrato, Alphonse Allais dibuja a Sapeck como el «emperador de los fumistas». Añade: «No disponemos del espacio suficiente para contar aquí algunas de las farsas que este maestro ejecuta con una fantasía y una sangre fría maravillosas. Numerosas revistas, por otra parte, *Le Tintamarre, La Lune Rousse, L'Hydropathe*, las han publicado a menudo».

Sapeck, que era abogado, se convierte en funcionario gubernativo del departamento del Jura (1883) y de l'Oise (1888). Dos retratos de Sapeck figuraban en la exposición del centenario de Alphonse Allais organizada en la galería La Hume por Anatole Jakovsky (*Cahiers du collège de pataphysique*, n.º 2 17/18, París, 1957).

En el capítulo que dedica a Alphonse Allais en su *Antología del humor negro*, André Bretón escribe: «Su amigo Sapeck y él reinan en efecto sobre una forma de actividad hasta entonces casi inédita, la *mistificación*. Puede decirse que esta se eleva con ellos a la altura de un arte: se trata ni más ni menos que de experimentar una actividad terrorista del espíritu, bajo cualquier pretexto, que pone en evidencia entre los seres el conformismo medio, completamente

raído, desenmascara en ellos al animal social extraordinariamente limitado y lo acosa desterrándole del marco de sus intereses sórdidos, poco a poco. Hay ahí una llamada a la razón de ser que equivale a la condena a muerte: “Como sus antepasados en su barca”, dirá Maurice Donnay, “remontaban el curso de los ríos, él remontaba sobre sus historias el curso de los prejuicios”». La sombra de Baudelaire no está lejos y, en efecto, los biógrafos nos recuerdan que cuando el poeta vino a ver a su madre a Honfleur quiso hacer una visita al padre de Alphonse Allais y marca sin duda su impronta sobre el niño (Alphonse Allais vivirá, al final de su vida, en la «casa de Baudelaire»). La existencia de Alphonse Allais está unida al astro, que periclitó enseguida, de esas empresas excéntricas que fueron sucesivamente los Hydropathes, los Hirsutes y el Chat–Noir, en los que se descubre como salido de un sombrero de copa el pensamiento todavía misterioso de este final de siglo XIX. (André Bretón, *Antología del humor negro*). < <